

TALLERES DE ORACIÓN AGUSTINIANA

El deseo y la búsqueda de Dios

Enrique A. Eguiarte Bendímez, OAR

Obras pictóricas

Carátula:

S. Agostino: Antonello da Messina, XV sec.

Internas:

Benozzo Gozzoli

Fray Rafael Nieto, oar

SUMARIO

Introducción	7
Métodos de oración (Apéndice)	13
Oración final de los talleres	23
1. Primer Taller	26
2. Segundo Taller: la Dispersión (Taller de Silencio I)	35
3. Tercer Taller: la Dispersión (Taller de Silencio II)	41
4. Cuarto Taller: la Dispersión (Taller de Silencio III)	47
5. Quinto Taller: La Dispersión (Taller de Silencio IV)	53
6. Sexto Taller: Taller de Tolle Lege I	61
7. Séptimo Taller: Taller de Tolle Lege II	65
8. Octavo Taller: Taller de Tolle Lege III	69
9. Noveno Taller: Taller de Tolle Lege IV	73
10. Décimo Taller: Taller de Tolle Lege V	77
11. Undécimo Taller: Taller de Tolle Lege VI	81
12. Duodécimo Tercer Taller: Taller de Tolle Lege VII	85
13. Décimo Tercer Taller: Taller de Tolle Lege VIII	89
14. Décimo cuarto Taller: Nouerim me, Nouerim te (Taller de Autoconocimiento I)	93
15. Décimo Quinto Taller: Nouerim me, Nouerim te (Taller de Autoconocimiento II)	99
16. Décimo Sexto Taller: Nouerim me, Nouerim te (Taller de Autoconocimiento III)	103
17. Décimo Séptimo Taller: Nouerim me, Nouerim te (Taller de Autoconocimiento IV)	109
18. Décimo Octavo Taller: Nouerim Me, Mouerim Te (Taller de Autoconocimiento V)	117
19. Décimo Noveno Taller: Taller de la Acción del Espíritu Santo I	123
20. Vigésimo Taller: Taller de la Acción del Espíritu Santo II	129



ABREVIATURAS DE LAS OBRA DE SAN AGUSTÍN

CITADAS EN EL TEXTO¹

<i>Acad.</i>	<i>Contra Academicos libri tres</i>	(BAC 3)
<i>beata u.</i>	<i>De beata uita</i>	(BAC 1)
<i>cat. Rud.</i>	<i>De catechizandis rudibus</i>	(BAC 39)
<i>conf.</i>	<i>Confessiones libri tredecim</i>	(BAC 2)
<i>cons. eu.</i>	<i>De consensu euangelistarum</i>	(BAC 29)
<i>c. Adim.</i>	<i>Contra Adimantum</i>	(BAC 30)
<i>c. ep. Pel.</i>	<i>Contra duas epistulas Pelagianorum</i>	(BAC 9)
<i>c. Faust.</i>	<i>Contra Faustum</i>	(BAC 31)
<i>c. Max.</i>	<i>Contra Maximinum arrianum</i>	(BAC 38)
<i>ciu.</i>	<i>De ciuitate Dei libri uiginti duo</i>	(BAC 16-17)
<i>c. lul.</i>	<i>Contra lulianum</i>	(BAC 35)
<i>c. lul. Imp.</i>	<i>Contra lulianum opus imperfectum</i>	(BAC 36-37)
<i>diu. qu.</i>	<i>De diuersis quaestionibus LXXXIII</i>	(BAC 40)
<i>doctr. chr.</i>	<i>De doctrina christiana libri quattor</i>	(BAC 15)
<i>ench.</i>	<i>Enchiridion</i>	(BAC 4)
<i>en. Ps.</i>	<i>Enarrationes in Psalmos</i>	(BAC 19-22)
<i>ep. lo. tr.</i>	<i>In epistulam Iohannis ad Parthos tractatus decem</i>	(BAC 18)
<i>ep.</i>	<i>Epistulae</i>	(BAC 8, 11,a)
<i>f. et op.</i>	<i>De fide et operibus</i>	(BAC 39)

¹ Señalamos entre paréntesis el número del volumen dentro de la colección de las Obras completas de san Agustín, en la traducción española de la Biblioteca de Autores Cristianos (BAC).

INTRODUCCIÓN

*Los ojos de la carne buscan la luz del sol;
los del corazón buscan otra luz.
¿Quieres ver la luz que se divisa con los ojos del corazón?
Dios es tal luz. en. Ps. 26, 2, 15.*

Dentro del proceso de revitalización de la Orden de agustinos recoletos, uno de los elementos principales es la oración. Solo la vida interior puede renovar el hombre interior². De esto tenía una larga experiencia san Agustín, quien había vivido una primera parte de su vida volcado hacia el exterior y seducido por las cosas materiales en la búsqueda de la verdad, de la sabiduría y de la felicidad. No obstante la gracia de Dios hizo que pudiera romper las ataduras de su vida pasada para regresar a su interior, para descubrir cómo Dios habita dentro del corazón de cada hombre y mujer, y cómo desde el corazón, llama a todos los seres humanos a un encuentro de amor con él. La oración y el diálogo con Dios serán el ámbito en el que viva san Agustín toda su vida.

Y la llamada de san Agustín a regresar al interior, sigue resonando la actualidad, que vivimos dispersos y volcados hacia las cosas exteriores. Hoy que estamos re-

clamados por una avalancha de estímulos y de información, el ser humano necesita regresar a su interior, dejar de lado aquello que le dispersa y divide, y buscar la paz, la serenidad y la armonía en el encuentro con Dios en la oración.

San Agustín era consciente de que solo en el silencio y en el recogimiento se puede escuchar la voz de Dios, y que esa voz de Dios no hace otra cosa que invitar al ser humano a darse cuenta de que vive en el ámbito de la gracia, porque es infinitamente amado por un Dios todopoderoso, que además es su Padre. Por todo ello, la invitación de san Agustín sigue siendo muy actual, pues solo cuando el ser humano ha regresado a su interior y dialoga con Dios, en ese diálogo con Dios no solo encuentra la paz, sino que también llega a saber quién es él mismo, pues mientras más se va profundizando en el misterio de Dios, más se ilumina el mismo misterio del hombre.

² Cf. s. 350A, 1.

Por todo ello, aquellos que formamos parte de la comisión encargada de preparar materiales para la revitalización, pensamos que sería muy útil poder ofrecer a toda la Orden de Agustinos Recoletos una serie de Talleres en los que se enseñara a hacer oración siguiendo la dinámica espiritual de san Agustín. Por medio de estos talleres lo que se busca es que todos los que vivimos de alguna manera u otra la espiritualidad agustino recoleta –religiosos, religiosas, fraternidades seculares, profesores, etc.–, descubramos la riqueza del pensamiento de san Agustín en torno a la oración, y que estas ideas las podamos incorporar en nuestra vida y en nuestra espiritualidad de todos los días. Solo así, renovando nuestro interior y renovándonos cada uno de nosotros, es como podemos revitalizar toda la Orden.

En el presente manual te ofrecemos la primera parte de estos talleres de oración con san Agustín. Como podrás ver, cada una de las sesiones de estos talleres de oración con san Agustín está dividida en dos partes. La primera de ellas es una introducción teórica, que ayuda a comprender la dinámica espiritual agustiniana, y sirve no solo para conocer más el pensamiento de san Agustín, sino sobre todo para situar el tipo de

oración dentro de su propio contexto. Ciertamente esta primera parte no es la más importante. La parte más importante es la segunda. Para que la puedas vivir, este librito te irá dando una serie de pistas y pautas, para que puedas vivir paso a paso los diversos talleres de oración con san Agustín. Por ello en la segunda parte te proponemos no solo unos textos tanto de san Agustín como de la Sagrada Escritura, sino también una serie de dinámicas pedagógicas para que puedas hacer la oración como y con san Agustín. Estas dinámicas pedagógicas están particularmente dirigidas a cada uno de los facilitadores de los talleres. Sin embargo esto no es obstáculo para que si tú, después de haber leído y meditado el primer punto quieres comenzar a orar, lo puedas hacer siguiendo las pistas que te ofrecemos en la segunda parte, que se basan fundamentalmente en los textos (tanto bíblicos como agustinianos), y escogiendo la dinámica pedagógica de oración que más se ajuste a tus propias necesidades.

Por otro lado este manual te podrá ser de una gran utilidad, no solo como una orientación durante las sesiones del taller de oración con san Agustín, sino también después de haber finalizado la sesión con tu grupo de oración, tú puedes

seguir orando en tu casa. Es más, sería muy recomendable que después de haber vivido la experiencia en comunidad con tu grupo de oración, te comprometieras a orar, a lo largo del tiempo que media entre una sesión y otra de los talleres de oración, según el tipo de oración que te fue presentada en el último taller. Solo de este modo conseguiremos que los talleres se vayan haciendo vida, y que espiritualidad agustino recoleta se viva todos los días, en la experiencia cotidiana de aquellos que vivimos la espiritualidad agustino recoleta.

Finalmente quisiera agradecer a todos aquellos que han hecho posibles estos Talleres de Oración con san Agustín, comenzando por nuestro P. General, Fr. Miguel Miró, sin cuya ayuda y apoyo, este proyecto nunca hubiera podido ver la

luz. Agradezco a todos los miembros de la comisión interprovincial para preparar materiales para la revitalización espiritual: Fr. Pablo Panedas, Fr. Lauro Lalar, Fr. Jairo Soto, Fr. Carlos María Domínguez, Fr. Carlos González Castellanos. Un particular agradecimiento a Fr. José Manuel González Durán, quien gentilmente no solo nos sugirió las canciones agustinianas para el final de cada sesión, sino que también nos ofreció la misma canción y su letra para ser usada por estos talleres de oración. A todos ellos, y a toda la familia agustino recoleta, gracias por su apoyo, su cariño y ánimo fraterno.

Roma, 19 de agosto de 2013,
Fiesta de san Ezequiel Moreno.



MÉTODOS DE ORACIÓN

APÉNDICE



MÉTODOS DE ORACIÓN

APÉNDICE

1. EJERCICIO DE ORACIÓN DE IMAGINACIÓN

- a. Antes de empezar el ejercicio es recomendable invitar a los participantes a sentarse formando un círculo.
- b. Se pueden atenuar las luces del lugar, o bien apagar las luces colocando unas velas para crear ambiente de recogimiento.
- c. Se puede poner una música suave como fondo para la oración.
- d. Una vez hechos los preparativos, se les explica a los participantes la dinámica a seguir, es decir que se les va a invitar a cerrar los ojos, se va a leer un texto, que ellos deben en su interior imaginar que están ahí junto con Cristo y contemplarlo. Se les debe decir que después de la lectura se van a tener algunos minutos de silencio y de oración (En las primeras sesiones puede haber mucha gente que haya acudido por curiosidad y posiblemente no tenga experiencia de oración. Por ello conviene no alargar excesivamente estos primeros momentos de silencio en el taller. Cada animador debe estar atento a la concentración o a la distracción de cada uno de los participantes, y no alargar el momento si percibe que alguno o algunos ya no están orando).
- e. Pasados esos minutos de oración en absoluto silencio el animador del grupo debe tomar la palabra con voz suave e invitar a los participantes a ir terminando su oración-contemplación, a guardar en su corazón lo que han experimentado de Dios y recordarles que pronto deben volver a abrir los ojos. Pasados unos instantes, debe dar la orden con suavidad de volver a abrir los ojos a todos los participantes.
- f. En ese momento, todavía con la música suave y sin romper el clima de oración, según el ambiente que haya puede hacer una de dos cosas:
 1. Invitar a los que lo deseen a hacer una oración en voz alta para agradecer, alabar a Dios o hacer una petición.
 2. Invitar a todos a rezar juntos el Padre nuestro.
- g. Hay que terminar el taller con un "Cierre de sesión" sugerido en cada esquema.
- h. Finalmente se debe rezar juntos

la oración de san Agustín y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

2. EJERCICIO DE ORACIÓN DE ECO.

a. Antes de empezar el ejercicio es recomendable invitar a los participantes a sentarse formando un círculo.

b. Se pueden atenuar las luces del lugar, o bien apagar las luces colocando unas velas para crear ambiente de recogimiento.

c. Se puede poner una música suave como fondo para la oración.

d. Una vez hechos los preparativos, se les explica a los participantes la dinámica a seguir, es decir que se va a leer un texto. Cada uno debe tener el texto en sus manos (deberá estar en el manual del participante). Después de la lectura se les invita a un momento de silencio, de releer el texto de meditarlo. Es preciso decir que se van a dejar unos minutos de silencio y que después se va a compartir la frase que más haya llamado la atención. Para la extensión del tiempo en el que el grupo estará en silencio, el animador debe ver la concentración y grado de recogimiento del grupo.

e. Pasados esos minutos de ora-

ción en absoluto silencio el animador del grupo debe tomar la palabra con voz suave e invitar a los participantes a compartir libremente la frase que más les haya llamado la atención, subrayando que no se trata de decir todas las frases seguidas, sino de dejarlas caer y resonar en el interior de los demás.

f. Una vez que el animador note que ya han participado los que querían participar, según el ambiente que haya puede hacer una de dos cosas:

1. Invitar a los que lo deseen a hacer una oración en voz alta para agradecer, alabar a Dios o hacer una petición.

2. Invitar a todos a rezar juntos el Padre nuestro.

g. Hay que terminar el taller con un "Cierre de sesión" sugerido en cada esquema.

h. Finalmente se debe rezar juntos la oración de san Agustín y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

3. EJERCICIO DE ORACIÓN DE "MANTRA"

a. Antes de empezar el ejercicio es recomendable invitar a los participantes a sentarse formando un círculo.

b. Se pueden atenuar las luces del lugar, o bien apagar las luces colocando unas velas para crear ambiente de recogimiento.

c. Se puede poner una música suave como fondo para la oración.

d. Una vez hechos los preparativos, se les explica a los participantes la dinámica a seguir. Se trata de meditar y “dejar caer” dentro del corazón una frase breve, que será propuesta por el animador, de tal forma que el ritmo para meditar y repetir desde el interior en silencio esa frase se acompañe con el ritmo de la respiración. Se recomienda que la persona tenga los ojos cerrados o semicerrados. Se les puede recordar que a lo largo del tiempo de la oración, pueden abrir los ojos en algunos momentos para volver a leer la frase o ver la proyección de la misma (se puede utilizar una presentación de *Power Point*, como se señala a continuación en el inciso “e.2”).

Se les debe decir que el ejercicio va a durar algunos minutos, donde se pide que todos estén en silencio (En las primeras sesiones puede haber mucha gente que haya acudido por curiosidad y posiblemente no tenga experiencia de oración. Por ello conviene no alargar excesivamente estos primeros momentos de silencio en el taller. Cada animador debe es-

tar atento a la concentración o a la distracción de cada uno de los participantes, y no alargar el momento si percibe que alguno o algunos ya no están orando).

e. La frase propuesta como mantra en el manual puede:

1. Ser escrita en un cartel grande para que todos la puedan ver y sin dificultad repetir en el interior.

2. Se puede preparar una proyección repetitiva en *Power Point* con la frase completa, o la frase dividida por partes, que se vaya sistemáticamente repitiendo mientras dure el tiempo de la oración.

f. Pasados esos minutos de oración en absoluto silencio el animador del grupo debe tomar la palabra con voz suave e invitar a los participantes a ir terminando su oración-contemplación, a guardar en su corazón lo que han experimentado de Dios y recordarles que pronto deben volver a abrir los ojos. Pasados unos instantes, debe dar la orden con suavidad de volver a abrir los ojos a todos los participantes.

g. En ese momento, todavía con la música suave de fondo, posiblemente la proyección con la frase todavía en marcha y sin romper el clima de oración, según el am-

biente que haya puede hacer una de dos cosas:

1. Invitar a los que lo deseen a hacer una oración en voz alta para agradecer, alabar a Dios o hacer una petición.
 2. Invitar a todos a rezar juntos el Padre nuestro.
- h. Hay que terminar el taller con un "Cierre de sesión" sugerido en cada esquema.
- i. Finalmente se debe rezar juntos la oración de san Agustín y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

4. EJERCICIO DE ORACIÓN DE "ILUMINACIÓN"

- a. Antes de empezar el ejercicio es recomendable invitar a los participantes a sentarse formando un círculo.
- b. Se pueden atenuar las luces del lugar.
- c. Se puede poner una música suave como fondo para la oración.
- d. A cada uno de los participantes se le da una vela o veladora encendida (buscando la manera para que la cera no manche el lugar, colocando la vela en un vasito, etc.) y se les pide que imaginen que

esa luz que tiene en sus manos es la luz del Espíritu Santo que les ayuda a iluminar la oscuridad que puede haber en sus vidas.

d. Una vez hechos los preparativos, se les explica a los participantes la dinámica a seguir. Se trata de meditar y de pedir a Dios "luz" en el interior para poder ver las cosas como Dios las ve. Al mismo tiempo de pedir luz, se puede poner en la presencia de Dios los problemas o dudas que la persona pueda tener. Se les invita a cerrar los ojos y en silencio a dejar que la luz de Dios vaya iluminando su camino y a ser capaces de escuchar la voz de Dios en el propio interior. Quien dirige el taller debe estar muy atento para evitar que las velas o veladoras se caigan o quemem algo, ya que la personas tiene los ojos cerrados.

Se les debe decir que el ejercicio va a durar algunos minutos, donde se pide que todos estén en silencio (En las primeras sesiones puede haber mucha gente que haya acudido por curiosidad y posiblemente no tenga experiencia de oración. Por ello conviene no alargar excesivamente estos primeros momentos de silencio en el taller. Cada animador debe estar atento a la concentración o a

la distracción de cada uno de los participantes, y no alargar el momento si percibe que alguno o algunos ya no están orando).

e. Pasados esos minutos de oración en absoluto silencio el animador del grupo debe tomar la palabra con voz suave e invitar a los participantes a ir terminando su oración-contemplación, a guardar en su corazón lo que han experimentado de Dios y recordarles que pronto deben volver a abrir los ojos. Pasados unos instantes, debe dar la orden con suavidad de volver a abrir los ojos a todos los participantes.

g. En ese momento, todavía con la música suave de fondo, con las velas encendidas en las manos y sin romper el clima de oración, según el ambiente que haya puede hacer una de dos cosas:

1. Invitar a los que lo deseen a hacer una oración en voz alta para agradecer, alabar a Dios o hacer una petición.

2. Invitar a todos a rezar juntos el Padre nuestro.

h. Hay que terminar el taller con un "Cierre de sesión" sugerido en cada esquema.

i. Finalmente se debe rezar juntos la oración de san Agustín y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

5. EJERCICIO DE ORACIÓN CON UNA CANCIÓN

a. Antes de empezar el ejercicio es recomendable invitar a los participantes a sentarse formando un círculo.

b. Se pueden atenuar las luces del lugar o colocar algunas velas estratégicamente.

c. A cada participante se le da la letra de la canción. Si la canción es de tipo "mantra" (que repita siempre el mismo texto), se les puede repartir a los participantes un texto bíblico o agustiniano relacionado con el "mantra" de la canción".

d. Se debe explicar lo que se va a hacer. Se va a escuchar en absoluto silencio la canción. Se les pide que pongan atención a la frase o frases que más les hayan llamado la atención. Se escucha una primera vez siguiendo la letra. Posteriormente se les invita a cerrar los ojos y se escucha la canción una segunda vez. Después se invita a meditar en silencio la frase que más les haya llamado la atención o que les haya tocado más sus sentimientos. Para esta meditación en silencio se puede poner una música suave. Si se tuviera la versión instrumental de la canción sería muy bueno.

Se les debe decir que el ejercicio

va a durar algunos minutos, donde se pide que todos estén en silencio (En las primeras sesiones puede haber mucha gente que haya acudido por curiosidad y posiblemente no tenga experiencia de oración. Por ello no conviene alargar excesivamente estos primeros momentos de silencio en el taller. Cada animador debe estar atento a la concentración o a la distracción de cada uno de los participantes, y no alargar el momento si percibe que alguno o algunos ya no están orando).

e. Pasados esos minutos de oración en absoluto silencio el animador del grupo debe tomar la palabra con voz suave e invitar a los participantes a ir terminando su oración-contemplación, a guardar en su corazón lo que han experimentado de Dios y recordarles que pronto deben volver a abrir los ojos. Pasados unos instantes, debe dar la orden con suavidad de volver a abrir los ojos a todos los participantes.

g. En ese momento, todavía con la música suave de fondo y sin romper el clima de oración, según el ambiente que haya, puede hacer una de dos cosas:

1. Invitar a los que lo deseen, a hacer una oración en voz alta para agradecer, alabar a Dios o hacer una petición.

2. Invitar a todos a rezar juntos el Padre nuestro.

h. Hay que terminar el taller con un "Cierre de sesión" sugerido en cada esquema.

i. Finalmente se debe rezar juntos la oración de san Agustín y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

6. EJERCICIO DE ORACIÓN ESCRIBIENDO UN TEXTO

a. Antes de empezar el ejercicio es recomendable invitar a los participantes a sentarse formando un círculo.

b. Se pueden atenuar las luces del lugar o colocar algunas velas estratégicamente.

c. A cada participante se le da una hoja en blanco y un bolígrafo.

d. Se debe explicar lo que se va a hacer. Se va a escuchar en absoluto silencio la lectura pausada de un texto (De la Biblia o de san Agustín). Se les pide que pongan atención a los elementos que más les llamen la atención para que los mediten. Se pone música suave invitando a reflexionar. Pasados unos minutos se va a volver a leer lentamente el texto y se les pide que hagan oración con ese texto, que se vean reflejados en las pala-

bras del texto. Se vuelve a dejar un momento de silencio con la música de fondo. Pasados otros minutos se les pide que escriban la oración que brota en ellos como un eco de las palabras escuchadas. Mientras escriben, puede haber música de fondo.

(En las primeras sesiones puede haber mucha gente que haya acudido por curiosidad y posiblemente no tenga experiencia de oración. Por ello conviene no alargar excesivamente estos primeros momentos de silencio en el taller. Cada animador debe estar atento a la concentración o a la distracción de cada uno de los participantes, y no alargar el momento si percibe que alguno o algunos ya no están orando).

e. Pasados esos minutos en los que han estado escribiendo el animador del grupo debe tomar la palabra con voz suave e invitar a los participantes a ir terminando su oración escrita.

g. Posteriormente, todavía con la música suave de fondo y sin romper el clima de oración, puede invitar a los que lo deseen, a leer en voz alta y despacio la oración que escribieron.

El animador debe advertir que después de cada oración leída se va a dejar un tiempo de reflexión,

antes de que alguien más pueda compartir su oración.

Para finalizar la lectura de las oraciones (no debe alargarse en exceso este momento, con tres o cuatro son suficientes), invita a todos a rezar juntos el Padre nuestro.

h. Hay que terminar el taller con un "Cierre de sesión" sugerido en cada esquema.

i. Finalmente se debe rezar juntos la oración de san Agustín y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

7. EJERCICIO DE ORACIÓN DE TOLLE GE

a. Antes de empezar el ejercicio es recomendable invitar a los participantes a sentarse formando un círculo.

b. Se pueden atenuar las luces del lugar o colocar algunas velas estratégicamente.

c. Es preciso desde la sesión anterior haber invitado a todos los participantes a que lleven una Biblia. Conviene siempre tener algunas Biblias a mano para los que no estuvieron en la sesión anterior o los que la hayan olvidado.

c. Se debe explicar lo que se va a hacer. Es preciso escoger un texto de la Biblia (AT, NT, evangelios, car-

tas de san Pablo, etc.) Se les pide que abran la Biblia al azar en la parte estipulada y que lean el primer texto que vean. Debe ser un texto más bien breve. Si el texto es extraño o no les dice nada, es preciso decirles a los participantes que pueden repetir la búsqueda, pero que no lo hagan muchas veces, sino que traten de entender el texto que les ha salido. Se les invita a que después de leerlo, lo mediten en silencio y hagan con él oración unos minutos. Durante el tiempo de lectura y meditación puede haber música suave.

e. Pasados los minutos de oración, el animador del grupo debe tomar la palabra con voz suave e invitar a los participantes a ir terminando su oración.

g. Posteriormente, todavía con la música suave de fondo y sin romper el clima de oración, puede invitar a los que lo deseen, a que compartan en voz alta y despacio el texto que les salió y qué es lo que oraron en él.

El animador debe advertir que después de cada participación se va a dejar un tiempo de reflexión, antes de que alguien más pueda compartir su texto.

Para finalizar la lectura de los textos (no debe alargarse en exceso

este momento, con tres o cuatro son suficientes), invita a todos a rezar juntos el Padre nuestro.

h. Hay que terminar el taller con un "Cierre de sesión" sugerido en cada esquema.

i. Finalmente se debe rezar juntos la oración de san Agustín y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

8. EJERCICIO DE ORACIÓN CON UN ICONO

a. Antes de empezar el ejercicio es recomendable invitar a los participantes a sentarse formando un círculo.

b. Se pueden atenuar las luces del lugar o colocar algunas velas estratégicamente.

c. A cada participante se le da una estampa con un icono. (Preferentemente de Cristo y que tenga los ojos abiertos).

d. Se debe explicar lo que se va a hacer. Se va a escuchar en absoluto silencio la lectura pausada de un texto (De la Biblia o de san Agustín). Se les pide que pongan atención a los elementos que más les llamen la atención para que los mediten en diálogo con Cristo representado en el icono. Se les pide a los participantes que miren

a los ojos al icono y que se dejen a la vez mirar por él. Se pone música suave invitando a reflexionar. Pasados unos minutos se va a volver a leer lentamente el texto y se les pide sigan haciendo oración con ese texto en diálogo mirando a los ojos del icono de Cristo. Debe haber música de fondo.

Cada animador debe estar atento a la concentración o a la distracción de cada uno de los participantes, y no alargar el momento si percibe que alguno o algunos ya no están orando.

e. Pasados esos minutos en los que han estado orando y dialogando en silencio con Cristo representado en el icono, el animador del grupo debe tomar la palabra con voz suave e invitar a los participantes a ir terminando su oración.

g. Posteriormente, todavía con la música suave de fondo y sin romper el clima de oración, puede invitar a los que lo deseen, a compartir su oración en voz alta.

El animador debe advertir que después de cada oración se va a dejar un tiempo de reflexión, antes de que alguien más pueda compartir su oración.

Para finalizar, invita a todos a rezar juntos el Padre nuestro.

h. Hay que terminar el taller con un "Cierre de sesión" sugerido en cada esquema.

i. Finalmente se debe rezar juntos la oración de san Agustín y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.



ORACIÓN FINAL DE LOS TALLERES

Vueltos hacia el Señor, Dios Padre omnipotente, démosle con puro corazón, en cuanto nos lo permite nuestra pequeñez, las más rendidas y sinceras gracias, pidiendo con todas nuestras fuerzas a su particular bondad, que se digne oír nuestras plegarias según su beneplácito, y que aparte con su poder al enemigo de todos nuestros pensamientos y obras; que acreciente nuestra fe, gobierne nuestra mente, nos dé pensamientos espirituales y nos lleve a su felicidad, por su Hijo Jesucristo, Señor nuestro, que con Él vive y reina, Dios, en unidad del Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. Amén.
(*en. Ps. 150, 8*)



TALLERES DE ORACIÓN
AGUSTINIANA



I. PRIMER TALLER



A. PREÁMBULOS.

Al ser el primer taller, es preciso explicar algunas generalidades de lo que es la oración para san Agustín. Por ello convendría dedicar no más de media hora a leer juntos y comentar el texto de “Agustín maestro de oración”. El resto del tiempo habría que dedicarlo a un ejercicio de oración, tal y como se propone en el inciso ‘C’. Lo que no se haya podido comentar en esta sesión, se podría comentar en otra sesión, o bien que cada uno de los participantes lo lea en su casa y después se puede comentar en grupo.

B. AGUSTÍN MAESTRO DE ORACIÓN

1. Una descripción

San Agustín fue un gran orante

(y también un gran orador), pues no sólo encontraba tiempo para meditar los misterios de Dios, después de sus largas jornadas de trabajo, sino que también tuvo diferentes experiencias espirituales sumamente elevadas –algunos las llamarían místicas– como el así llamado “éxtasis de Ostia”, que vive junto con su madre santa Mónica³.

En sus escritos encontramos muchas descripciones de lo que es la oración, pero vamos a partir de la que nos da en el libro *De Trinitate*:

Y el que se renueva en el conocimiento de Dios, en justicia y santidad verdaderas, al crecer en perfección de día en día, transfiere sus amores de lo temporal a lo eterno, de las cosas visibles a las invisibles, de las carnales a las espirituales, y pone todo su empeño y diligencia en frenar y debilitar la pasión en aquéllas y en unirse a éstas por caridad. Y lo conseguirá en la medida de la ayuda divina⁴.

Esta descripción tiene dos partes fundamentales. En primer lugar el ejercicio espiritual, la oración consistiría en que el creyente sea

³ *conf.* 9, 10, 24.

⁴ *trin.* 14, 17, 23.

aquel que: *“transfiere sus amores de lo temporal a lo eterno, de las cosas visibles a las invisibles”*. La oración es por tanto un transferir, subir, un remontarnos desde las cosas de todos los días hasta Dios. La oración no sería otra cosa que la vivencia cotidiana de uno de los movimientos espirituales más propios del hombre agustiniano, que es el de “levantar el corazón” hacia Dios, sabiendo que si el corazón se queda en la tierra se pudre⁵.

Dos son los mecanismos que levantan el corazón: el amor y el deseo de Dios. El hombre agustiniano se siente atraído por Dios de tal manera, que asciende de las cosas de la tierra hacia Dios, para poner en él, por lo menos en esperanza, su morada:

*Por ahora hermanos míos, que nuestro gozo esté en la esperanza; por así decirlo, nadie goce en la realidad presente, no sea que se adhiera al camino*⁶.

Esta primera parte de la definición agustiniana haría referencia a la contemplación de los misterios de Dios. Oramos para elevarnos por encima de las cosas de este mundo y poder contemplar a Dios, ver el rostro de Cristo, quedarnos ex-

tasiados ante sus misterios y maravillas⁷.

Es preciso observar que más allá de los elementos filosóficos, lo fundamental para san Agustín es que la oración –y la vida espiritual en general–, es un don de Dios, no es el fruto del ejercicio y de la sabiduría del hombre, sino sólo de la gracia divina.

2. Oración como búsqueda amorosa

En la descripción que estamos comentando, san Agustín habla de que la oración es también un empeño, una búsqueda: *“y pone todo su empeño y diligencia en frenar y debilitar la pasión en aquéllas y en unirse a éstas por caridad”*⁸. Se trata de una búsqueda que tiene como motor el amor, y cuya finalidad no es llegar a un conocimiento perfecto, sino llegar a comprender, a amar más y a degustar los misterios divinos. Se trataría del tipo de oración discursiva o de meditación, en la cual se reflexiona sobre un texto o un pasaje –particularmente de la Escritura–, para llegar a descubrir en él, lo que Dios quiere decir, o bien estar atentos a las reacciones que en mí puede suscitar dicho texto. San Agustín

⁵ s. 229 A, 3 (Guelf. 7, 3).

⁶ *Io. eu. tr.* 10, 13.

⁷ Cf. VC 15.

⁸ *trin.* 14, 17, 23.

lo compara con “rumiar” un texto determinado:

Amonestamos a vuestra caridad que las cosas que oyendo almacenáis en la despensa de vuestra memoria, las rumiéis pensándolas y repasándolas (...) Por esto dijo brevemente: el sabio rumia, el necio no rumia. Esto, ¿qué quiere decir en nuestra lengua? Que el sabio piensa sobre las cosas que oyó, y el necio, por el contrario, las entrega al olvido⁹.

De esta meditación y reflexión debe nacer el deseo de ascender de las cosas de esta tierra hacia Dios.

3. El deseo santo

La oración para san Agustín es también deseo. El creyente está llamado a orar sin interrupción, y la forma de orar sin cesar, es para san Agustín, a través del deseo de las cosas celestiales, particularmente a través del deseo de la vida eterna. San Agustín lo dice bellamente en su comentario a los Salmos:

Dejarás de orar cuando dejes de desear. Que el deseo sea tu oración¹⁰.

Por eso, al hablar de la oración señala que es el deseo de las co-

⁹ en. Ps. 141, 1.

¹⁰ en. Ps. 37, 14-15.

sas invisibles, es decir de Dios, de su reino, de llegar a participar de la alegría en la eternidad, etc. El hombre agustiniano es un hombre de deseos, pero de deseos celestiales:

Por eso dijo el apóstol: Orad sin interrupción (1 Tes 5, 17), ¿qué otra cosa quería decir sino que deseemos incesantemente la vida bienaventurada o eterna que viene de aquél -el único- que la puede dar? Vamos, pues, siempre a desear que el Señor Dios nos dé esa vida; oremos siempre.¹¹

Todo su gozo y su esperanza es el poder llegar algún día a participar de lo que Dios ha prometido, y el deseo se aumenta día tras día con el amor. El que más ama a Dios es el que más desea llegar a participar de la vida bienaventurada con él. El amor es pues el que dilata el deseo, y el amor y el deseo se expresan en la oración:

El deseo es el seno del corazón; le poseeremos si dilatamos el deseo cuanto nos fuere posible (...) Pero amad conmigo¹².

4. Dinámica espiritual agustiniana

San Agustín en el *De vera religione*, una obra dedicada a su gran

¹¹ ep. 130, 9, 18.

¹² lo. eu. tr. 40, 10.



mecenas Romano, nos invita a no salir fuera de nosotros mismos, con un proceso, que tiene varios pasos. Por eso dice en primer lugar: "*Noli foras ire*"¹³. Es decir: "No quieras ir fuera". Se da cuenta San Agustín de que vivimos en muchas ocasiones llamados a ir hacia fuera, es decir, a salir de nuestro centro, distraernos de lo más importante de nuestra vida, que es Dios. "*Noli foras ire*".

Segundo paso de este proceso de entrar en nuestro interior sería: "*In teipsum redi*". Es decir: vuelve a ti mismo, vuelve a tu interior. Se da cuenta San Agustín de que vivimos en muchas ocasiones, como el hijo pródigo que nos presenta el evangelio, fuera y lejos de casa (Lc 15, 13). La casa para San Agustín es el corazón del ser humano. Ese es el lugar donde se da el encuen-

¹³ uera rel. 72.

tro entre Dios y el hombre. Pero nosotros vivimos dispersos, como el hijo pródigo, que abandonó la casa para marchar por el mundo. San Agustín nos invita a que volvamos, como el hijo pródigo (Lc 15, 18), y que entremos en la casa, es decir en el corazón, donde podemos vivir el encuentro con Dios.

La tercera parte de este proceso sería: "*In interiore homine habitat veritas*". Es decir: "En el hombre interior habita la verdad". Dentro de cada uno de nosotros tenemos la presencia de Jesús, la presencia de Dios. Y si hemos entrado en nuestro interior no es para huir de las cosas exteriores. La espiritualidad agustiniana en esto se diferencia grandemente de las espiritualidades de tipo oriental y de las espiritualidades tocadas por el pensamiento filosófico. Hasta aquí, en estos dos primeros pasos, "no salgas fuera" (*Noli foras ire*) y el segundo paso, "regresa a ti mismo" (*In teipsum redi*), la espiritualidad agustiniana se podría parecer mucho a la espiritualidad oriental, particularmente a la espiritualidad del budismo zen.

Pero la gran novedad agustiniana consiste en señalar que el propósito por el que entramos en nuestro interior no es sólo para encontrar la paz en el abandono del mundo,

sino para encontrarnos con Cristo maestro interior. Esta es la esencia de la oración, el encuentro con Dios.

Sin embargo, este proceso de oración agustiniana, no se termina aquí. Hay un cuarto paso, como un efecto propio de la oración. Por eso la última parte de esta frase, de *De vera religione*, sería: “*Trascende et teipsum*”¹⁴. Es decir: “Trasciéndete a ti mismo”. Hemos encontrado a Dios en nuestro corazón, y vivir la oración significa para san Agustín ser capaces de comunicar esta experiencia de Dios a aquellos que están cerca de nosotros. Por eso, pues, la oración como un ejercicio de recogimiento, implicaría ciertamente crear todas las condiciones para vivir en ese recogimiento interior, pero a

la vez vivir la interioridad implica un compromiso de comunicar lo que vamos descubriendo de Dios a nuestros hermanos. Dice san Agustín:

*Arrebatad, conducid, arrastrad a cuantos podáis. Estad seguros que los lleváis hacia Aquel que no desagrada a los que le contemplan y rogad que los ilumine y que miren bien*¹⁵.

B. EJERCICIO DE ORACIÓN

Se proponen dos ejercicios de oración.

1. Ejercicio de oración de imaginación con Lc 5, 1-9

a. Seguir las pautas de la oración de imaginación presentada en el Apéndice.

¹⁴ *vera rel.* 72.

¹⁵ *en. Ps.* 96, 10.

Lc 5, 1-9: En una oportunidad, la multitud se amontonaba alrededor de Jesús para escuchar la Palabra de Dios, y él estaba de pie a la orilla del lago de Genesaret. ² Desde allí vio dos barcas junto a la orilla del lago; los pescadores habían bajado y estaban limpiando las redes. ³ Jesús subió a una de las barcas, que era de Simón, y le pidió que se apartara un poco de la orilla; después se sentó, y enseñaba a la multitud desde la barca.

⁴ Cuando terminó de hablar, dijo a Simón: «Navega mar adentro, y echen las redes». ⁵ Simón le respondió: «Maestro, hemos trabajado la noche entera y no hemos sacado nada, pero si tú lo dices, echaré las redes». ⁶ Así lo hicieron, y sacaron tal cantidad de peces, que las redes estaban a punto de romperse. ⁷ Entonces hicieron señas a los compañeros de la otra barca para que fueran a ayudarlos. Ellos acudieron, y llenaron tanto las dos barcas, que casi se hundían.

⁸ Al ver esto, Simón Pedro se echó a los pies de Jesús y le dijo: «Aléjate de mí, Señor, porque soy un pecador». ⁹ El temor se había apoderado de él y de los que lo acompañaban, por la cantidad de peces que habían recogido; ¹⁰ y lo mismo les pasaba a Santiago y a Juan, hijos de Zebedeo, compañeros de Simón. Pero Jesús dijo a Simón: «No temas, de ahora en adelante serás pescador de hombres». ¹¹ Ellos atracaron las barcas a la orilla y, abandonándolo todo, lo siguieron.

b. Como cierre de sesión se puede leer el texto de *conf.* 10, 38 o bien escuchar una canción agustiniana (“¡Qué tarde te amé”. Disco: *Agustín íntimo* [pista 4] de José

Manuel González Durán; o bien “¡Tarde te amé”. Disco: *Confieso tu amor* [pista 7] de José Manuel González Durán).

conf. 10, 38: ¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y he aquí que tú estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te buscaba; y deforme como era, me lanzaba sobre estas cosas hermosas que tú creaste. Tú estabas conmigo, mas yo no lo estaba contigo. Me retenían lejos de ti aquellas cosas que, si no estuviesen en ti, no serían. Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y fugaste mi ceguera; exhalaste tu perfume y respiré, y suspiro por ti; gusté de ti, y siento hambre y sed, me tocaste, y me abrasé en tu paz.

c. Finalmente se debe rezar juntos la oración de san Agustín (pág. 23)

y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

Vueltos hacia el Señor

Vueltos hacia el Señor, Dios Padre omnipotente, démosle con puro corazón, en cuanto nos lo permite nuestra pequeñez, las más rendidas y sinceras gracias, pidiendo con todas nuestras fuerzas a su particular bondad, que se digne oír nuestras plegarias según su beneplácito, y que aparte con su poder al enemigo de todos nuestros pensamientos y obras; que acreciente nuestra fe, gobierne nuestra mente, nos dé pensamientos espirituales y nos lleve a su felicidad, por su Hijo Jesucristo, Señor nuestro, que con Él vive y reina, Dios, en unidad del Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. Amén. (en. Ps. 150, 8)

2. Ejercicio de oración de eco con *conf. 10, 38-39*.

a. Seguir las pautas de la oración de eco presentada en el Apéndice.

conf. 10,38. ¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y he aquí que tú estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te buscaba; y deforme como era, me lanzaba sobre estas cosas hermosas que tú creaste. Tú estabas conmigo, mas yo no lo estaba contigo. Me retenían lejos de ti aquellas cosas que, si no estuviesen en ti, no serían. Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y fugaste mi ceguera; exhalaste tu perfume y respiré, y suspiro por ti; gusté de ti, y siento hambre y sed; me tocaste, y abrázame en tu paz.

Conf. 10, 39. Cuando yo me adheriere a ti con todo mi ser, ya no habrá más dolor ni trabajo para mí, y mi vida será viva, llena toda de ti. Mas ahora, como al que tú llenas lo elevas, me soy carga a mí mismo, porque no estoy lleno de ti. Contienden mis alegrías, dignas de ser lloradas, con mis tristezas, dignas de alegría, y no sé de qué parte está la victoria. Contienden mis tristezas malas con mis gozos buenos, y no sé de qué parte está la victoria. ¡Ay de mí, Señor! ¡Ten misericordia de mí! ¡Ay de mí! He aquí que no oculto mis llagas. Tú eres médico, y yo estoy enfermo; tú eres misericordioso, y yo miserable. ¿Acaso no es tentación la vida del hombre sobre la tierra? ¿Quién hay que guste de las molestias y trabajos? Tú mandas tolerarlos, no amarlos. Nadie ama lo que tolera, aunque ame el tolerarlos. Porque, aunque goce en tolerarlos, más quisiera, sin embargo, que no hubiese qué tolerar (...)

b. Como cierre de sesión se puede volver a leer el texto de *conf. 10, 38-39*, o bien escuchar una canción agustiniana (“¡Qué tarde te amé”. Disco: *Agustín íntimo [pista 4]* de José Manuel González Durán; o bien “¡Tarde te amé”.

Disco: *Confieso tu amor [pista 7]* de José Manuel González Durán).

c. Finalmente se debe rezar juntos la oración de san Agustín (*pág. 23*) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

Vueltos hacia el Señor

Vueltos hacia el Señor, Dios Padre omnipotente, démosle con puro cora-

zón, en cuanto nos lo permite nuestra pequeñez, las más rendidas y sinceras gracias, pidiendo con todas nuestras fuerzas a su particular bondad, que se digne oír nuestras plegarias según su beneplácito, y que aparte con su poder al enemigo de todos nuestros pensamientos y obras; que acreciente nuestra fe, gobierne nuestra mente, nos dé pensamientos espirituales y nos lleve a su felicidad, por su Hijo Jesucristo, Señor nuestro, que con Él vive y reina, Dios, en unidad del Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. Amén. (en. Ps. 150, 8)

2. SEGUNDO TALLER: LA DISPERSIÓN (TALLER DE SILENCIO I)



A. LA DISPERSIÓN

Cuando san Agustín llegó a Cartago a sus 17 años a continuar sus estudios de Retórica, se quedó fascinado por el mundo de esta gran ciudad, en donde pululaban todo tipo de vicios y de placeres. Por ello san Agustín describe la ciudad de Cartago, en el libro tercero de las *Confesiones*, como una sartén de amores prohibidos (*conf. 3, 1*). Este mismo libro tercero nos presenta la dispersión en la que vivía san Agustín, y cómo él se vuelca hacia las criaturas olvidándose de Dios, dejando de lado el

amor de Dios -la caridad-, y entregándose con vehemencia al amor mundano, al amor carnal, al amor de este mundo. Este movimiento le llevó a san Agustín a darse cuenta de la acuciante necesidad que tiene todo ser humano de amar y ser amado¹⁶, y por otra parte que la persona llega a transformarse en aquello que ama¹⁷. Así, si ama el mundo, el mismo mundo va haciendo que la persona paulatinamente pierda su propia identidad y se olvide de Dios.

Esta experiencia juvenil le llevará a san Agustín a meditar sobre la realidad del ser humano, que se encuentra disperso y fragmentado por el pecado original, que ha roto la unidad en su interior¹⁸, lo ha separado de Dios y hace que el ser humano se vuelque hacia las criaturas olvidándose del Creador. Por ello dos de las consecuencias que el pecado original ha dejado en el ser humano, según san Agustín, son la dificultad para hacer el bien y la ignorancia, es decir el no saber dónde está el bien y el mal¹⁹.

¹⁶ Cf. *conf. 3, 1*.

¹⁷ Cf. *ep. lo. tr. 2, 14*.

¹⁸ Cf. *lo. eu. tr. 7, 18*.

¹⁹ Cf. *lib. arb. 3, 50*.



Otra de las consecuencias del pecado original y de la dispersión es que el ser humano viva de manera equivocada los deseos más profundos que hay en su propio ser. Para san Agustín el ser humano se puede definir por sus deseos. Según el santo Obispo de Hipona hay tres deseos (*appetitus*)²⁰ que marcan particularmente al ser humano. No obstante el pecado ha hecho que estos deseos se tergiversen y no lleven al ser humano a Dios, sino a la dispersión y a la perdición. De este modo, el primer *appetitus* (o deseo) es el *appetitus ueritatis* (el deseo de la verdad)²¹. Todos los seres humanos deseamos conocer la verdad. No obstante el pecado hace que el ser humano más que buscar a quien es la Verdad, que es el mismo Cristo, se conforme con un deseo

²⁰ Cf. *mus.* 6, 17, 56.

²¹ Cf. *ord.* 1, 3, 6.

de conocer noticias y novedades, de tal manera que quede vencido por una vana curiosidad de saber cosas, pero no de estar al pendiente de Dios.

El segundo deseo es el *appetitus essendi* (deseo de ser, vivir)²². Todos los seres humanos deseamos existir, ser, pero este *appetitus* se desvía cuando una persona se ama a sí misma de tal manera, que excluye a los demás, cayendo en el egoísmo y en la concupiscencia, es decir en la búsqueda apasionada de la satisfacción de todas sus necesidades materiales, haciendo de ello el único fin de su vida.

Un tercer *appetitus* es el deseo de ser *inuictus* (invencible)²³, de poder sobreponerse a las dificultades y problemas. No obstante este *appetitus* se desvía para convertirse en soberbia, cuando una persona no solo vence las dificultades en la vida, sino que desea imponerse y colocarse por encima de los demás.

Dentro del libro V de las *Confesiones* san Agustín utilizará el texto del salmo 8, leído alegóricamente, para ilustrar el desorden estos tres *appetitus*, que se convierten en tres vicios (*vitia*). De este modo, la soberbia está repre-

²² Cf. *doctr. chr.* 1, 25, 26

²³ Cf. *uera rel.* 45, 85.

sentada por las aves (pues llenan sus alas de viento, como viento es también lo que “infla” a los soberbios); la curiosidad está representada por los peces, quienes según san Agustín, no se cansan de buscar con avidez cosas superficiales; y finalmente la concupiscencia está representada por las bestias del campo, que tiene siempre la cabeza inclinada hacia la tierra y no la elevan hacia el cielo:

(...) y hallando que tú les has hecho, no se te dan a sí para que tú les conserves lo que les has dado, ni te ofrecen en sacrificio cuales se han hecho a sí mismos, ni dan muerte a sus altanerías como a aves del cielo, ni a sus insaciables curiosidades, que, como los peces del mar, repasan las secretas sendas del abismo; ni a sus concupiscencias, que les asemejan a los cuadrúpedos del campo, a fin de que tú, ¡oh Dios, fuego devorador!, consumas estos sus cuidados de muerte y los recrees inmortalmente²⁴.

²⁴ conf. 5, 4.

Lo que puede sanar el corazón del hombre, es la medicina de las Escrituras de la palabra de Dios, la gracia sanadora de Dios y el ejemplo de humildad de Cristo hecho hombre, médico de aquellos que están enfermos por sus pecados.

B. EJERCICIO DE ORACIÓN

Se proponen tres ejercicios de oración.

I. Ejercicio de oración de imaginación con Mc 7, 31-37

a. Seguir las pautas de la oración de imaginación presentada en el Apéndice.

b. En este texto es preciso resaltar la acción de Jesús para abrir los oídos del corazón para escuchar su voz y su palabra. Invitar a los participantes a identificarse con ese sordomudo con la petición a Cristo de ser sanados y que se abran los oídos del corazón.

Mc 7, 31-37: Cuando Jesús volvía de la región de Tiro, pasó por Sidón y fue hacia el mar de Galilea, atravesando el territorio de la Decápolis. ³² Entonces le presentaron a un sordomudo y le pidieron que le impusiera las manos. ³³ Jesús lo separó de la multitud y, llevándolo aparte, le puso los dedos en las orejas y con su saliva le tocó la lengua. ³⁴ Después, levantando los ojos al cielo, suspiró y le dijo: «Effatá», que significa: «Ábrete». ³⁵ Y en seguida se abrieron sus oídos, se le soltó la lengua y comenzó a hablar normalmente.

³⁶ Jesús les mandó insistentemente que no dijeran nada a nadie, pero cuanto más insistía, ellos más lo proclamaban ³⁷ y, en el colmo de la admiración, decían: «Todo lo ha hecho bien: hace oír a los sordos y hablar a los mudos».

c. Como cierre de sesión se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de *sol.* 1, 1, 2; o bien escuchar una canción agustiniana (“Eterna verdad”. Disco:

Agustín íntimo [pista 5] de José Manuel González Durán; o bien “Verdad eterna”. Disco: *Hora Santa [pista 9]* del Grupo Jésed).

Dios creador de todo

Dios, Creador de todas las cosas, dame primero la gracia de rogarte bien, después hazme digno de ser escuchado y, por último, líbrame. Dios, por quien tienden a ser todas las cosas que por sí mismas no serían nada. Dios, que no permites que perezca ni aquello que de suyo busca la destrucción. Dios, que creaste de la nada este mundo, el más bello que contemplan los ojos. Dios, que no eres autor de ningún mal y haces que lo malo no se empeore. Dios, que a los pocos que en el verdadero ser buscan refugio les muestras que el mal sólo es privación de ser. Dios, por quien la universalidad de las cosas es perfecta, aun con los defectos que tiene. Dios, por quien hasta el confín del mundo nada disuena, porque las cosas peores hacen armonía con las mejores. Dios, a quien ama todo el que es capaz de amar. (*sol.* 1, 1, 2)

d. Finalmente se debe rezar juntos la oración de san Agustín (*pág.* 23) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

2. Ejercicio de oración de eco con *conf.* 7, 16

a. Seguir las pautas de la oración de eco presentada en el Apéndice.

b. En este texto es preciso resaltar cómo Dios abrió los oídos de san Agustín para que pudiera escuchar su voz.

conf. 7, 16: Y, amonestado de aquí a volver a mí mismo, entré en mi interior guiado por ti; y lo pude hacer porque tú te hiciste mi ayuda (...); ¡Oh eterna verdad, y verdadera caridad, y amada eternidad! Tú

eres mí Dios; por ti suspiro día y noche, y cuando por vez primera te conocí, tú me tomaste para que viese que existía lo que había de ver y que aún no estaba en condiciones de ver. Y reverberaste la debilidad de mi vista, dirigiendo tus rayos con fuerza sobre mí, y me estremecí de amor y de horror. Y advertí que me hallaba lejos de ti en la región de la desemejanza, como si oyera tu voz de lo alto: *Manjar soy de grandes: crece y me comerás. Ni tú me mudarás en ti como al manjar de tu carne, sino tú te mudarás en mí.*

c. Como cierre de sesión se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de *sol. 1, 1, 2*; o bien escuchar una canción agustiniana (“Eterna verdad”. Disco:

Agustín íntimo [pista 5] de José Manuel González Durán; o bien “Verdad eterna”. Disco: *Hora Santa [pista 9]* del Grupo Jésed).

Dios creador de todo

Dios, Creador de todas las cosas, dame primero la gracia de rogarte bien, después hazme digno de ser escuchado y, por último, líbrame. Dios, por quien tienden a ser todas las cosas que por sí mismas no serían nada. Dios, que no permites que perezca ni aquello que de suyo busca la destrucción. Dios, que creaste de la nada este mundo, el más bello que contemplan los ojos. Dios, que no eres autor de ningún mal y haces que lo malo no se empeore. Dios, que a los pocos que en el verdadero ser buscan refugio les muestras que el mal sólo es privación de ser. Dios, por quien la universalidad de las cosas es perfecta, aun con los defectos que tiene. Dios, por quien hasta el confín del mundo nada disuena, porque las cosas peores hacen armonía con las mejores. Dios, a quien ama todo el que es capaz de amar. (*sol. 1, 1, 2*)

d. Finalmente se debe rezar juntos la oración de san Agustín (*pág. 23*) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

3. Ejercicio de oración de “mantra” en silencio con *conf. 7, 16*

a. Seguir las pautas de la oración

de “mantra” presentada en el Apéndice.

b. La frase que se sugiere como mantra, completa o en partes es: *¡Oh eterna verdad, y verdadera caridad, y amada eternidad! Tú eres mí Dios; por ti suspiro día y noche.*

c. Como cierre de sesión se puede leer despacio y meditando cada palabra la oración de *sol.* 1, 1, 2; o bien escuchar una canción agustiniana (“Eterna verdad”. Disco:

Agustín íntimo [pista 5] de José Manuel González Durán; o bien “Verdad eterna”. Disco: *Hora Santa [pista 9]* del Grupo Jésed).

Dios creador de todo

Dios, Creador de todas las cosas, dame primero la gracia de rogarte bien, después hazme digno de ser escuchado y, por último, líbrame. Dios, por quien tienden a ser todas las cosas que por sí mismas no serían nada. Dios, que no permites que perezca ni aquello que de suyo busca la destrucción. Dios, que creaste de la nada este mundo, el más bello que contemplan los ojos. Dios, que no eres autor de ningún mal y haces que lo malo no se empeore. Dios, que a los pocos que en el verdadero ser buscan refugio les muestras que el mal sólo es privación de ser. Dios, por quien la universalidad de las cosas es perfecta, aun con los defectos que tiene. Dios, por quien hasta el confín del mundo nada disuena, porque las cosas peores hacen armonía con las mejores. Dios, a quien ama todo el que es capaz de amar. (*sol.* 1, 1, 2)

d. Finalmente se debe rezar juntos la oración de san Agustín (*pág.* 23) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

3. TERCER TALLER: LA DISPERSIÓN

(TALLER DE SILENCIO II)



A. LOS EFECTOS DEL PECADO

San Agustín en el libro primero de las *Confesiones*²⁵, habla de su propia alma como de una casa. Una casa que ha sufrido los efectos del pecado. De este modo dice san Agustín:

*Angosta es la casa de mi alma para que vengas a ella; sea ensanchada por ti. Está ruinoso; repárala. Hay en ella cosas que ofenden tus ojos: lo confieso y lo sé; pero, ¿quién la limpiará o a quién otro clamaré fuera de ti?*²⁶

²⁵ *conf.* 1, 6.

²⁶ *Idem.*

El primer efecto del pecado es hacer que la casa sea estrecha con la necesidad de ser ampliada y dilatada por Dios. Contrariamente al pecado, la gracia y la obra de Dios ensanchan y engrandecen el alma. Así el profeta Isaías habla de aumentar y de ensanchar la propia tienda para poder acoger el don de Dios: “*Ensancha los linderos de tu tienda, porque te extenderás a derecha y a izquierda, tu descendencia poseerá las naciones y poblarán ciudades desoladas*” (Is 54, 2). Paralelamente, san Agustín habla de que el deseo ensancha el interior del hombre para poder acoger a Dios, contra el encogimiento que produce el pecado:

*Pues así como si quieres llenar una concavidad del odre, o del saco, o del recipiente, pues conoces cuán grande es lo que has de meter y ves cuán pequeño es el recipiente y estirándolo lo haces más amplio, así Dios, retardando extiende el deseo, haciendo desear dilata el ánimo y ampliándolo lo hace capaz. Deseemos, hermanos, porque hemos de ser llenados*²⁷.

Curiosamente en los primeros

²⁷ *lo. eu. tr.* 4, 6.



libros de las *Confesiones* donde san Agustín describe cómo su vida se alejaba de Dios para volcarse hacia las criaturas, casi no aparecen nombres de otras personas. Aquellos que rodean a san Agustín son solo seres humanos anónimos, porque quien peca, quien vive sin la gracia de Dios, es incapaz de reconocer en aquellos que le rodean a otra persona, a un hijo de Dios, pues sus horizontes son muy estrechos y se terminan en su propia persona.

Un segundo efecto que nos describe san Agustín del pecado en el texto de *conf. 1, 6*, es que el pecado destruye a quien lo comente y es principio de muerte. Por ello dice san Agustín: "*Mi casa está ruinosa, repárala*". Para el Obispo de Hipona es muy importante la idea de la unidad, y el pecado lo que hace es dividir al hombre dentro de sí mismo y en sus relaciones

interpersonales. Quien no es uno consigo mismo no puede formar una unidad con los demás. La conversión implicaría un deseo de lograr la unidad en el propio interior venciendo la fuerza del pecado, para ser capaz de vivir en unidad con aquellos que pueden rodear al ser humano. Así pues, lo único que repara el alma del ser humano es la gracia sanadora de Dios. Y así como el pecado es principio de muerte, la gracia de Dios es principio de vida y de alegría²⁸.

Un tercer efecto es que el pecado ha ensuciado el alma de san Agustín. Toda persona que comete pecados va manchando su propia vestimenta interior y necesita la gracia purificadora para limpiar este vestido interior²⁹. Era frecuente que san Agustín invitara a sus fieles a vivir una vida de santidad. Por ello después de haber recibido el bautismo en la solemnidad de la Pascua, los fieles se ponían unas túnicas blancas, y san Agustín no dejaba de exhortarlos a mantener siempre limpias y puras esas vestiduras como símbolo del corazón.

Y el pecado hace que el ser humano no solo se vuelva esclavo de las criaturas, sino que llegue a perder de vista la meta hacia la cual se dirige su vida, pues el ser humano

²⁸ Cf. *en. Ps. 70, 2, 3*.

²⁹ Cf. *en. Ps. 18, 2, 3*.

no tiene en esta tierra una morada permanente sino que se dirige hacia Dios. Todo ser humano es un peregrino de la ciudad de Dios y el pecado, al someter al hombre a las criaturas, puede hacer que éste pierda de vista la meta y cambie el amor de la ciudad de Dios por el amor de la ciudad de este mundo, poniendo en grave riesgo su propio destino eterno.

Por ello dice san Agustín: *“Añade siempre algo, camina continuamente, avanza sin parar; no te pares en el camino, no retrocedas, no te desvíes. Quien no avanza, está parado; quien vuelve al lugar de donde había partido, retrocede; quien apostata, se desvía”*. (s. 169, 18)

Mt 7, 24-27: Así, todo el que escucha las palabras que acabo de decir y las pone en práctica, puede compararse a un hombre sensato que edificó su casa sobre roca. 25 Cayeron las lluvias, se precipitaron los torrentes, soplaron los vientos y sacudieron la casa; pero ésta no se derrumbó porque estaba construida sobre roca. 26 Al contrario, el que escucha mis palabras y no las practica, puede compararse a un hombre insensato, que edificó su casa sobre arena. 27 Cayeron las lluvias, se precipitaron los torrentes, soplaron los vientos y sacudieron la casa: ésta se derrumbó, y su ruina fue grande».

c. Como cierre de sesión se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de *sol.* 1, 1, 3; o

B. EJERCICIO DE ORACIÓN

Se proponen tres ejercicios de oración.

I. Ejercicio de oración de imaginación con Mt 7, 24-27

a. Seguir las pautas de la oración de imaginación presentada en el Apéndice.

b. En este texto es preciso resaltar dónde están los cimientos de la vida de una persona, y que la vida de la persona es como una casa, paralelamente al texto de *conf.* 1, 6

bien escuchar una canción agustiniana (*“Yo soy tu salvación”*. Disco: *Confieso tu amor [pista 6]* de José Manuel González Durán).

Dios, morar en ti es vivir

Dios, separarse de ti es caer; volverse a ti, levantarse; permanecer en ti

es hallarse firme. Dios, darte a ti la espalda es morir, convertirse a ti es revivir, morar en ti es vivir. Dios, a quien nadie pierde sino engañado, a quien nadie busca sino avisado, a quien nadie halla sino purificado. Dios, dejarte a ti es ir a la muerte; seguirte a ti es amar; verte es poseerte. Dios, a cuya búsqueda nos despierta la fe, levanta la esperanza, une la caridad. Te invoco a ti, Dios, por quien vencemos al enemigo. Dios, por cuyo favor no hemos perecido nosotros totalmente. (sol. 1, 1, 3)

d. Finalmente se debe rezar juntos la oración de san Agustín (pág. 25) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

2. Ejercicio de oración de eco con *conf. 1, 16*

a. Seguir las pautas de la oración de eco presentada en el Apéndice.

b. En este texto es preciso resaltar cómo Dios abrió los oídos de san Agustín para que pudiera escuchar su voz.

conf. 1, 5: (...) ¿Quién me dará descansar en ti? ¿Quién me dará que vengas a mi corazón y le embriagues, para que olvide mis maldades y me abrace contigo, único bien mío? ¿Qué es lo que eres para mí? Apiádate de mí para que te lo pueda decir. ¿Y qué soy yo para ti, para que me mandes que te ame, y si no lo hago te enfades conmigo y me amenaces con grandes miserias? ¿Acaso es ya pequeña la misma de no amarte? ¡Ay de mí! Dime por tus misericordias, Señor y Dios mío, qué eres para mí. *Di a mi alma: «Yo soy tu salvación.»* Que yo corra tras esta voz y te dé alcance. No quieras esconderme tu rostro. Muera yo para que no muera y pueda así verle.

Conf. 1, 6. Angosta es la casa de mi alma para que vengas a ella: sea ensanchada por ti. Ruinosa está: repárala. Hay en ella cosas que ofenden tus ojos: lo confieso y lo sé; pero, ¿quién la limpiará o a quién otro clamaré fuera de ti? (...)

c. Como cierre de sesión se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de *sol. 1, 1, 4*; o bien escuchar una canción agusti-

niana ("Yo soy tu salvación". Disco: *Confieso tu amor [pista 6]* de José Manuel González Durán).

Dios mío, escúchame

Dios, de ti proceden hasta nosotros todos los bienes, tú apartas todos los males. Dios, nada existe sobre ti, nada fuera de ti, nada sin ti. Dios, todo se halla bajo tu imperio, todo está en ti, todo está contigo. Tú creaste al hombre a tu imagen y semejanza, como lo reconoce todo el que se conoce a sí. Óyeme, escúchame, atiéndeme, Dios mío, Señor mío, Rey mío, Padre mío, principio y creador mío, esperanza mía, herencia mía, mi honor, mi casa, mi patria, mi salud, mi luz, mi vida. Escúchame, escúchame, escúchame según tu estilo, de tan pocos conocido. (sol. 1, 1, 4)

d. Finalmente se debe rezar juntos la oración de san Agustín (pág. 23) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

3. Ejercicio de oración con una canción

a. Seguir las pautas de la oración con una canción presentada en el Apéndice.

b. Escuchar la canción "Yo soy tu salvación". Disco: *Confieso tu amor [pista 6]* de José Manuel González Durán.

c. Como cierre de sesión se puede leer despacio y meditando cada palabra la oración de Sol. 1, 1, 4.

Dios mío, escúchame

Dios, de ti proceden hasta nosotros todos los bienes, tú apartas todos los males. Dios, nada existe sobre ti, nada fuera de ti, nada sin ti. Dios, todo se halla bajo tu imperio, todo está en ti, todo está contigo. Tú creaste al hombre a tu imagen y semejanza, como lo reconoce todo el que se conoce a sí. Óyeme, escúchame, atiéndeme, Dios mío, Señor mío, Rey mío, Padre mío, principio y creador mío, esperanza mía, herencia mía, mi honor, mi casa, mi patria, mi salud, mi luz, mi vida. Escúchame, escúchame, escúchame según tu estilo, de tan pocos conocido. (sol. 1, 1, 4)

d. Finalmente se debe rezar juntos la oración de san Agustín (pág. 23)

y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.



4. CUARTO TALLER: LA DISPERSIÓN

(TALLER DE SILENCIO III)



A. LAS ADMONICIONES DE DIOS

San Agustín está convencido de que Dios nunca deja a hablar y de comunicarse con los hombres, aunque los hombres no puedan escucharlo porque están llenos de ruidos. Por ello dice san Agustín que Cristo, que es el Verbo de Dios, no deja nunca de hablar:

El Verbo de Dios nunca calla, aunque no siempre se le escuche (s. 51, 17)

Dios ama tanto a los seres humanos que continuamente les está enviado mensajes y emisarios de

su amor, para que los hombres se conviertan a Él, y correspondan a ese mismo amor misericordioso.

No obstante san Agustín estaba convencido de que los seres humanos no podemos escuchar a Dios porque hay demasiado ruido en nuestro interior. Vivimos en la cultura del ruido y el sobresalto, y por ello el silencio se va convirtiendo en una joya que es difícil de encontrar. Y en muchas ocasiones aunque nos rodee excepcionalmente un silencio profundo, en nuestro interior nos acompañan y perturban muchos ruidos. Los ruidos de nuestras fantasías, imaginaciones, deseos, pensamientos. Por ello precisamente, por esta falta de silencio, no podemos escuchar a Dios, pues Dios no está en la tormenta, ni en el terremoto, sino en el susurro de una brisa suave (1 Re 19, 13).

San Agustín dentro del libro *De beata vita*, nos señala que Dios habla de manera muy sutil en el corazón de cada hombre, por medio de unas *admoniciones*, de unas advertencias o voces interiores. Ciertamente para poder escucharlo necesitamos guardar silencio y

entrar en nuestro corazón. Por ello la oración sería en primer lugar, el momento de estar en silencio para ser capaces de escuchar esa voz de Dios que habla en el corazón y que busca un encuentro con el ser humano:

Mas cierta advertencia (admonition) que nos invita a pensar en Dios, a buscarlo, a desearlo sin tibieza, nos viene de la fuente misma de la Verdad. Aquel sol escondido irradia esta claridad en nuestros ojos interiores. De él procede toda verdad que sale de nuestra boca, incluso cuando por estar débiles o por abrir de repente nuestros ojos, al mirarlo con osadía y pretender abarcarlo en su entereza, quedamos deslumbrados, y aun entonces se manifiesta que Él es Dios perfecto sin mengua ni degeneración en su ser³⁰.

Las *admonitiones* internas son ecos que podemos escuchar o sentir en nuestro corazón, que nos recuerdan alguna frase de la Sagrada Escritura, o que en un momento determinado nos pueden hacer sentir la cercanía de Dios. La clave para san Agustín está en el silencio y en el proceso de interioridad. Por eso sería necesario acallar todas las potencias y atrevernos a entrar en nuestro interior,

para abrir los oídos del corazón y escuchar la voz de Dios.

Estas *admonitiones* internas se distinguirían de las *admonitiones* externas, es decir de los mensajes que Dios nos envía cada día por medio de los acontecimientos de nuestra vida, de lo que sucede en el mundo, o mediante las personas que vamos encontrando en nuestro camino. Aquí también lo importante sería estar atentos para ser capaces de leer la presencia de Dios en nuestras vidas y estar dispuestos a cumplir su voluntad. San Agustín nos invitaría a vivir en un proceso de *Tolle lege*, es decir de tomar nuestra vida y la vida del mundo contemporáneo, y ser capaces de leer en los diferentes acontecimientos del mundo, la presencia de Dios y una llamada de Dios a una acción concreta, pues para san Agustín toda la naturaleza y el mundo tiene solo un mensaje que comunicar: invitar al hombre a amar a Dios, a corresponder al amor de Dios. Así lo señala san Agustín en las *Confesiones*:

No con conciencia dudosa, sino cierta, Señor, te amo yo. Heriste mi corazón con tu palabra y te amé. Mas también el cielo y la tierra y todo cuanto en ellos se contiene he aquí que me dicen de todas partes que te ame; ni cesan de decírselo a

³⁰ *beata u. 35.*



todos, a fin de que sean inexcusables³¹.

La oración debe siempre llevarnos a descubrir la voluntad de Dios, y a pedir la gracia para ser capaces de cumplir aquello que Dios quiere de nosotros. Así explica san Agustín cómo es preciso entender las *admoniciones* externas, cuando le pedimos a Dios en el Padre

³¹ conf. 10, 8.

nuestro que se cumpla su voluntad:

*¿Qué quiere decir: '¿Hágase tu voluntad?' Hágase en mí de manera que no resista a tu voluntad*³².

B. EJERCICIO DE ORACIÓN

Se proponen tres ejercicios de oración.

1. Ejercicio de oración de imaginación con 1 Re 19, 11-13

a. Seguir las pautas de la oración de imaginación presentada en el Apéndice.

b. En este texto es preciso resaltar la importancia del silencio para escuchar la voz de Dios. Dios no se manifiesta a la manera del mundo, entre el ruido y la espectacularidad. Hace falta escuchar la voz de Dios en el silencio.

³² s. 56, 7.

1 Re 19, 11-13: El Señor le dijo: 'Sal y quédate de pie en la montaña, delante del Señor'. Y en ese momento el Señor pasaba. Sopló un viento huracanado que partía las montañas y resquebrajaba las rocas delante del Señor. Pero el Señor no estaba en el viento. Después del viento, hubo un terremoto. Pero el Señor no estaba en el terremoto. 12 Después del terremoto, se encendió un fuego. Pero el Señor no estaba en el fuego. Después del fuego, se oyó el rumor de una brisa suave. 13 Al oírla, Elías se cubrió el rostro con su manto, salió y se quedó de pie a la entrada de la gruta.

c. Como cierre de sesión se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de *sol.* 1, 1, 5; o bien escuchar una canción agustiniana (“Tus palabras”. Disco:

Agustín íntimo [pista 6] de José Manuel González Durán; “A ti solo”. Disco: *Agustín íntimo [pista 1]* de José Manuel González Durán).

Enséñame el camino

Ahora comprendo la necesidad de volver a ti; ábreme la puerta, porque estoy llamando; enséñame el camino para llegar hasta ti. Sólo tengo voluntad; sé que lo caduco y transitorio debe despreciarse para ir en pos de lo seguro y eterno. Esto hago, Padre, porque esto sólo sé y todavía no conozco el camino que lleva hasta ti. Enséñamelo tú, muéstramelo tú, dame tú la fuerza para el viaje. Si con la fe llegan a ti los que te buscan, no me niegues la fe; si con la virtud, dame la virtud; si con la ciencia, dame la ciencia. Aumenta en mí la fe, aumenta la esperanza, aumenta la caridad. ¡Oh cuan admirable y singular es tu bondad! (*sol.* 1, 1, 5)

d. Finalmente se debe rezar juntos la oración de san Agustín (*pág.* 23) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

2. Ejercicio de oración de eco con *sol.* 1, 1, 5.

a. Seguir las pautas de la oración de eco presentada en el Apéndice.

b. En este texto es preciso resaltar cómo Dios abrió los oídos de san Agustín para que pudiera escuchar su voz y el deseo de san Agustín de descubrir a Dios en su vida.

Sol. 1, 1, 5: Ahora te amo a ti solo, a ti solo sigo y busco, a ti solo estoy dispuesto a servir, porque tú solo justamente señoreas; quiero pertenecer a tu jurisdicción. Manda y ordena, te ruego, lo que quieras, pero sana mis oídos para oír tu voz; sana y abre mis ojos para ver tus signos; destierra de mí toda ignorancia para que te reconozca a ti. Dime adonde debo dirigir la mirada para verte a ti, y espero hacer todo lo que mandares.

c. Como cierre de sesión se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de *sol.* 1, 1, 5; o bien escuchar una canción agustiniana (“Tus palabras”. Disco:

Agustín íntimo [pista 6] de José Manuel González Durán; “A ti solo”. Disco: *Agustín íntimo [pista 1]* de José Manuel González Durán).

Enséñame el camino

Ahora comprendo la necesidad de volver a ti; ábreme la puerta, porque estoy llamando; enséñame el camino para llegar hasta ti. Sólo tengo voluntad; sé que lo caduco y transitorio debe despreciarse para ir en pos de lo seguro y eterno. Esto hago, Padre, porque esto sólo sé y todavía no conozco el camino que lleva hasta ti. Enséñamelo tú, muéstramelo tú, dame tú la fuerza para el viaje. Si con la fe llegan a ti los que te buscan, no me niegues la fe; si con la virtud, dame la virtud; si con la ciencia, dame la ciencia. Aumenta en mí la fe, aumenta la esperanza, aumenta la caridad. ¡Oh cuan admirable y singular es tu bondad! (*sol.* 1, 1, 5)

d. Finalmente se debe rezar juntos la oración de san Agustín (*pág.* 23) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

b. El texto a meditar es el de *sol.* 1, 1, 5

3. Ejercicio de oración escribiendo un texto

a. Seguir las pautas de la oración escribiendo un texto presentada en el Apéndice.

Sol. 1, 1, 5: Ahora te amo a ti solo, a ti solo sigo y busco, a ti solo estoy dispuesto a servir, porque tú solo justamente señoreas; quiero pertenecer a tu jurisdicción. Manda y ordena, te ruego, lo que quieras, pero sana mis oídos para oír tu voz; sana y abre mis ojos para ver tus signos; destierra de mí toda ignorancia para que te reconozca a ti. Dime adonde debo dirigir la mirada para verte a ti, y espero hacer todo lo que mandares.

c. Como cierre de sesión se puede leer despacio y meditando cada palabra la oración de Sol. 1, 1, 5; o bien escuchar una canción agustiniana ("Tus palabras". Disco:

Agustín íntimo [pista 6] de José Manuel González Durán; "A ti solo". Disco: *Agustín íntimo [pista 1]* de José Manuel González Durán).

Enséñame el camino

Ahora comprendo la necesidad de volver a ti; ábreme la puerta, porque estoy llamando; enséñame el camino para llegar hasta ti. Sólo tengo voluntad; sé que lo caduco y transitorio debe despreciarse para ir en pos de lo seguro y eterno. Esto hago, Padre, porque esto sólo sé y todavía no conozco el camino que lleva hasta ti. Enséñamelo tú, muéstramelo tú, dame tú la fuerza para el viaje. Si con la fe llegan a ti los que te buscan, no me niegues la fe; si con la virtud, dame la virtud; si con la ciencia, dame la ciencia. Aumenta en mí la fe, aumenta la esperanza, aumenta la caridad. ¡Oh cuan admirable y singular es tu bondad! (sol. 1, 1, 5)

d. Finalmente se debe rezar juntos la oración de san Agustín (*pág. 23*) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

5. QUINTO TALLER: LA DISPERSIÓN

(TALLER DE SILENCIO IV)



A. EL ÉXTASIS DE OSTIA

San Agustín poco tiempo después de su bautismo en la Pascua del año 387, tenía pensado regresar al norte de África. Mientras esperaban el barco que los iba a llevar de regreso a su patria, san Agustín y santa Mónica se hospedaron en la ciudad que era el puerto marítimo de Roma, la ciudad de Ostia Tiberina. Ahí, estando sentados junto a una ventana que daba a una huerta o jardín de la casa en la que se hallaban alojados, comenzaron a hablar de lo que sería la vida eterna:

Allí solos conversábamos dulcísimamente; y olvidando las cosas pasadas, ocupados en lo por venir, inquiríamos los dos delante de la verdad presente, que eres tú, cuál sería

la vida eterna de los santos, que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el corazón del hombre concibió. Abríamos anhelosos la boca de nuestro corazón hacia aquellos raudales soberanos de tu fuente -de la fuente de vida que está en ti- para que, rociados según nuestra capacidad, nos formásemos de algún modo idea de cosa tan grande³³.

Y sus palabras los fueron llevando a ambos a una ascensión, ya que fueron subiendo por medio de su conversación, desde los seres materiales visible más bajos, hasta los seres materiales más excelsos como pueden ser los astros.

(...) recorrimos gradualmente todos los seres corpóreos, hasta el mismo cielo, desde donde el sol y la luna envían sus rayos a la tierra³⁴.

De aquí el camino de ascensión hacia Dios continuó por medio de las realidades espirituales. De este modo, dejaron atrás el alma humana y sus cualidades espirituales, para remontarse hasta quien es la Verdad y la Sabiduría infinita que es el mismo Cristo, Dios mismo:

³³ conf. 9, 23.

³⁴ conf. 9, 24.

*Y subimos todavía más arriba, pensando, hablando y admirando tus obras; y llegamos hasta nuestras almas y las pasamos también, a fin de llegar a la región de la abundancia indeficiente, en donde tú apacientas a Israel eternamente con el pasto de la verdad, y es la vida la Sabiduría, por quien todas las cosas existen (...)*³⁵

En este momento de su ascenso, su voz dejó de sonar y sus palabras se silenciaron, pues ante el misterio de Dios no hay palabras posibles, y solo cabe el silencio de adoración de la admiración y de amor. El silencio marca para san Agustín y santa Mónica el momento más alto de este "éxtasis de Ostia", en el que ambos pudieron llegar a contemplar, por unos instantes, el misterio mismo de Dios, quedándose absortos ante él, y dejando en él puesta su esperanza y el deseo de poder llegar algún día a contemplar sin fin este misterio insondable. Así lo explica san Agustín:

*Y mientras hablábamos y suspirábamos por ella, llegamos a tocarla un poco con todo el ímpetu de nuestro corazón; y suspirando y dejando allí prisioneras las primicias de nuestro espíritu (...)*³⁶

Una vez pasado este momento de

³⁵ *Idem.*

³⁶ *Idem.*

alta contemplación, ambos volvieron a hablar y a compartir lo que habían descubierto de Dios, dándose cuenta de que para poder llegar a elevarse hasta Dios, para poder llegar al encuentro con Dios, una condición indispensable es el silencio. De este modo san Agustín nos señala que hace falta en primer lugar, un silencio de las criaturas, de todos aquellos elementos materiales que rodean al hombre:

*Y decíamos nosotros: Si hubiera alguien en quien callase el tumulto de la carne; callasen las imágenes de la tierra, del agua y del aire; callasen los mismos cielos (...)*³⁷

No obstante este primer paso no es suficiente. Hace falta que las potencias interiores del hombre, su memoria, su inteligencia y su voluntad, también se queden en silencio. Si bien es cierto, como señala san Agustín, que el ser humano se encuentra lleno de ruidos, de palabras y de reclamos, en síntesis, se encuentra disperso. Por eso, para poder escuchar a Dios en lo más hondo de su corazón necesita acallar todas esas voces interiores que no hacen otra cosa que confundirlo:

Si el alma misma callase y se remontara sobre sí, no pensando en sí; si

³⁷ *conf. 9, 25.*



*callasen los sueños y revelaciones imaginarias, y, finalmente, si callase por completo toda lengua, todo signo y todo cuanto se hace pasando, puesto que todas estas cosas dicen a quién las quiere escuchar: 'No nos hemos hecho a nosotras mismas, sino que nos ha hecho el que permanece eternamente' (...)*³⁸

Una vez que existe el silencio absoluto, se puede llegar a escuchar a Dios. No obstante san Agustín señala que esta escucha es muy diferente de cuando se escucha a Dios por medio de intermediarios, de la voz de la naturaleza o de los mensajeros que nos hablan de Dios. Se trata de escuchar al mismo Dios:

(...) y sólo él hablase, no por ellas, sino por sí mismo, de modo que oyesen su palabra, no por lengua de carne, ni por voz de ángel, ni por sonido de nubes, ni por enigmas de semejanza, sino que le oyéramos a

³⁸ *Idem.*

*él mismo, a quien amamos en estas cosas, a él mismo sin ellas, como al presente nos elevamos y tocamos rápidamente con el pensamiento la eterna Sabiduría, que permanece sobre todas las cosas (...)*³⁹

Y como señala san Agustín, si esta experiencia de Dios se pudiera prolongar sin un límite, y además de escuchar la voz de Dios se pudiera tener una contemplación del misterio de la Trinidad, esto constituiría ya el gozo de la vida eterna y la misma vida eterna, en la que se contempla a Dios sin límites, y esto es causa de gozo y felicidad por toda la eternidad:

*(...) si, por último, este estado se continuase y fuesen alejadas de él las demás visiones de índole muy inferior, y ésta sola arrebatase, absorbiese y abismase en los gozos más íntimos a su contemplador, de modo que fuese la vida sempiterna cual fue este momento de intuición por el cual suspiramos, ¿no sería esto el 'Entra en el gozo de tu Señor'?*⁴⁰

La oración pues, como encuentro con Dios que es, requiere silencio, y pide a quien va a hacer oración que sea capaz de acallar las diversas potencias de su alma y que se quede en el silencio, pues el silen-

³⁹ *Idem.*

⁴⁰ *Idem.*

cio es el único espacio en el que Dios habla, y donde se le puede escuchar:

*Si os mantenéis en silencio, podréis oír. No encuentra lugar para sí la sabiduría donde no existe paciencia*⁴¹.

B. EJERCICIO DE ORACIÓN

Se proponen tres ejercicios de oración.

⁴¹ s. 153, 1.

1. Ejercicio de oración de imaginación con Salmo 64

a. Seguir las pautas de la oración de imaginación presentada en el Apéndice.

b. En este texto es preciso resaltar la importancia del silencio para escuchar la voz de Dios. Hace falta escuchar la voz de Dios en el silencio. Se propone la versión del salmo 64 de la traducción *luxta Hebreos* de san Jerónimo.

Para ti, Señor, el silencio
es alabanza en Sión,
y a ti se te cumplen los votos,
³ porque tú escuchas las súplicas.
A ti acuden todos los hombres
⁴ bajo el peso de sus culpas:
nuestras faltas nos abruman,
pero tú las perdonas.
⁵ Feliz el que tú eliges y acercas
para que viva en tus atrios:
¡que nos saciemos con los bienes de tu Casa,
con los dones sagrados de tu Templo!
⁶ Por tu justicia, Dios, salvador nuestro,
nos respondes con obras admirables:
tú eres la esperanza de los confines de la tierra
y de las islas más remotas.
⁷ Tú afianzas los montes con tu fuerza,
ceñido de poder;
⁸ tú que reprimes el estruendo del mar,
el estruendo de las olas
y el tumulto de los pueblos.
⁹ Los que habitan en las tierras más lejanas
temen tus obras prodigiosas;

tú haces que canten de alegría
el oriente y el occidente.

¹⁰ Visitas la tierra, la haces fértil
y la colmas de riquezas;

los canales de Dios desbordan de agua,
y así preparas sus trigales:

¹¹ riegas los surcos de la tierra,
emparejas sus terrones;
la ablandas con aguaceros
y bendices sus brotes.

¹² Tú coronas el año con tus bienes,
y a tu paso rebosa la abundancia;

¹³ rebosan los pastos del desierto
y las colinas se ciñen de alegría.

¹⁴ Las praderas se cubren de rebaños
y los valles se revisten de trigo:
todos ellos aclaman y cantan.

c. Como cierre de sesión se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de *conf. 4, 31*.

Al abrigo de tus alas

¡Oh Dios y Señor nuestro! Esperemos al abrigo de tus alas y protégenos y llévanos. Tú llevarás, sí. Tú llevarás a los pequeñuelos, y hasta que sean ancianos tú los llevarás, porque nuestra firmeza, cuando eres tú, entonces es firmeza; mas cuando es nuestra, entonces es debilidad. Nuestro bien vive siempre contigo, y así, cuando nos apartamos de él, nos pervertimos. Volvamos ya, Señor, para que no nos apartemos, porque en ti vive sin ningún defecto nuestro bien, que eres tú, sin que temamos que no haya lugar adonde volar, porque de allí hemos venido y, aunque ausentes nosotros de allí, no por eso se derrumba nuestra casa, tu eternidad. (*conf. 4, 31*)

d. Finalmente se debe rezar juntos la oración de san Agustín (*pág. 23*) y el animador dar las instrucciones

para la próxima sesión. Es preciso para la próxima sesión traer la Biblia.

2. Ejercicio de oración de eco con *conf. 5, 1*.

- Seguir las pautas de la oración de eco presentada en el Apéndice.
- En este texto es preciso resal-

tar cómo Dios abrió los oídos de san Agustín para que pudiera escuchar su voz y el deseo de san Agustín de descubrir a Dios en su vida.

Conf. 5, 1: Recibe, Señor, el sacrificio de mis confesiones de mano de mi lengua, que tú formaste y moviste para que confesase tu nombre, y sana todos mis huesos y digan: Señor, ¿quién semejante a ti? Nada, en verdad, te enseña de lo que pasa en él quien se confiesa a ti, porque no hay corazón cerrado que pueda sustraerse a tu mirada ni hay dureza de hombre que pueda repeler tu mano, antes la abres cuando quieres, o para compadecerte o para castigar y no hay nadie que se esconda de tu calor.

Que te alabe mi alma para que te ame, y confiese tus misericordias para que te alabe. No cesan ni callan tus alabanzas las criaturas todas del universo, ni los espíritus todos con su boca vuelta hacia ti, ni los animales y cosas corporales por boca de los que las contemplan, a fin de que, apoyándose en estas cosas que tú has hecho, se levante hacia ti nuestra alma de su laxitud y pase a ti, su hacedor admirable, donde está la hartura y verdadera fortaleza.

- Como cierre de sesión se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de *conf. 4, 31*, o escuchar la canción.

Al abrigo de tus alas

¡Oh Dios y Señor nuestro! Esperemos al abrigo de tus alas y protégenos y llévanos. Tú llevarás, sí. Tú llevarás a los pequeñuelos, y hasta que sean ancianos tú los llevarás, porque nuestra firmeza, cuando eres tú, entonces es firmeza; mas cuando es nuestra, entonces es debilidad. Nuestro bien vive siempre contigo, y así, cuando nos apartamos de él, nos pervertimos. Volvamos ya, Señor, para que no nos apartemos, porque en ti vive sin ningún defecto nuestro bien, que eres tú, sin que temamos que no haya lugar adonde volar, porque de allí hemos venido y, aunque ausentes nosotros de allí, no por eso se derrumba nuestra casa, tu eternidad. (*conf. 4, 31*)

d. Finalmente se debe rezar juntos la oración de san Agustín (pág. 23) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión. Es preciso para la próxima sesión traer la Biblia.

3. Ejercicio de oración de “mantra”

a. Seguir las pautas de la oración de “mantra” presentada en el Apéndice.

conf. 5, 1: Pero que te alabe mi alma para que te ame, y confiese tus misericordias para que te alabe. No cesan ni callan tus alabanzas las criaturas todas del universo, ni los espíritus todos con su boca vuelta hacia ti, ni los animales y cosas corporales por boca de los que las contemplan, a fin de que, apoyándose en estas cosas que tú has hecho, se levante hacia ti nuestra alma de su laxitud y pase a ti, su hacedor admirable, donde está la hartura y verdadera fortaleza.

d. Finalmente se debe rezar juntos la oración de san Agustín (pág. 23) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión. Es preciso Para la próxima sesión traer la Biblia.

b. La frase que se sugiere como mantra, completa o en partes es la de *conf. 5, 1: Que te alabe mi alma para que te ame, y confiese tus misericordias para que te alabe.*

c. Como cierre de sesión se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de *conf. 5, 1.*



6. SEXTO TALLER: TALLER DE *TOLLE LEGE* I



A. *TOLLE LEGE*

Para todos es familiar la escena del jardín o del huerto, cuando san Agustín estaba ya tocado por la gracia de Dios para convertirse, después de la búsqueda que había hecho de la verdad y la sabiduría por muchos años. En ese momento san Agustín se estaba ya liberando de la cadena de la dispersión y era capaz de escuchar la voz de Dios en su interior. Así pues estando sentado debajo de una higuera en el huerto o jardín de la casa en la que se alojaba en Milán en el año 386, san Agustín escuchó una voz, que le invitaba con

insistencia a que “tomara y leyera” (*Tolle, lege; tolle, lege*). Cuando san Agustín puso más atención se pudo dar cuenta de que no conocía ninguna canción infantil que tuviera dicha letra:

Mas he aquí que oigo de la casa vecina una voz, como de niño o niña, que decía cantando y repetía muchas veces: «Toma y lee, toma y lee». De repente, cambiando de semblante, me puse con toda la atención a considerar si por ventura había alguna especie de juego en que los niños soliesen cantar algo parecido, pero no recordaba haber oído jamás cosa semejante; y así, reprimiendo el ímpetu de las lágrimas, me levanté, interpretando esto como una orden divina de que abriese el códice y leyese el primer capítulo que hallase⁴².

La misma repetición le llevaba a darse cuenta de que era un mensaje de parte de Dios para que él tomara entre sus manos el códice del Apóstol san Pablo y que en el silencio de su corazón leyera un texto que lo invitara a la conversión. Es conocido que el texto leído por san Agustín dentro

⁴² *conf.* 8, 29.



del códice del Apóstol san Pablo, el capítulo trece de la carta a los Romanos:

No en comilonas y embriagueces, no en lechos y en liviandades, no en contiendas y emulaciones, sino revestíos de nuestro Señor Jesucristo y no cuidéis de la carne con demasiados deseos⁴³.

Sin embargo en lo que no hay un acuerdo pleno es sobre la procedencia de esa voz. El códice más antiguo que se conserva de las *Confesiones*, el códice llamado *Sessoriano*, del siglo VI, nos dice que la voz venía de la *domus diuina*, es decir de la casa divina, de la casa de Dios, señalando el texto de este códice la fuente trascendente de esta invitación a leer la Sagrada Escritura. No obstante el

⁴³ *Idem.*

resto de los códices antiguos de las *Confesiones* hablan de *domus vicina*, la casa vecina. A pesar de estas discusiones, san Agustín nos invitaría a ser capaces de tomar entre nuestras manos la Sagrada Escritura y reconocer en ella la palabra del Dios, en donde se encuentran contenidos los mensajes que el mismo Dios quiere comunicarnos en diversos momentos de nuestra vida. De hecho el mismo san Agustín señala que de la lectura de este texto provino para él una gran luz y claridad, que hizo que se disiparan en ese mismo instante todas sus dudas y vacilaciones, y que tomara la firme decisión de convertirse, de cambiar de vida y de dedicarse totalmente a Dios. Esta decisión y esta firmeza que nos señala san Agustín, proceden de su encuentro con la Palabra de Dios:

No quise leer más, ni era necesario tampoco, pues al punto que di fin a la sentencia, como si se hubiera infiltrado en mi corazón una luz de seguridad, se disiparon todas las tinieblas de mis dudas⁴⁴.

San Agustín llegará a conocer y a amar profundamente la Sagrada Escritura, y a pesar de que los maniqueos le habían enseñado que el Antiguo Testamento no era pa-

⁴⁴ *Idem.*

labra de Dios, sino que era obra del dios del mal, san Agustín de la mano de san Ambrosio y de san Simpliciano, entre otros, aprenderá el gran valor que tiene el Antiguo Testamento como palabra de Dios, e insistirá siempre en sus obras que toda la Sagrada Escritura con sus dos partes, Antiguo y Nuevo Testamento son palabra de Dios, y que ambos tienen un gran valor.

San Agustín nos invitaría a ser capaces de guardar silencio en nuestro interior para poder acoger en nuestro corazón la palabra de Dios, el mensaje que Dios quiere comunicarnos en un momento determinado de nuestra vida. Solo quien ha podido vencer la dispersión y ha logrado tener silencio en su corazón es capaz de escuchar y acoger la palabra de Dios:

*Tengamos la Escritura como Escritura, como a Dios que habla; no busquemos allí al hombre que yerra (...)*⁴⁵

⁴⁵ s. Dolbeau 10, 15.

B. EJERCICIO DE ORACIÓN

Se proponen un ejercicio de oración.

1. Ejercicio de oración de *Tolle Lege*, con el AT

a. Seguir las pautas de la oración de *Tolle Lege* presentada en el Apéndice.

b. Es preciso resaltar que se trata de una lectura del AT y que debe ser un texto corto y breve, que es preciso leer, meditar y orar. Si el primer texto elegido no le dice nada a la persona, puede repetir el ejercicio un par de veces más, pero es preciso no pasarse todo el tiempo de la oración buscando textos.

c. Como cierre de sesión se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de *conf. 1, 24*; o bien escuchar una canción agustiniana (“Toma y lee”. Disco: *Confieso tu amor [pista 5]* de José Manuel González Durán).

Oye mi oración

Oye, Señor, mi oración, a fin de que no desfallezca mi alma bajo tu disciplina ni me canse en confesar tus misericordias, con las cuales me sacaste de mis pésimos caminos, para serme dulce sobre todas las dulzuras que seguí, y así te ame fortísimamente, y estreche tu mano con todo mi corazón, y me libres de toda tentación hasta el fin. (conf. 1, 24)

d. Finalmente se debe rezar juntos la oración de san Agustín (*pág. 23*) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión. Es preciso para la próxima sesión traer la Biblia.

7. SÉPTIMO TALLER: TALLER DE *TOLLE LEGE II*



A. LOS SALMOS SON MI GOZO

No nos equivocáramos si dijéramos que la relación de san Agustín con el libro de los salmos fue una relación de toda una vida.

Ya desde sus días de preparación para el bautismo en Casiciaco, en el 386, san Agustín se había quedado deslumbrado frente al texto de los salmos:

“¡Qué voces te di, Dios mío, cuando todavía principiante en tu verdadero amor y siendo catecúmeno, leía descansado en la finca los salmos de David –cánticos de fe, sonidos de piedad que excluyen todo espíritu hinchado- (...)! ¡Qué voces, sí, te daba en aquellos salmos y cómo me inflamaba en ti con aquellos y me encendía en deseos de recitar-

los, si me fuera posible al mundo entero, contra la soberbia del género humano! Aunque cierto es ya que en todo el mundo se cantan y que no hay nadie que se esconda de tu calor”⁴⁶.

Posteriormente en las mismas *Confesiones* san Agustín vuelve a evocar el profundo efecto que los salmos tuvieron en su interior, cuando al comentar la repercusión que pueden tener los cantos en el ánimo de una persona, san Agustín recuerda los cánticos de la Iglesia, y señala cómo en el Oriente san Atanasio hacía cantar los salmos con una voz semitonada, que más parecía recitarlos que cantarlos, para evitar que la música llegara a anular o a dejar en un segundo plano a la palabra de Dios, es decir a las palabras de los salmos. No obstante el mismo san Agustín reconoce que es de una gran utilidad la costumbre de cantar los salmos en la Iglesia, por los profundos efectos que el canto bien modulado de los mismos puede hacer en el alma:

(...) algunas veces quisiera apartar de mis oídos y de la misma Iglesia,

⁴⁶ conf. 9, 8.



toda melodía de los cánticos suaves con que se suele cantar el Salterio de David, pareciéndome más seguro lo que recuerdo haber oído decir muchas veces del obispo de Alejandría, Atanasio, quien hacía que el lector cantase los salmos con tan débil inflexión de voz que pareciese más recitarlos que cantarlos. Con todo, cuando recuerdo las lágrimas que derramé con los cánticos de la Iglesia en los comienzos de mi conversión, y lo que ahora me conmueve, no con el canto sino con las cosas que se cantan, cuando se cantan con voz clara y una modulación convenientísima, reconozco de nuevo la gran utilidad de esta costumbre⁴⁷.

En sus últimos días, en el verano del año 430, cuando san Agustín se reitre a lo íntimo de su celda monástica para prepararse al en-

cuentro definitivo con el Señor y emigrar hacia la ciudad de Dios, san Agustín, desde su lecho de muerte sigue leyendo, meditando y orando con los salmos. Sabemos por san Posidio, el primer biógrafo de san Agustín, que en esos últimos días el Obispo de Hipona había mandado colocar en las paredes de su habitación los salmos penitenciales, escritos en unos grandes pergaminos para poderlos leer desde su lecho. Así nos lo refiere san Posidio en su *Vita Augustini*:

(...) mandó copiar para sí los salmos de David que llaman de a penitencia, que son poquísimos, y poniendo los cuadernos en la pared ante los ojos, día y noche, el santo enfermo los miraba y leía, llorando copiosamente⁴⁸.

Se trata de unos salmos que él ya había orado y meditado en su preparación bautismal en la iglesia de Milán en la cuaresma del año 387. Cercano ya a la muerte, san Agustín siente el deseo de prepararse al encuentro definitivo con Dios, meditando de nuevo los salmos que le habían servido en su primer encuentro pleno con el Señor en el sacramento del bautismo la noche de la Pascua del año 387.

⁴⁷ conf. 10, 50.

⁴⁸ POSIDIO, *Vita S. Augustini*, 31, 2.

Estas escenas nos presentan a un hombre que encuentra en los salmos una lámpara que guía sus pasos⁴⁹ (2 Pe 1, 19), como Palabra de Dios que son. Una lámpara que debe alumbrarlo no sólo a él, sino a todos aquellos que lean sus obras. Es por ello que san Agustín nos ha dejado cerca de diez mil citas de los salmos distribuidas en sus diversos escritos.

Es más, las mismas *Confesiones*, una de sus obras más leídas y conocidas⁵⁰ pueden ser calificadas como un “salterio amplificado”, pues son innumerables las referencias a los salmos y las mismas expresiones que él retoma para expresar su alabanza, o su propia relación con Dios. El mismo san Agustín recuerda cómo lloraba al escuchar los cánticos de la Iglesia, y cómo esas lágrimas le hacían mucho bien:

*¡Cuánto lloré con tus himnos y tus cánticos, fuertemente conmovido con las voces de tu iglesia, que dulcemente cantaba! Penetraban aquellas voces en mis oídos y tu verdad se derretía en mi corazón, con lo cual encendía el afecto de mi piedad y corrían mis lágrimas, y me iba bien con ellas*⁵¹.

⁴⁹ en. Ps. 76, 4.

⁵⁰ Cf. retr. 2, 6, 1.

⁵¹ conf. 9, 14.

San Agustín hizo un comentario completo a los 150 salmos, llamado las *enarraciones in Psalmos*, que puede ser verdaderamente catalogado como una “enciclopedia del pensamiento de san Agustín”, ya que son el fruto de más de treinta años de trabajo y predicación del Obispo de Hipona, y en ellas ha quedado recogido el pensamiento espiritual y teológico de san Agustín. Por esta razón, las *Enarraciones in Psalmos* pueden ser consideradas, junto con las *Confesiones* y la *Ciudad de Dios*, como las obras más significativas del Hiponense.

Por otro san Agustín nos invita, al leer los salmos, a distinguir quién es el que está hablando. Así hay que distinguir si es la voz de Cristo⁵², la voz que nos habla sobre Cristo⁵³, la voz con la que nosotros nos dirigimos a Cristo⁵⁴, la voz de la Iglesia⁵⁵, la voz que nos habla acerca de la Iglesia⁵⁶.

B. EJERCICIO DE ORACIÓN

Se propone un ejercicio de oración.

1. Ejercicio de oración de *Tolle Lege*, con los Salmos

⁵² en. Ps. 39,5.

⁵³ en. Ps. 18, 2, 2.

⁵⁴ en. Ps. 70, 1, 3.

⁵⁵ en. Ps. 6, 3.

⁵⁶ en. Ps. 106, 1.

a. Seguir las pautas de la oración de *Tolle Lege* presentada en el Apéndice.

b. Es preciso resaltar que se trata de una lectura de los salmos y que debe ser un texto corto y breve, que es preciso leer, meditar y orar. Si el primer texto elegido no le dice nada a la persona, puede repetir el ejercicio un par de veces

más, pero es preciso no pasarse todo el tiempo de la oración buscando textos.

c. Como cierre de sesión se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de *en. Ps. 32, 2, 1*; o bien escuchar una canción agustiniana ("Iglesia". Disco: *Agustín íntimo [pista 11]* de José Manuel González Durán).

Cantad el cántico nuevo

Despojaos de la vejez, pues conocisteis el cántico nuevo. Nuevo hombre, nuevo Testamento, nuevo cántico. No pertenece a los hombres viejos el cántico nuevo; éste sólo lo aprenden los hombres nuevos que han sido renovados de la vejez por la gracia, y que pertenecen ya al Nuevo Testamento, el cual es el reino de los cielos (en. Ps. 32, 2, 1)

d. Finalmente se debe rezar juntos la oración de san Agustín (pág. 23) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión. Es preciso traer la Biblia para la próxima sesión.

VIII. OCTAVO TALLER: TALLER DE *TOLLE LEGE III*



A. SAN AGUSTÍN Y EL NUEVO TESTAMENTO

San Agustín fue un hombre que amó, estudió y meditó la Sagrada Escritura a lo largo de toda su vida. De la mano de los maniqueos llegó a conocer una versión del Nuevo Testamento en donde se habían suprimido algunos pasajes e incluso algunos libros, ya que consideraban esas partes como espúreas, o bien simplemente que no estaban de acuerdo con su propio pensamiento. Después de su bautismo, san Agustín llegará a conocer el Nuevo Testamento de la Iglesia católica y se dará cuenta de los graves errores maniqueos. Como pastor de almas estudió y comentó muchos pasajes y libros del Nuevo Testamento, particularmente los evangelios, así como las

cartas de san Pablo y la primera carta de san Juan.

Con respecto a los evangelios, san Agustín comentará en diversas partes de su obra diferentes textos evangélicos, en muchas ocasiones coincidiendo con la lectura que se había proclamado dentro de la celebración litúrgica. Por ello, en sus sermones ocupa un lugar de honor el evangelio según san Mateo, que era uno de los más usados dentro de la liturgia, sin que esto signifique que san Agustín no se hubiera ocupado de los otros tres evangelistas, Marcos, Lucas y Juan. Es más, el único evangelio al que san Agustín le va a dedicar un comentario completo es al evangelio según san Juan. De este modo comenta cada una de sus partes y capítulos dentro de una obra llamada los *Tratados sobre el evangelio de san Juan* (*In Iohannis euangelium Tractatus*).

Se trata de un largo comentario escrito a lo largo de unos tres lustros (406/407-419) en donde san Agustín destaca los elementos espirituales que nos ofrece el evangelio de san Juan y profundiza particularmente en la encarnación de



Cristo, el Verbo hecho carne como un gran misterio de humildad. El texto de Jn 1, 14, fue un texto definitivo en la vida, conversión y espiritualidad agustiniana, por ello es uno de los puntos centrales dentro de su comentario:

La carne fue la causa de tu ceguera y la carne será la que la haga desaparecer. El consentimiento en los afectos carnales hizo que el alma fuese carne, y de ahí vino la ceguera del corazón. El Verbo se hizo carne: he aquí el médico que te preparó el colirio. Vino el Verbo de esta manera para extinguir por su carne los vicios de la carne y destruir con su muerte el imperio de la muerte⁵⁷.

Por otro lado a san Agustín le interesa resaltar en este comentario no solo la igualdad de Cristo con el Padre –contra los arrianos-, sino

⁵⁷ lo. eu. tr. 2, 16.

también el hecho de que Cristo sea a la vez verdadero y completo Dios, y verdadero y completo hombre. Solo quien confiesa ambos elementos puede entrar por la puerta que es Cristo, una puerta baja que requiere humildad:

Arrio dice que una cosa es el Padre, y otra cosa el Hijo. Estaría en lo cierto si dijese que es otro, pero no otra cosa. Diciendo que es otra cosa, va en contra de aquel que dice: Yo y el Padre somos una sola cosa. Tampoco entra por la puerta; predica a Cristo cual él se lo figura, no cual lo declara la verdad (...) Quien quiera entrar en el redil, entre por la puerta, confiese al verdadero Cristo. Y no sólo confiese al verdadero Cristo, sino que busque la gloria de Cristo y no la suya propia; porque muchos, buscando su gloria, dispersaron las ovejas de Cristo en lugar de reunir las. Cristo nuestro Señor es puerta baja; quien quiera entrar por esta puerta, ha de agacharse para entrar con la cabeza sana⁵⁸.

Destaca la idea de la imitación de la humildad de Cristo para poder de este modo ser partícipe de la resurrección:

Nosotros esperamos al fin del mundo la resurrección de los muertos;

⁵⁸ lo. eu. tr. 45, 5.

*así lo creemos; más bien, no sólo la esperamos, sino que debemos esperarla, porque no es falsa nuestra fe en la resurrección de los muertos al fin de los tiempos. Queriendo el Señor Jesús darnos a entender una resurrección de los muertos antes de la resurrección final, no como la de Lázaro, o como la del hijo de la viuda, o como la de la hija del jefe de la sinagoga, que resucitaron para volver a morir (...), dice aquí: 'Tiene la vida eterna y no viene a juicio, sino que ha pasado de la muerte a la vida'. ¿A qué vida? A la eterna. No, pues, como el cuerpo de Lázaro, porque aquél pasó de la muerte del sepulcro a la vida humana, no a la vida eterna; morirá otra vez; mientras que los muertos que resucitarán al final del mundo pasarán a la vida eterna*⁵⁹.

Solo quien imita a Cristo en su humildad y tiene esperanza en la resurrección actúa por amor a la justicia y el amor es aquello que lo mueve a actuar:

No nos queda más que decir que el que ama tiene consigo al Espíritu Santo, y que teniéndole merece tenerle más abundantemente, y que teniéndole con mayor abundancia, es más intenso su amor. Ya los discípulos tenían consigo al Espíritu Santo, que el Señor prometía, sin el

*cual no podían llamarle Señor; pero no lo tenían aún con la plenitud que el Señor prometía*⁶⁰.

B. EJERCICIO DE ORACIÓN

Se propone un ejercicio de oración.

1. Ejercicio de oración de *Tolle Lege*, con el evangelio de san Juan

a. Seguir las pautas de la oración de *Tolle Lege* presentada en el Apéndice.

b. Es preciso resaltar que se trata de una lectura del evangelio según san Juan y que debe ser un texto corto y breve, que es preciso leer, meditar y orar. Si el primer texto elegido no le dice nada a la persona, puede repetir el ejercicio un par de veces más, pero es preciso no pasarse todo el tiempo de la oración buscando textos.

c. Como cierre de sesión se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de *lo. eu. tr. 2, 15*; o bien escuchar una canción agustiniana ("Un corazón sencillito". Disco: *Agustín íntimo [pista 10]* de José Manuel González Durán).

⁵⁹ lo. eu. tr. 19, 9.

⁶⁰ lo. eu. tr. 74, 2.

Mas para que nazcan los hombres de Dios fue preciso naciese Dios primero de los hombres. Cristo es Dios, y Cristo ha nacido de los hombres. Sólo se procuró madre en la tierra quien tenía ya Padre en los cielos. El mismo que, nacido de Dios, es nuestro Creador, es también nuestro Reparador, nacido de una mujer. No te extrañe, ¡oh hombre!, ser hijo de Dios por la gracia, no te extrañe tu nacimiento de Dios a semejanza de su Verbo. (...)Es que fué tanto lo que me amó que, para hacerme inmortal, quiso nacer El mismo por mí a una vida mortal. (Io. eu. tr. 2,15)

d. Finalmente se debe rezar juntos la oración de san Agustín (pág. 23) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión. Es preciso traer la Biblia para la próxima sesión.

9. NOVENO TALLER: TALLER DE *TOLLE LEGE IV*



A. SAN AGUSTÍN Y LA CARTA DEL AMOR

Uno de los escritos agustinianos en donde se aborda el tema del amor de manera más extensa, es en su comentario a la carta de san Juan (*In epistulam Iohannis ad Parthos tractatus*). No obstante al ser un tema tan amplio, san Agustín en la semana de Pascua del año 407 no pudo terminar de explicar toda la primera carta del apóstol san Juan, la carta sobre el amor de Dios. El comentario de san Agustín se quedó en el versículo tercero del capítulo quinto (1Jn 5, 3), privándonos de muchas e

interesantes reflexiones, aunque con lo que san Agustín comentó y explicó, nos es suficiente para darnos cuenta de la profundidad de su doctrina y de su pensamiento, y de las consecuencias que el amor tiene para la fe.

Es tan amplia la reflexión que san Agustín hace sobre el amor, que no le basta el tiempo que él mismo se había señalado para predicar sobre la primera epístola de san Juan, y tiene que dejar su obra inconclusa, pero con una invitación abierta a crecer en el amor a Dios:

*¿Qué es crecer? Progresar. ¿Qué es decrecer? Decaer. Todo el que conoce que ha nacido, sepa que es niño e infante. (...) Nuestra leche es Cristo humilde; nuestro manjar, el mismo Cristo igual al Padre. Te cría con leche para alimentarte luego con pan. Porque conocer espiritualmente a Cristo con el corazón es conocer que es igual al Padre*⁶¹.

De hecho muchas de las páginas más célebres y famosas de san Agustín se encuentran recogidas dentro de este comentario a la pri-

⁶¹ *ep. lo. tr. 3, 1.*

mera carta del apóstol Juan. Frases famosas y conocidas, y en muchas ocasiones, por desgracia, sacadas de su contexto y tergiversadas:

*Oye, pues, de una vez un breve precepto: Ama y haz lo que quieras; si callas, calla por amor; si gritas, grita por amor; si corriges, corrige por amor; si perdonas, perdona por amor. El amor es una raíz interior de la solo pueden brotar cosas buenas*⁶².

Y en verdad, si la frase “ama y haz lo que quieras” se saca de su contexto, pierde su sentido, y puede ser mal entendida. No obstante el amor del que habla san Agustín es del amor de Dios, un amor que no se busca a sí mismo, sino que al identificarse con el mismo Dios, no puede sino buscar el bien y la salvación de todos. Un amor que nos enseña, como Cristo, a dar la vida por aquellos a quienes amamos, y en primer lugar, a entregar nuestra vida por amor a Dios. Solo desde el auténtico amor se puede vivir la libertad en la acción, pues actuando movidos por el amor nunca se causará mal a nadie, ni se hará daño alguno. El amor, como señala san Agustín en este hermoso comentario a la carta de san Juan, es una raíz de la cual no pueden brotar sino frutos buenos:

⁶² ep. lo. tr. 7, 8.

*El amor es una raíz interior de la solo pueden brotar cosas buenas*⁶³.

Así pues, san Agustín antes de comenzar su exposición o explicación de la primera carta del apóstol san Juan es consciente de que el camino que está a punto de emprender va a ser fructífero, pues está marcado por el amor, no solo porque aquello que lo mueve a él a predicar es el amor, sino que el mismo tema de la primera carta del apóstol san Juan es el amor. Y si el amor está presente, todo tiene que ser de provecho. Por ello señala san Agustín que si el amor de Dios ya está ardiendo en el corazón de aquellos que le están oyendo – leyendo o bien orando con sus escritos-, la explicación será como el aceite para una lámpara, que alimentará su fuego, es decir alimentará el amor:

*Así pues, les servirá esta lección como aceite para la llama; si allí hay algo que pueda ser nutrido, se nutre, crece y perdura*⁶⁴.

No obstante san Agustín se percató que hay algunos que todavía no han llegado a amar a Dios, por lo que señala que sus palabras serán el fuego que le falta a la leña para arder, y que también quienes lo escuchan con buena disposición

⁶³ ep. lo. tr. 7, 8.

⁶⁴ ep. lo. tr. 1, 1.



llegarán a encenderse en el amor de Dios:

*Asimismo, a muchos les será como llama para la leña, de modo que, si no arden, al oír el sermón se encenderán*⁶⁵.

Finalmente san Agustín señala que para todos, la meditación de la palabra de Dios, de la primera carta del apóstol san Juan, será fructífera, pues a todos los llevará a crecer en la fe y en el amor de Dios. No obstante la condición previa para arder en el amor de Dios, es la humildad, y la consecuencia de todo es la paz, pues como señala san Agustín, donde hay humildad, hay caridad, donde hay caridad, hay paz:

En algunos se nutre la caridad que tienen; en otros se enciende si les

⁶⁵ *Idem.*

*falta, de modo que todos nos regocijemos en la misma caridad. Donde hay caridad, hay paz, y donde hay humildad, caridad (ubi autem charitas, ibi pax; et ubi humilitas, ibi charitas)*⁶⁶.

B. EJERCICIO DE ORACIÓN

Se propone un ejercicio de oración.

1. Ejercicio de oración de *Tolle Lege*, con la primera carta de san Juan

a. Seguir las pautas de la oración de *Tolle Lege* presentada en el Apéndice.

b. Es preciso resaltar que se trata de una lectura de la primera carta de san Juan y que debe ser un texto corto y breve, que es preciso leer, meditar y orar. Si el primer texto elegido no le dice nada a la persona, puede repetir el ejercicio un par de veces más, pero es preciso no pasarse todo el tiempo de la oración buscando textos.

c. Como cierre de sesión se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de *Io. eu. tr. 9, 1*; o bien escuchar una canción agustiniana ("Por amor de tu amor". Disco: *Agustín íntimo [pista 13]* de José Manuel González Durán).

⁶⁶ *Idem.*

Dios es amor, y quien permanece en el amor, permanece en Dios, y Dios en él. Sea Dios tu casa, y tú la casa de Dios. Permanece en Dios, y Dios permanecerá en ti. En ti permanece Dios para conservarte; tú permaneces en Él para no caer, porque así habla el Apóstol sobre la caridad: La caridad nunca decae. ¿Cómo ha de caer aquel a quien sostiene Dios? (*Io. eu. tr. 9, 1*)

d. Finalmente se debe rezar juntos la oración de san Agustín (*pág. 23*) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión. Es preciso traer la Biblia para la próxima sesión.

10. DÉCIMO TALLER: TALLER DE *TOLLE LEGE V*



A. SAN AGUSTÍN Y EL CORPUS PAULINO

San Agustín fue el hombre que amó la Sagrada Escritura en sus dos partes, tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento. Dentro del Nuevo Testamento ocuparán un lugar particular dentro de la reflexión de san Agustín las cartas de san Pablo. Es verdad que san Agustín en su juventud, mientras formaba parte de los “oyentes” maniqueos, había llegado a conocer las cartas de Pablo con las limitantes que el canon bíblico maniqueo imponía a dichas cartas,

ya que los maniqueos quitaban del corpus paulino –y de todo el Nuevo Testamento–, todas las alusiones al Antiguo Testamento, ya que consideraban que el Antiguo Testamento había sido escrito por el dios de las tinieblas. Por ello, cuando san Agustín se convirtiera, descubrirá el Nuevo Testamento de la Iglesia católica, y dentro de éste, el corpus paulino católico.

Para poder comprender mejor los escritos de san Pablo, san Agustín tendrá particularmente dos grandes maestros, San Ambrosio y san Simpliciano:

*(...) y las disputas con el obispo de Milán me habían hecho tanta impresión, que casi estaba deseando, con cierta esperanza, estudiar algunos de los pasajes de ese Antiguo Testamento, hacia los cuales teníamos aversión por lo que contra ellos nos habían dicho. Me había decidido ya a continuar como catecúmeno en la Iglesia en que fui inscrito por mis padres hasta tanto que diera con lo que andaba buscando*⁶⁷.

Paulatinamente san Agustín se fue identificando con Pablo de Tarso y

⁶⁷ util. cred. 20.



sus escritos, su pensamiento y su teología. Resulta curioso que a pesar de que la experiencia de san Agustín puede ser parangonada con la de san Pablo, pues ambos en un primer momento fueron enemigos de la Iglesia católica y después se convirtieron a la fe en Cristo, san Agustín al hablar del cambio operado por Dios en el corazón de san Pablo no refiera a una “conversión”, como lo hacemos en la actualidad, sino que san Agustín se refiere a este cambio como la “vocación” de san Pablo. Para el Obispo de Hipona, Pablo de Tarso encuentra su vocación al caer por tierra en el camino de Damasco y encontrarse con Cristo. Descubre que su misión no es la de ser perseguidor de la Iglesia, sino su predicador y difusor. Por esta razón san Agustín se refiere a este acontecimiento como la vocación, no la conversión de Pablo:

Porque estando aun él [san Pablo] apartado de la fe, que pretendía destruir, siendo acérrimo enemigo de ella, de repente fue convertido a esta misma fe por una gracia más poderosa; fue convertido por aquel que iba a realizar lo que fue dicho por el profeta: “Volviéndote a nosotros nos darás vida”; para que no solo el que no quería creer se hiciera creyente, sino también para que el mismo perseguidor sufriera la persecución por defender la fe que perseguía⁶⁸

Dentro del corpus paulino son muchos los textos citados por san Agustín dentro de sus obras, y habrá cartas que serán fundamentales en diferentes momentos de su existencia. De este modo, al hablar de la vida monástica, es esencial para san Agustín la primera carta a los Corintios. En la polémica con los pelagianos, las discusiones se mueven generalmente en torno a la carta a los Romanos. Con los arrianos cobrará importancia la carta a los Filipenses, etc.

Por todo ello es claro, al leer las obras de san Agustín, el fuerte influjo que los escritos paulinos tuvieron sobre él, y cómo su meditación y oración estaba continuamente marcada por textos de san Pablo. Sin duda ninguna, junto

⁶⁸ *praed. sanct. 4.*

con los evangelios y los salmos, los libros bíblicos más leídos, meditados y orados por san Agustín fueron las cartas de san Pablo.

Finalmente es preciso considerar que san Agustín solo le dedicó un comentario completo a la carta a los Gálatas (*Expositio epistulae ad Galatas*: Exposición de la cara a los Gálatas), dejándonos en dicho comentario páginas imborrables y definitivas con relación a la libertad y la gracia. Por otra parte escribió también san Agustín dos comentarios inconclusos a la carta a los romanos (*Epistulae ad Romanos inchoata expositio*: Exposición comenzada de la carta a los Romanos; *Expositio quarundam propositionum ex epistula Apostoli ad Romanos*: Exposición de algunos textos de la carta a los Romanos). Ambos se quedaron sin terminar, pues san Agustín se dio cuenta de que la profundidad y las diversas cuestiones abordadas dentro de esta carta, requerían mucho tiempo y le distraían de sus ocupaciones pastorales. Sin embargo los textos de la carta a los Romanos aparecerán comentados y citados a lo largo de toda

su obra, así como diferentes textos de otras cartas paulinas. San Pablo será pues para san Agustín, un interlocutor continuo, que le ayudará al Obispo de Hipona a profundizar en la doctrina cristiana.

B. EJERCICIO DE ORACIÓN

Se propone un ejercicio de oración.

1. Ejercicio de oración de *Tolle Lege*, con las cartas de san Pablo

a. Seguir las pautas de la oración de *Tolle Lege* presentada en el Apéndice.

b. Es preciso resaltar que se trata de una lectura de las cartas de san Pablo y que debe ser un texto corto y breve, que es preciso leer, meditar y orar. Si el primer texto elegido no le dice nada a la persona, puede repetir el ejercicio un par de veces más, pero es preciso no pasarse todo el tiempo de la oración buscando textos.

c. Como cierre de sesión se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de *exp. Gal. 38*.

Cristo se forma por la fe en el hombre interior del creyente, llamado a la libertad de la gracia con manso y humilde corazón, que no se envanece de los méritos de sus obras, que son nulos, sino que comienza por la misma gracia un cierto mérito. A éste puede llamar su

pequeñuelo, indicándose a sí mismo, aquel que dijo: cuanto hicisteis a uno de mis pequeñuelos, a mí me lo hicisteis. Cristo se forma en aquel que toma la forma de Cristo. Y toma la forma de Cristo quien se une a Cristo con amor espiritual. (exp. Gal. 38)

d. Finalmente se debe rezar juntos la oración de san Agustín (*pág. 23*) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión. Es preciso traer la Biblia para la próxima sesión.

11. UNDÉCIMO TALLER: TALLER DE *TOLLE LEGE VI*



A. LAS TRES CONVERSIONES DE SAN AGUSTÍN

El Papa Benedicto XVI en la homilía pronunciada en Pavía el 22 de abril de 2007 presentó a san Agustín como el santo que había vivido a lo largo de su vida un empeño constante de conversión, de buscar siempre ajustar sus pasos al camino de Dios⁶⁹. En este itinerario espiritual hacia Dios, las cartas paulinas jugarán un papel fundamental. De hecho un primer texto paulino que mueve su co-

⁶⁹ Repetiré las mismas ideas en la audiencia general del 27 de febrero de 2008 durante una catequesis sobre san Agustín como el gran convertido: "Sant'Agostino, triplice conversione". Cf. Benedetto XVI, *Udienza generale, 27 febbraio 2008, en I Padri della Chiesa. Da Clemente a Sant'Agostino*, Roma, Libreria Editrice Vaticana, 2008, 227.

razón es el texto de la carta a los Romanos 13, en el que después de haber escuchado una voz "como de niño o de niña" que continuamente le repetía "toma y lee, toma y lee", supo que esta voz no era otra cosa que un mensaje, un reclamo de Dios que le invitaba a tomar entre sus manos el códice de las cartas del Apóstol Pablo, como había hecho antes san Antonio del desierto, quien había descubierto la voluntad de Dios al escuchar las palabras del evangelio según san Mateo (Mt 19, 21). Así pues tomando este códice en sus manos, lo abrió y leyó las primeras palabras que le salieron al paso. Fueron palabras que le traspasaron el corazón y que le iluminaron los ojos del alma, para que desaparecieran las sombras de la duda:

Así que, apresurado, volví al lugar donde estaba sentado Alipio y yo había dejado el códice del Apóstol al levantarme de allí. Lo tomé, pues; lo abrí y leí en silencio el primer capítulo que se me vino a los ojos, y decía: "No en comilonas y embriagueces, no en lechos y en liviandades, no en contiendas y emulaciones sino revestíos de nuestro Señor Jesucristo y no cuidéis de la carne

con demasiados deseos" (Rm 13, 13). *No quise leer más, ni era necesario tampoco, pues al punto que di fin a la sentencia, como si se hubiera infiltrado en mi corazón una luz de seguridad, se disiparon todas las tinieblas de mis dudas (conf. 8, 29).*

Después de esta lectura, san Agustín se decide a abandonar su anterior vida de alejamiento de Dios, a romper con sus indecisiones y a tomar la firme resolución de prepararse para el bautismo, viviendo el resto de su vida con un fuerte propósito de santidad, ejercitándose en una espiritualidad de conversión continua, estando atento para alejar de su vida todo lo que fuera un obstáculo en su camino hacia Dios.

Pero este no sería el único texto paulino que invitaría a san Agustín a la conversión. Poco tiempo después de su bautismo, la vida monástica que san Agustín había elegido daría un vuelco, pues Dios lo llamó a ejercer el oficio de presbítero en la Iglesia de Hipona. Sin que san Agustín lo quisiera, fue obligado a aceptar el ministerio sacerdotal. No obstante, un poco antes o después de la ordenación, san Agustín sintiéndose abrumado por el peso de sus pecados e indigno de la ordenación sacerdotal, pensó huir de nuevo



a su monasterio, regresar a la soledad del claustro monástico. No obstante lo que detuvo en aquellos momentos a san Agustín fue la meditación una vez más de un texto paulino, en esta ocasión del texto de 2 Cor 5, 15. De la reflexión de este texto san Agustín sacó en claro que la voluntad de Dios era que él permaneciera en Hipona y que abrazara con amor el oficio sacerdotal que le había sido encomendado:

Aterrado por mis pecados y por el peso enorme de mi miseria, había tratado en mi corazón y pensado huir a la soledad mas tú me lo prohibiste y me tranquilizaste, diciendo: Por eso murió Cristo por todos, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para aquel que murió por ellos (2 Cor 5, 15). He aquí, Señor,

que ya arrojé en ti mi cuidado, a fin de que viva y pueda considerar las maravillas de tu ley (Ps 118, 18)⁷⁰.

Sabemos de una tercera conversión de san Agustín claramente a la luz de un texto paulino. En esta ocasión se trata de un momento que podríamos situar hacia el 396, cuando san Agustín es un obispo novel de Hipona, y medita particularmente el texto de 1 Cor 4, 7, para descubrir que el hombre por sí mismo no puede empezar a caminar por el sendero de Dios y de la santidad sin la ayuda del mismo Dios:

Mientras tanto, he comprendido que sólo uno es verdaderamente perfecto y que las palabras del Sermón de la montaña sólo se han realizado en uno solo: en Jesucristo mismo. Toda la Iglesia, en cambio, —todos nosotros, incluidos los Apóstoles—, debemos orar cada día: ‘Perdona nuestras ofensas

⁷⁰ conf. 10, 70.

como nosotros perdonamos a los que nos ofenden⁷¹.

Estos tres textos paulinos anteriormente mencionados no son sino una muestra del grande influjo que las cartas de san Pablo tuvieron sobre san Agustín.

Y aunque hemos hablado solo de tres conversiones, siguiendo el esquema planteado por Benedicto XVI, se podrían rastrear en la vida y las obras de san Agustín muchas otras “conversiones” como fruto de su reflexión y de su meditación de diversos textos paulinos, con lo que podemos darnos cuenta del influjo definitivo que las cartas de san Pablo tuvieron sobre san Agustín.

B. EJERCICIO DE ORACIÓN

Se propone un ejercicio de oración.

1. Ejercicio de oración de “iluminación”, con Rm 13, 11-13.

⁷¹ retr. 1, 19, 3.

Rom 13, 11-13: Y esto, teniendo en cuenta el momento en que vivimos. Porque ya es hora de levantarnos del sueño; que la salvación está más cerca de nosotros que cuando abrazamos la fe. La noche está avanzada. El día se avecina. Despojémonos pues, de las obras de las tinieblas y revistámonos de las armas de la luz. Como en pleno día, procedamos con decoro; nada de comilonas y borracheras; nada de lujurias y desenfrenos; nada de rivalidades y envidias. Revestíos más bien del Señor Jesucristo y no os preocupéis de la carne para satisfacer sus concupiscencias.

a. Seguir las pautas de la oración “de iluminación” presentada en el Apéndice.

b. Como cierre de sesión se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de *conf. 10, 5-6*.

Conf. 10, 5-6: Y tú, Señor, deleitado con la fragancia de tu santo templo, compadécete de mí, según tu gran misericordia, por amor de tu nombre; y no abandonando en modo alguno tu obra comenzada, consuma en mí lo que hay de imperfecto (...) Pequeñuelo soy, mas vive perpetuamente mi Padre y tengo en él tutor idóneo. Él es el mismo que me engendró y me defiende, y tú eres todos mis bienes, tú Omnipotente, que estás conmigo aun desde antes de que yo lo estuviera contigo.

d. Finalmente se debe rezar juntos la oración de san Agustín (pág. 23) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

12. DUODÉCIMO TERCER TALLER: TALLER DE *TOLLE LEGE VII*



A. LAS TRES CONVERSIONES DE SAN AGUSTÍN: 2 COR 5, 15

Hemos señalado anteriormente que según Benedicto XVI las cartas de san Pablo tuvieron un influjo definitivo en san Agustín al marcar lo que él llamó las tres conversiones de san Agustín, sin que se trate de un número cerrado de conversiones y que después de estos tres momentos san Agustín ya no hubiera buscado la conversión, o que el corpus paulino ya no hubiera tenido influjo en él. Se trata, como señalamos anteriormente, de tres momentos que nos pueden ilustrar la manera en la que las cartas paulinas influyeron sobre san Agustín.

Así pues en este esquema tripar-

tito de Benedicto XVI, la primera conversión sucede a la luz del texto de Rm 13, 11-13.

Una segunda conversión de san Agustín estaría marcada por el texto de 2 Cor 5, 14-15:

Porque el amor de Cristo nos apremia al pensar que, si uno murió por todos, todos por tanto murieron. Y murió por todos para que ya no vivan para sí los que viven, sino para aquel que murió y resucitó por ellos.

Pero para entender mejor cómo influye este texto en la vida de san Agustín necesitamos -como también lo hace el Papa emérito-, recorrer brevemente algunas etapas de la vida del obispo de Hipona. Así pues, San Agustín después de recibir el bautismo en la noche de Pascua del año 387, regresa al norte de África, donde el año 388 funda una comunidad monástica en Tagaste. Durante tres años san Agustín podrá vivir el tipo de vida que él siempre había deseado, una vida que el mismo obispo de Hipona retrata en la carta 10, dirigida a su amigo Nebridio. Así, san Agustín dice que su proyecto de vida era el de "*deificari (...)* in



*otio*⁷², es decir llenarse de Dios en el ocio santo. Es preciso decir que san Agustín entendía por “ocio santo”, la vida dedicada a la oración, a la vida en comunidad, al trabajo manual, al estudio de las Sagradas Escrituras, etc. Este era el plan de vida que san Agustín se había trazado a sí mismo después de haber recibido el bautismo y regresado a su patria.

No obstante san Agustín no sabía que el plan de Dios era otro. El año 390-391, hace una visita a Hipona para conversar con un amigo⁷³. En ese viaje a Hipona, san Agustín será reconocido por los habitantes de esta ciudad y cuando el obispo de Hipona, el anciano Valerio, manifieste su necesidad de tener un sacerdote que le ayude con la encomienda pastoral de la ciudad,

⁷² *ep.* 10, 2.

⁷³ *Cf. s.* 355, 2.

los ojos de todo se fijaron en san Agustín, quien fue elegido para desempeñar el oficio de sacerdote dentro de la diócesis de Hipona. Aquí es donde Benedicto XVI engarza lo que él mismo ha llamado la segunda conversión de san Agustín.

No sabemos si antes o después de la ordenación sacerdotal –que la mayoría de los especialistas sitúan en enero del 391–, san Agustín pensó huir. No era tanto que viera sus sueños rotos o que rechazara abiertamente la encomienda y el trabajo pastoral. Era más bien, como el mismo san Agustín lo indica en las *Confesiones*, la conciencia de indignidad “por el peso de sus culpas”. No obstante como bien señala Benedicto XVI, lo que detiene a san Agustín en ese momento de discernimiento es el texto de 2 Cor 5, 15, donde meditando en la obra de la redención de Cristo y en su entrega hasta la muerte, san Agustín se percató de que él no puede quedarse contemplando sus pecados, sino que debe cumplir lo que Dios en ese momento, por medio de los acontecimientos de su vida y de las necesidades de la Iglesia, le estaba manifestando, dejando los cuidados de su vida en las manos de Dios y citando otro texto más, el del salmo 118, 18: *consideraré*

las maravillas de tu ley. Benedicto XVI lo refiere con las siguientes palabras:

Esta fue la segunda conversión que este hombre, luchando y sufriendo, debió realizar continuamente: estar allí siempre a disposición de todos, no buscando su propia perfección; siempre, junto con Cristo, dar su

vida para que los demás pudieran encontrarlo a él, la verdadera vida.

B. EJERCICIO DE ORACIÓN

Se propone un ejercicio de oración.

1. Ejercicio de oración de eco, con *conf. 10, 70*.

conf. 10, 70: Aterrado por mis pecados y por el peso enorme de mi miseria, había tratado en mi corazón y pensado huir a la soledad; mas tú me lo prohibiste y me tranquilizaste, diciendo: Por eso murió Cristo por todos, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para aquel que murió por ellos. He aquí, Señor, que ya arrojo en ti mi cuidado, a fin de que viva y pueda considerar las maravillas de tu ley. Tú conoces mi inexperiencia y mi debilidad: enséñame y sáname: Aquel tu único hijo en el que se hallan escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia, me redimió con su sangre. No me calumnien los soberbios, porque pienso en mi rescate, y lo como y bebo y distribuyo, y, pobre, deseo saciarme de él en compañía de aquellos que lo comen y son saciados. Y alabarán al Señor los que lo buscan.

a. Seguir las pautas de la oración eco presentada en el Apéndice.

b. Como cierre de sesión se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de *conf. 10, 5-6*; o bien escuchar una canción

agustiniana (“En lo íntimo”. Disco: *Agustín íntimo [pista 3]* de José Manuel González Durán; “Volved al corazón”. Disco: *Confieso tu amor [pista 8]* de José Manuel González Durán).

Regresad al corazón

Volved, pues, prevaricadores, al corazón y adheríos a él, que es vuestro Hacedor. Estad con él, y permaneceréis estables; descansad en él, y estaréis tranquilos. ¿A dónde vais por ásperos caminos, adonde vais? El bien que amáis, de él proviene, mas sólo en cuanto a él se refiere es bueno y suave; pero justamente será amargo si, abandonado Dios,

injustamente se amare lo que de él procede. ¿Por qué andáis aún todavía por caminos difíciles y trabajosos? No está el descanso donde lo buscáis. Buscad lo que buscáis, pero sabed que no está donde lo buscáis. Buscáis la vida en la región de la muerte: no está allí. ¿Cómo hallar vida bienaventurada donde no hay vida siquiera? (conf. 10, 5-6)

d. Finalmente se debe rezar juntos la oración de san Agustín (*pág. 23*) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

13. DÉCIMO TERCER TALLER: TALLER DE *TOLLE LEGE VIII*



A. LAS TRES CONVERSIONES DE SAN AGUSTÍN: 1 COR 4,7

Otra de las conversiones obradas por Dios en el corazón de Agustín es la del descubrimiento del papel fundamental que juega la gracia en la obra de la santificación de los hombres y cómo en esta dinámica de la gracia y de los dones de Dios, la iniciativa siempre parte de Dios, El hombre es pobre y limitado y debe reconocer con humildad que todo lo que tiene y todo lo que es, lo es porque lo ha recibido de la mano generosa de Dios.

Como bien lo ha señalado el Papa en su homilía de Pavía del 22 de marzo del 2007 -y después lo repetiría en la catequesis de los miércoles el 27 de febrero de 2008⁷⁴-,

⁷⁴ Benedetto XVI, *Udienza generale, 27 febbraio 2008*, en *I Padri della Chiesa. Da Clemente a Sant'Agostino*, Roma, Libreria Editrice Vaticana, 2008, 231.

san Agustín siendo un joven presbítero, creía que el hombre poseía en sí mismo la fuerza para orientarse hacia Dios, y que Dios, en base a ese movimiento decidido del hombre, le concedía la gracia. No obstante poco después a partir de la meditación del texto paulino de 1 Cor 4, 7, descubre que todo es gracia, y don de Dios, tanto el comenzar a creer, como el ir creciendo en el camino de la fe y poder perseverar en esta misma fe hasta el final. Por ello este texto aparecerá más de 135 veces en las obras agustinianas, muchas de ellas en un doble contexto, por una parte un contexto anti-pelagiano y paralelamente a él, en un contexto monástico (especialmente en la polémica con los monjes tanto de Hadrumento como con los de la Galia).

Así en el *De Sancta Virginitate* para subrayar que vivir en virginidad consagrada, en castidad por el Reino de los cielos, es un don –tanto los varones como las mujeres, quienes son considerados vírgenes pues se encuentran insertos en la Iglesia que es la Virgen por excelencia-, insiste no sólo en la humildad, sino también en que

todo viene de Dios, que es algo recibido de Dios, que es algo que Dios dispone y prepara la voluntad del hombre:

¿Quién distribuye a cada uno los (dones) suyos según le place? Dios ciertamente, ante quien no cabe iniquidad alguna. Conocer esa equidad por la que ofrece a unos esto, a otros aquello, es imposible o en gran manera difícil a los hombres. Mas no nos es permitido dudar de que lo hace con justicia. Por tanto, ¿qué tienes que no hayas recibido? O, ¿por qué perversidad vas a amar menos a aquel de quien más has recibido? Por todo lo cual, el primer pensamiento de una virgen de Dios que quiera revestirse de humildad ha de ser el guardarse de juzgar que es virgen por su virtud más que por un don óptimo que ha venido de arriba, descendiendo del Padre de las luces, en quien no cabe mudanza ni sombra de variación” (virg. 41-42)

Muchos años más tarde, casi ya al final de su vida, cuando escribe sus *Retractationes*, (y que es preciso no confundirse con el título de esta obra, pues no significa que se echara para atrás de lo que había escrito, sino que más bien la palabra latina *retractatio* significa “revisión”, el volver a leer sus obras y explicar cómo a lo largo de su vida



FRANCISCO D. JESUS Y
VICENTE D. SAN ANTONIO

fue profundizando ciertas ideas (o bien su pensamiento fue evolucionando) volverá a este tema, en base al mismo texto de san Pablo, haciendo un magnífico resumen de su diatriba entre la libertad humana y la gracia de Dios, para finalmente después de citar el texto de 1 Cor 4, 7, hacer alusión a una frase de san Cipriano que san Agustín cita como un excelente comentario a dicho texto paulino:

En la solución de esta cuestión me esforcé por sostener el libre albedrío de la voluntad humana, pero ha vencido la gracia de Dios, y no se ha podido sino llegar a la plena comprensión de cuanto el Apóstol afirma con suma claridad y verdad: ¿Qué es lo que te distingue? ¿Qué cosa tienes que no hayas recibido? Y si lo has recibido, por qué te glorías como si no lo hubieses recibido?

Queriendo ilustrar este concepto el mártir Cipriano lo ha resumido en una frase: 'No debemos gloriarnos en nada, porque nada nos pertenece' (retr. 2, 1, 1)

“Ha vencido la gracia de Dios”, el proceso de la conversión de todo ser humano debe llegar a esta convicción. Después de las arduas luchas en las que la voluntad del hombre es capacitada y preparada por la gracia, al secundar las inspiraciones de Dios y obrar el bien, es preciso no caer en la soberbia, sino reconocer que si el hombre puede actuar bien, es porque en

él ha vencido la gracia de Dios y que al final de la vida de cada ser humano, al rendir cuentas a Dios, sería muy importante no vanagloriarse de estas obras buenas o exigir por ellas una recompensa, pues toda obra buena es un don de Dios (*perserv.* 46), sino poder decir con san Agustín: “ha vencido la gracia de Dios”.

B. EJERCICIO DE ORACIÓN

Se propone un ejercicio de oración.

1. Ejercicio de oración escribiendo un texto, con retr. 2, 1, 1.

Retr. 2, 1, 1: En la solución de esta cuestión me esforcé por sostener el libre albedrío de la voluntad humana, pero ha vencido la gracia de Dios, y no se ha podido sino llegar a la plena comprensión de cuanto el Apóstol afirma con suma claridad y verdad: ¿Qué es lo que te distingue? ¿Qué cosa tienes que no hayas recibido? Y si lo has recibido, por qué te glorías como si no lo hubieses recibido? Queriendo ilustrar este concepto el mártir Cipriano lo ha resumido en una frase “No debemos gloriarnos en nada, porque nada nos pertenece”.

a. Seguir las pautas de la oración escribiendo un texto presentada en el Apéndice.

b. Como cierre de sesión se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de *ep.* 150, 2, 10.

El Apóstol dijo: ¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubiese recibido? (1 Cor 4, 7) Como su dijera: ‘Por qué te glorías como si tuvieses de tu cosecha lo que ni aún podrías tener por ti mismo si no lo hubiese recibido?’. Así hablaba para que el que se gloría no se gloríe en sí mismo, sino en el Señor, y

para que el que aún no tiene de qué gloriarse, no lo espere de sí mismo, sino que lo pida a Dios. Y mejor es carecer de algo y pedirselo a Dios, que sobresalir en algo y atribuírselo a sí mismo. (ep. 150, 2, 10)

d. Finalmente se debe rezar juntos la oración de san Agustín (*pág. 23*) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

14. DÉCIMO CUARTO TALLER: *NOUERIM ME, NOUERIM TE* (TALLER DE AUTOCONOCIMIENTO I)



A. *NOUERIM ME, NOUERIM TE*

San Agustín ya desde una de sus primeras obras, llamada *los Soliloquios* se plantea lo que será su propio programa espiritual. Por eso dentro de esta obra en donde el mismo san Agustín dialoga consigo mismo, con su razón se pregunta:

A.—*Y confiemos que Dios nos asistirá.*

R.—*Confiemos, si esto mismo está en nuestra potestad.*

A.—*Nuestra fuerza es El mismo.*

R.—*Ora, pues, con la máxima bre-*

vedad y perfección que te sea posible.

A.— *¡Oh Dios, siempre el mismo!, conózcame a mí, conózcate a ti. He aquí mi plegaria⁷⁵.*

San Agustín quiere llegar a conocerse a sí mismo, pero este autoconocimiento va más allá de los meros procesos psicológicos, en donde el hombre se centra en sí mismo y descubre todas sus riquezas y pobreza. San Agustín consciente de que el ser humano no puede atribuirse nada a sí mismo y necesita constantemente la luz de Dios, se quiere conocer a sí mismo, pero siempre iluminado por la Luz de Dios. Esta luz de Dios le permite a san Agustín no solo evitar la soberbia que le lleva a atribuirse todo lo bueno a sí mismo, y lo malo a Dios, sino también a no caer en la depresión al ver la miseria propia del ser humano, ya que esta pobreza esencial humana es iluminada y salvada por Dios. Por ello san Agustín se reconoce pecador, pero lo hace a luz de la santidad de Dios, que lo eleva y lo impulsa para que el ser humano superando sus pecados pueda dejarse modelar por la gra-

⁷⁵ sol. 2, 1.

cia de Dios y alcanzar la santidad. San Agustín contempla su propia condición mortal, pero lo hace a la luz de Cristo, vida perenne de los hombres, en quien permanece vivo todo quien cree en él:

*¡Ay de mí, Señor! ¡Ten misericordia de mí! ¡Ay de mí! He aquí que no oculto mis llagas. Tú eres médico, y yo estoy enfermo; tú eres misericordioso, y yo miserable*⁷⁶.

Así pues para poder llegar a realizar un auténtico autoconocimiento hace falta un primer elemento que es la humildad. Para san Agustín la humildad no consiste en rebajarse, o en negar las cualidades que cada persona pueda tener:

*A ti no se te manda: 'Sé menos de lo que eres', sino 'reconoce lo que eres'. Conócete flaco, conócete hombre, conócete pecador. Conoce que Él es quien te justifica, conoce que estás mancillado. Aparezca en tu confesión la mancha de tu corazón y pertenecerás al rebaño de Cristo"*⁷⁷

La humildad es esencialmente para san Agustín el reconocimiento de que sin Dios, el hombre no puede hacer nada, pues no tiene nada por sí mismo fuera de sus pecados:

⁷⁶ conf. 10, 39.

⁷⁷ s. 137, 2.



MARTIN ☩ SAN NICOLAS
Y MELCHOR ☩ SAN AGUSTIN

*A él le debemos lo que somos, que vivimos, que podemos entender, que somos hombres, que vivimos bien, que entendemos correctamente, no tenemos nada nuestro, fuera de nuestros pecados*⁷⁸.

Estas mismas ideas serán desarrolladas por san Agustín en diversos lugares de su obra, pero particularmente en las primeras líneas de las *Confesiones*, san Agustín con una gran economía de palabras nos presenta la realidad de todo ser humano. De este modo san Agustín nos señala que el ser humano se encuentra rodeado por tres círculos que lo atenazan y lo oprimen, y de los que nadie lo puede salvar fuera de Dios:

¿Y pretende alabarte el hombre, pequeña parte de tu creación, y

⁷⁸ s. 176, 6.

*precisamente el hombre, que, revestido de su mortalidad, lleva consigo el testimonio de su pecado y el testimonio de que resistes a los soberbios?*⁷⁹

El primer círculo es el de la mortandad. Se puede tener fe o no, se puede creer en Dios o ser ateo, pero una realidad que nadie puede negar es que el ser humano así como un día ha nacido, también tiene que morir. Y no hay ningún remedio humano para la muerte. Este es primer círculo que atena a al hombre, del que solo lo libra Dios. Un segundo círculo es el de los pecados. El ser humano está herido por el pecado original y éste lo inclina a pecar, a cometer actos contrarios a Dios. Y nadie puede librar al ser humano de sus culpas, fuera del mismo Dios. Ningún ritual sirve para quitar la culpa del hombre. Solo Cristo redentor es quien libera al ser humano de sus culpas y pecados, pues los borró con su propia sangre en la cruz.

Un tercer círculo que rodea al hombre es el de la soberbia. El ser humano está tentado de ensalzarse a sí mismo y de olvidar a Dios, e incluso llegar a despreciar a todos aquellos que le rodean y creer que es dueño de todo lo que

tiene a su alcance, oprimiendo y maltratando a los demás. Sólo Cristo, el salvador humilde, es el que puede liberar al hombre del peso de su soberbia.

El proceso del autoconocimiento debe llevar a toda persona a reconocer su propia miseria y pobreza, y que sin Dios no puede hacer absolutamente nada (Jn 15, 5), meditando sobre la realidad del ser humano, sus tres círculos, que son elementos que nuestro mundo hoy olvida, niega o deja de lado, pues quien realmente medita en ello, debe verse obligado a reconocer su debilidad y la acuciante necesidad de Dios.

B. EJERCICIO DE ORACIÓN

Se proponen dos ejercicios de oración.

1. Ejercicio de oración de imaginación con el Salmo 138

- a. Seguir las pautas de la oración de imaginación presentada en el Apéndice.
- b. En este texto es preciso resaltar cómo Dios conoce a cada persona. Ha sido Él quien la ha creado y no es posible escapar de Él. Como decía alguno: "Ay, del prófugo de Dios, en ningún lugar se podrá esconder de él".

⁷⁹ conf. 1, 1.

Salmo 138

Señor, tú me sondeas y me conoces,
² tú sabes si me siento o me levanto;
de lejos percibes lo que pienso,
³ te das cuenta si camino o si descanso,
y todos mis pasos te son familiares.
⁴ Antes que la palabra esté en mi lengua,
tú, Señor, la conoces plenamente;
⁵ me rodeas por detrás y por delante
y tienes puesta tu mano sobre mí;
⁶ una ciencia tan admirable me sobrepasa:
es tan alta que no puedo alcanzarla.
⁷ ¿A dónde iré para estar lejos de tu espíritu?
¿A dónde huiré de tu presencia?
⁸ Si subo al cielo, allí estás tú;
si me tiendo en el Abismo, estás presente.
⁹ Si tomara las alas de la aurora
y fuera a habitar en los confines del mar,
¹⁰ también allí me llevaría tu mano
y me sostendría tu derecha.
¹¹ Si dijera: “¡Que me cubran las tinieblas
y la luz sea como la noche a mi alrededor!”
¹² las tinieblas no serían oscuras para ti
y la noche sería clara como el día.
¹³ Tú creaste mis entrañas,
me plasmaste en el seno de mi madre:
¹⁴ te doy gracias porque fui formado
de manera tan admirable.
¡Qué maravillosas son tus obras!
Tú conocías hasta el fondo de mi alma
¹⁵ y nada de mi ser se te ocultaba,
cuando yo era formado en lo secreto,
cuando era tejido en lo profundo de la tierra.
¹⁶ Tus ojos ya veían mis acciones,
todas ellas estaban en tu Libro;
mis días estaban escritos y señalados,

antes que uno solo de ellos existiera.
¹⁷ ¡Qué difíciles son para mí tus designios!
¡Y qué inmenso, Dios mío, es el conjunto de ellos!
¹⁸ Si me pongo a contarlos, son más que la arena;
y si terminara de hacerlo,
aún entonces seguiría a tu lado.

c. Como cierre de sesión se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de *conf. 1, 1*; o bien escuchar una canción agustiniana (“Tú nos has hecho”).

Disco: *Agustín íntimo [pista 2]* de José Manuel González Durán; “Hasta que descanse en ti”. Disco: *Camino de Santiago [pista 8]* de José Manuel González Durán).

conf. 1, 1: Grandes eres, Señor, y laudable sobremanera; grande tu poder, y tu sabiduría no tiene número ¿Y pretende alabarte el hombre, pequeña parte de tu creación, y precisamente el hombre, que, revestido de su mortalidad, lleva consigo el testimonio de su pecado, y el testimonio de que resistes a los soberbios? Con todo, quiere alabarte el hombre, pequeña parte de tu creación, Tú mismo le excitas a ello, haciendo que se deleite en alabarte, porque nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti.

d. Finalmente se debe rezar juntos la oración de san Agustín (*pág. 23*) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

b. En este texto es preciso resaltar cómo Dios abrió los oídos de san Agustín para que pudiera escuchar su voz y el deseo de san Agustín de descubrir a Dios en su vida.

2. Ejercicio de oración de eco con *conf. 1, 1*.

a. Seguir las pautas de la oración de eco presentada en el Apéndice.

conf. 1, 1: Grandes eres, Señor, y laudable sobremanera; grande tu poder, y tu sabiduría no tiene número ¿Y pretende alabarte el hombre, pequeña parte de tu creación, y precisamente el hombre, que, revestido de su mortalidad, lleva consigo el testimonio de su pecado, y el

testimonio de que resistes a los soberbios? Con todo, quiere alabarte el hombre, pequeña parte de tu creación, Tú mismo le excitas a ello, haciendo que se deleite en alabarte, porque nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti.

c. Como cierre de sesión se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de *conf. 1, 31*; o bien escuchar una canción agustiniana (“Tú nos has hecho”).

Disco: *Agustín íntimo [pista 2]* de José Manuel González Durán; “Hasta que descansa en ti”. Disco: *Camino de Santiago [pista 8]* de José Manuel González Durán).

Gracias Dios mío

Gracias a ti, dulzura mía, gloria mía, esperanza mía y Dios mío, gracias a ti por tus dones; pero guárdamelos tú para mí. Así me guardarás también a mí y se aumentarán y perfeccionarán los que me diste, y yo seré contigo, porque tú me diste que existiera. (*conf. 1, 31*)

d. Finalmente se debe rezar juntos la oración de san Agustín (*pág. 23*) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

15. DÉCIMO QUINTO TALLER: *NOUERIM ME, NOUERIM TE* (TALLER DE AUTOCONOCIMIENTO II)



A. MENDIGO DE DIOS

La humildad y el autoconocimiento deben llevar al ser humano a reconocer que por sí mismo no tiene nada y que todo procede de Dios. Por ello, ya que todo procede de Dios y todo hay que pedirlo a Dios el hombre es un mendigo de Dios.

En muchos lugares de su obra san Agustín comenta esta realidad. El ser humano es mendigo de Dios pues todo procede de él. No importa la condición social o material de una persona, todo ser humano es mendigo de Dios:

(...) *Por muy rico que sea uno en la*

tierra, es mendigo de Dios. Está el mendigo a la puerta del rico y el rico a la puerta del Gran Rico. Al rico se le pide y éste pide a su vez. Si no fuera mendigo no pediría con la oración en los oídos de Dios⁸⁰.

San Agustín parte de la idea de que todo procede de Dios, pues todo es recibido, todo es un don. Por ello san Agustín señala la importancia de tomar consciencia de estar viviendo en la dimensión de la gracia donde todo es un don un regalo de parte de Dios, ya que san Agustín acentúa continuamente en su obra que la gracia recibe este nombre precisamente porque Dios la otorga gratis, sin dar nada a cambio de la misma:

A las obras se les paga según justicia; en cambio, la gracia se da gratis, y por eso se llama gracia⁸¹.

Y un segundo elemento que debe darse en el corazón de quien vive la dimensión de la gracia es la gratitud. Quien reconocer que todo es un don de Dios debe vivir siempre agradecido, sabiendo que nada procede de él ni de sus propios méritos sino que todo procede de

⁸⁰ s. 56, 9; Cf. s. 61, 4.

⁸¹ ep. 186, 2,6.



Dios. El agradecimiento es pues un elemento también esencial en la vida espiritual agustiniana, por lo que no habría que olvidar la oración de acción de gracias:

“¡Gracias a Dios! Pues, ¿qué cosa mejor podemos saborear en el alma, llevar en la boca y expresar con el cálamo, que ‘gracias a Dios’? Nada puede decirse con mayor brevedad, ni oírse con mayor complacencia, ni entenderse con mayor sublimidad, ni realizarse con mayor provecho”⁸².

Y la oración es también un don. Nadie puede hacer oración si Dios no se lo otorga, si Dios no le concede el Espíritu Santo que ponga en el corazón del hombre las palabras gratas a Dios, ni tampoco puede hacer oración si este mismo Espíritu no ilumina y enciende

en el fuego del amor del Dios el corazón del ser humano. Por ello san Agustín nos invitaría no solo a reconocer nuestra propia pobreza, sino también a llamar, a buscar, a pedir a la puerta de Dios con la consciencia de que Dios es un padre bueno que quiere dar, pero que le gusta que sus hijos le pidan reconociendo su pequeñez, pero a la vez la grandeza de Dios:

Por tanto, si quieres poseer la justicia, sé mendigo de Dios. Quien hace poco mediante las palabras del Evangelio te exhortaba a que pidieras, buscaras y amaras. Él sabía que eras su mendigo, y, como padre de familia, enormemente rico en riquezas espirituales y eternas te exhorta y te dice: Pide, busca, llama. Quien pide, recibe; el que busca, encuentra; a quien llama, se le abre. Te exhorta a que pidas; ¡va a negarte lo que pides!”⁸³

La oración tendría que ser para nosotros, como lo era para san Agustín, no solo un acto de abandono en las manos de Dios, sino también un acto de fe en la omnipotencia de Dios. Dios lo puede todo y quiere que nosotros en la oración le pidamos, que le expresemos nuestras necesidades, pues Él es capaz de darnos mucho más de lo que pedimos y esperamos, porque es un padre todopoderoso

⁸² ep. 41, 1.

⁸³ s. 61, 4-6.

y todocariñoso. Así pues hay que orar con tres verbos: pedir, llamar, buscar.

B. EJERCICIO DE ORACIÓN

Se proponen dos ejercicios de oración.

1. Ejercicio de oración de imaginación con Lc 11, 9-13

a. Seguir las pautas de la oración de imaginación presentada en el Apéndice.

b. En este texto es preciso resaltar cómo Dios quiere que en la oración se le pida. Hay que pedir el don de la oración pero sobre todo la vida eterna con Dios como señala san Agustín. Lo demás vendrá por añadidura.

Lucas 11, 9-13

Yo os digo: "Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide recibe; el que busca, halla; y al que llama se le abrirá. ¿Qué padre hay entre vosotros que, si su hijo le pide un pez, en lugar de un pez le da una culebra; o, si le pide un huevo, le dará un escorpión? Si, pues, vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan".

c. Como cierre de sesión se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de *conf. 1, 1*; o bien escuchar una canción agus-

tiniana ("Confieso tu amor". Disco: *Confieso tu amor [pista 9]* de José Manuel González Durán).

conf. 1, 1: Grandes eres, Señor, y laudable sobremanera; grande tu poder, y tu sabiduría no tiene número ¿Y pretende alabarte el hombre, pequeña parte de tu creación, y precisamente el hombre, que, revestido de su mortalidad, lleva consigo el testimonio de su pecado, y el testimonio de que resistes a los soberbios? Con todo, quiere alabarte el hombre, pequeña parte de tu creación, Tú mismo le excitas a ello, haciendo que se deleite en alabarte, porque nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti.

d. Finalmente se debe rezar juntos la oración de san Agustín (pág. 25)

y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

2. Ejercicio de oración de eco con conf. 1, 1.

a. Seguir las pautas de la oración de eco presentada en el Apéndice.

b. En este texto es preciso resaltar cómo Dios abrió los oídos de san Agustín para que pudiera escuchar su voz y el deseo de san Agustín de descubrir a Dios en su vida.

conf. 1, 1: Grandes eres, Señor, y laudable sobremanera; grande tu poder, y tu sabiduría no tiene número ¿Y pretende alabarte el hombre, pequeña parte de tu creación, y precisamente el hombre, que, revestido de su mortalidad, lleva consigo el testimonio de su pecado, y el testimonio de que resistes a los soberbios? Con todo, quiere alabarte el hombre, pequeña parte de tu creación, Tú mismo le excitas a ello, haciendo que se deleite en alabarte, porque nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti.

c. Como cierre de sesión se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de *conf. 1, 31*; o bien escuchar una canción agustiniana (“Confieso tu amor”. Disco: *Confieso tu amor [pista 9]* de José Manuel González Durán).

Gracias Dios mío

Gracias a ti, dulzura mía, gloria mía, esperanza mía y Dios mío, gracias a ti por tus dones; pero guárdamelos tú para mí. Así me guardarás también a mí y se aumentarán y perfeccionarán los que me diste, y yo seré contigo, porque tú me diste que existiera. (*conf. 1, 31*)

d. Finalmente se debe rezar juntos la oración de san Agustín (*pág. 23*) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

16. TALLER DECIMO SEXTO: *NOUERIM ME, NOUERIM TE* (TALLER DE AUTOCONOCIMIENTO III)



A. LA HUMILDAD Y LOS DONES DE DIOS

Para san Agustín una de las virtudes más importantes es la humildad. Esta virtud implica el autococonocimiento, es decir que el hombre llegue a conocerse a sí mismo dándose cuenta de que por sí mismo no tiene nada y que todo lo ha recibido de parte de Dios. Por ello dice san Agustín:

*No busques para perseguir y alcanzar la verdad otro camino que el que ha sido garantizado por aquel que era Dios, y por eso vio la debilidad de nuestros pasos. Ese camino es: primero, la humildad; segundo, la humildad; tercero, la humildad; y cuantas veces me preguntes, otras tantas te diré lo mismo*⁸⁴.

⁸⁴ ep. 118, 3, 22.

Por otra parte san Agustín reflexiona sobre la humildad a la luz del texto de 1 Cor 4,7: “¿qué tienes que no hayas recibido?” Todo es un don de Dios. Dentro de la humildad y el reconocimiento de que todo proviene de Dios porque el hombre es mendigo de Dios, está la parte esencial de conocer en primer lugar cuáles son los dones que Dios me ha dado y en segundo lugar el dar fruto con esos dones recibidos. San Agustín señala que lo que distingue a aquellos que pertenecen a la ciudad de Dios de aquellos que pertenecen a la ciudad de este mundo es precisamente los frutos de vida eterna. Quien pertenece a la ciudad de Dios no puede quedarse recibiendo todo para sí mismo sin pensar en los demás. Quien es de Dios necesita dar fruto. De este modo san Agustín comenta que los árboles que estaban plantados junto a los ríos de Babilonia –y Babilonia simboliza para san Agustín la ciudad de este mundo, los que se aman a sí mismos hasta el desprecio de Dios-, eran unos sauces, es decir que eran unos árboles que no daban fruto:

(...) *Los sauces son árboles sin fru-*



JOSEFA INÉS
DE BENIGNÍM

JOSEFA MASIA

to, (...) árboles estériles que nacen junto a los ríos de Babilonia. Estos árboles se riegan con los ríos de Babilonia y no llevan fruto. Así como hay hombres ansiosos, avaros y estériles de toda obra buena, así los ciudadanos de Babilonia, como árboles propios de aquella región, se alimentan de los placeres de las cosas mundanas, como regados por los ríos de Babilonia. Buscas en ellos frutos, y jamás lo encuentras⁸⁵.

Así pues san Agustín al explicar la parábola de los talentos nos invita en primer lugar a pedirle a Dios que tengamos amor y caridad, pues sin el amor no se puede ni reconocer que lo que se tiene es un don de Dios, y por otra parte, al faltar la caridad no se tiene la fuerza para compartir aquello que se ha recibido. Y se tenga lo que se tenga, si no hay amor, todo eso no aprovecha de nada:

⁸⁵ en. Ps. 136, 6.

También recibió su talento el siervo del Evangelio, y por talento se entiende aquí cualquier don de Dios: pero al que tiene se le dará, y al que no tiene se le quitará aun lo que tiene. No puede quitarse lo que no se tiene; pero a este siervo le falta algo, y por eso merece que le quiten lo que posee: le falta la caridad de usar bien de los dones, y se le quitará todo lo demás, pues sin la caridad nada aprovecha⁸⁶. Otro bello comentario agustiniano de esta parábola nos invitaría a no conformarnos con mirar solo por nuestro propio bien espiritual, sino a recordar que debemos intentar compartir lo que hemos recibido con los demás, que mientras tengamos en nuestras manos los dones de Dios que los hagamos fructificar, ganando para Cristo a todos los que podamos:

Si, en cambio, eres frío, débil, que miras sólo a ti, como si contigo estuvieras bastante y dijeras en tu corazón. «¿Por qué tengo yo que cuidar pecados ajenos? Me basta mi alma, ¡consérvela yo íntegra para Dios!», ¡jea! ¿no te viene a la mente el siervo aquel que escondió el talento y no quiso gastar? Efectivamente, ¿se le acusó acaso de haberlo perdido, y no de haberlo guardado sin ganancia? Escuchad, pues, hermanos míos, de forma que no descanséis.

⁸⁶ Simpl. 2, 1, 10.

Yo voy a daros un consejo —lo dé quien está dentro, porque, aunque lo diese por medio de mí, él lo da; sabéis qué hacéis cada uno en su casa con su amigo, con su inquilino, con su protegido, con un superior, con un inferior—: como Dios da los medios, como abre la puerta a su palabra, no descanséis de ganar para Cristo, porque habéis sido ganados por Cristo⁸⁷.

Finalmente san Agustín nos recuerda que la misión de quien ha recibido los talentos de Dios es la de ponerlos a producir sin esperar recoger los frutos de lo que se ha sembrado, señalando san Agustín que quien va a exigir los frutos que le corresponde es Dios, y que lo importante al darse cuenta del don que se ha recibido es ponerlo a fructificar, es darlo y entregarlo, para evitar ser rechazados por perezosos:

Señor, le dice el siervo perezoso, yo sabía que eres hombre exigente o severo, porque siegas donde no sembraste y recoges donde nada pusiste; por lo cual, temeroso yo, fui a esconder tu talento bajo la tierra; aquí tienes lo tuyo? ¿Qué le respondió el Señor? Siervo malo y holgazán, pues sabías que soy hombre molesto y duro, y siego donde no siembro y recojo donde no puse

⁸⁷ lo. eu. tr. 10, 9.

nada, esta mi avaricia, ¿no era razón de más para tenerte advertido que de lo mío había de pedir los intereses? Has debido, pues, dar mi dinero a los prestamistas, para que yo, en llegando, recibiera con sus réditos lo mío. ¿Por ventura dijo el Señor que dieras mi dinero a los prestamistas y exigieras las ganancias? No, hermanos; a nosotros toca darlo; ya vendrá él y lo exigirá. Orad para que nos halle preparados⁸⁸.

B. EJERCICIO DE ORACIÓN

Se propone dos ejercicios de oración.

1. Ejercicio de oración de imaginación con Mt 25, 14-30

a. Seguir las pautas de la oración de imaginación presentada en el Apéndice.

b. En este texto es preciso resaltar el tomar conciencia de los dones que se han recibido de parte de Dios y la exigencia de dar fruto, de compartir lo que se ha recibido de parte de Dios.

⁸⁸ S. 137, 15.

Mateo 25, 14-30

El Reino de los Cielos es también como un hombre que, al salir de viaje, llamó a sus servidores y les confió sus bienes. A uno le dio cinco talentos, a otro dos, y uno solo a un tercero, a cada uno según su capacidad; y después partió. En seguida, el que había recibido cinco talentos, fue a negociar con ellos y ganó otros cinco. De la misma manera, el que recibió dos, ganó otros dos, pero el que recibió uno solo, hizo un agujero y enterró el dinero de su señor. Después de un largo tiempo, llegó el señor y arregló las cuentas con sus servidores. El que había recibido los cinco talentos se adelantó y le presentó otros cinco. "Señor, le dije, me has confiado cinco talentos: aquí están los otros cinco que he ganado". "Está bien, servidor bueno y fiel, le dijo su señor, ya que respondiste fielmente en lo poco, te encargaré de mucho más: entra a participar del gozo de tu señor". Llegó luego el que había recibido dos talentos y le dijo: "Señor, me has confiado dos talentos: aquí están los otros dos que he ganado". "Está bien, servidor bueno y fiel, ya que respondiste fielmente en lo poco, te encargaré de mucho más: entra a participar del gozo de tu señor". Llegó luego el que había recibido un solo talento. "Señor, le dije, sé que eres un hombre exigente: cosechas donde no has sembrado y recoges donde no has esparcido. Por eso tuve miedo y fui a enterrar tu talento: ¡aquí tienes lo tuyo!". Pero el señor le respondió: "Servidor malo y perezoso, si sabías que cosecho donde no he sembrado y recojo donde no he esparcido, tendrías que haber colocado el dinero en el banco, y así, a mi regreso, lo hubiera recuperado con intereses. Quitadle el talento para dárselo al que tiene diez, porque a quien tiene, se le dará y tendrá de más, pero al que no tiene, se le quitará aun lo que tiene. Echen afuera, a las tinieblas, a este servidor inútil; allí habrá llanto y rechinar de dientes".

c. Como cierre de sesión se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de *conf.* 4, 16; o bien con un canto agustiniano

("De nuevo un corazón sencillo". Disco: *Agustín íntimo [pista 10]* de José Manuel González Durán).

Dios nunca cambia

Encomienda a la Verdad cuanto de la verdad has recibido y no perderás nada, antes bien florecerán tus partes podridas, y serán sanas todas

tus dolencias, y reformadas, renovadas y unidas contigo tus partes inconsistentes, y no te arrastrarán ya al lugar adonde ellas caminan, sino que permanecerán contigo para siempre donde está Dios, que nunca se muda y eternamente permanece. (conf. 4, 16)

d. Finalmente se debe rezar juntos la oración de san Agustín (pág. 23) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

2. Ejercicio de oración escribiendo un texto con s. 137, 15.

a. Seguir las pautas de la oración

escribiendo un texto presentada en el Apéndice.

b. En este texto es preciso resaltar la importancia de compartir los dones recibidos de Dios, sin perder la esperanza pues es Dios el que recoge el fruto.

Señor, le dice el siervo perezoso, yo sabía que eres hombre exigente o severo, porque siegas donde no sembraste y recoges donde nada pusiste; por lo cual, temeroso yo, fui a esconder tu talento bajo la tierra; aquí tienes lo tuyo? ¿Qué le respondió el Señor? Siervo malo y holgazán, pues sabías que soy hombre molesto y duro, y siego donde no siembro y recojo donde no puse nada, esta mi avaricia, ¿no era razón de más para tenerte advertido que de lo mío había de pedir los intereses? Has debido, pues, dar mi dinero a los prestamistas, para que yo, en llegando, recibiera con sus réditos lo mío. ¿Por ventura dijo el Señor que dieras mi dinero a los prestamistas y exigieras las ganancias? No, hermanos; a nosotros toca darlo; ya vendrá él y lo exigirá. Orad para que nos halle preparados. (s. 137, 15)

c. Como cierre de sesión se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de conf. 4, 16; o escuchar una canción agustiniana

(“De nuevo un corazón sencillo”. Disco: Agustín íntimo [pista 10] de José Manuel González Durán).

Dios nunca cambia

Encomienda a la Verdad cuanto de la verdad has recibido y no perderás nada, antes bien florecerán tus partes podridas, y serán sanas todas tus dolencias, y reformadas, renovadas y unidas contigo tus partes in-

consistentes, y no te arrastrarán ya al lugar adonde ellas caminan, sino que permanecerán contigo para siempre donde está Dios, que nunca se muda y eternamente permanece. (conf. 4, 16)

d. Finalmente se debe rezar juntos la oración de san Agustín (*pág. 23*) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

17. DÉCIMO SÉPTIMO TALLER: *NOUERIM ME, NOUERIM TE* (TALLER DE AUTOCONOCIMIENTO IV)



A. CONTEMPLANDO A CRISTO, MAESTRO DE HUMILDAD

En la conversión de san Agustín tiene una gran importancia el encuentro del Santo de Hipona con Cristo hecho hombre. San Agustín que en el momento de su conversión se encontraba lleno de ideas neoplatónicas -es decir de ideas en las cuales el cuerpo del hombre era el elemento negativo y que había que despreciar-, se enamora de un Cristo encarnado, de un Cristo que no rechaza la dimensión humana, carnal del ser humano, hasta el punto de hacerse hombre para salvar a hombre. La humanidad de Cristo enamora

a san Agustín, pues es capaz de percibir cómo el amor le llevó a Cristo a superar la gran distancia que existe entre el barro del cuerpo del hombre, y la sublimidad eterna de Dios:

Lejos, muy lejos de nosotros estaba; ¿qué tan lejos como lo creado y el Creador?, ¿qué tan lejos como Dios y el hombre?, ¿qué tan lejos como la justicia y la iniquidad?, ¿qué tan lejos como la eternidad y la mortalidad? He aquí cuán lejos estaba la Palabra, Dios en Dios en el principio, mediante el cual se hizo todo. ¿Cómo, pues, se acercó para ser lo que nosotros, y que existamos en él? La Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros⁸⁹.

Por esta razón en la reflexión agustiniana el texto de Jn 1, 14 ocupará un lugar privilegiado, reflejando por una parte la admiración de san Agustín ante el misterio del Logos, de la Palabra hecha carne y por otro lado, sabiendo que la encarnación es el mayor ejemplo de humildad. Por ello, el cristiano, imitando a su Maestro Cristo, debe ser siempre humilde, reconociendo que todo es un don de Dios y

⁸⁹ *Io. eu. tr. 29, 1.*



lo que el Maestro de la humildad quiso que aprendieran de él aquellos que lo seguían, era principalmente a ser mansos y humildes de corazón como lo fue Él. Cristo no pide que se imiten sus acciones milagrosas y portentosas, sino que se imite su mansedumbre y humildad:

Nuestro Señor Jesucristo, al obrar sus milagros, como queriendo dar una lección más sublime a los que se admiraban y conducir a las secretas y eternas realidades a estos espíritus atentos y suspendidos de sus prodigios, les dice: Venid a mí todos los que estáis cansados y oprimidos por la carga, y yo os aliviaré. Tomad sobre vosotros mi yugo. No dijo: "Aprended de mí a resucitar muertos de cuatro días", sino: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón. Más poderosa y más segu-

ra es la solidísima humildad que las cimas barridas por los vientos. Por eso sigue y dice: Y encontraréis descanso para vuestras almas⁹⁰.

Por esta razón san Agustín comprende que la vida de todo ser humano se encuentra inserta en la dinámica de la encarnación, y por lo tanto, de la humildad. Por eso el Obispo de Hipona, como pastor de almas, rebajará hasta tal punto sus sermones y explicaciones evangélicas, que su ciencia y conocimientos quedaron a un lado, para acentuar los elementos sencillos, la presentación simple de los misterios de Dios y de Cristo dirigidos a sus fieles. Todo esto es un rasgo de la profunda comprensión que san Agustín tenía del misterio de la encarnación, de tal manera que él también se encarna, es decir que se abaja a los que lo rodean para hacerles comprensible el mensaje de Dios.

La humildad de Cristo en la encarnación es la que purifica nuestros ojos para que seamos capaces de ver a Dios. La soberbia había hecho al hombre ciego, y la misma encarnación de Cristo es el colirio de Dios que sana los ojos del corazón para poder contemplar a Dios. Solo quien medita y aprende el misterio de la encarnación pue-

⁹⁰ trin. 8, 7, 11.

de purificar los ojos de su corazón para ver a Dios:

*En verdad, porque la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros, del nacimiento mismo hizo un colirio con que se limpiasen los ojos de nuestro corazón y pudiéramos ver su majestad mediante su humildad*⁹¹.

Y Dios se hace hombre para ayudar nuestra oración pues de este modo no solo tenemos a quien orar, es decir a Cristo Dios, sino que también, como hombre y sacerdote nuestro, ora por nosotros ante el Padre, y se ora a él por la salvación de todos los hombres:

*Pero, dado que poco después añade: y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros, tienes una Majestad a quien dirigir tu oración y una humanidad que ore por ti. En efecto, esto ha dicho el Apóstol, incluso después de la resurrección de nuestro Señor Jesucristo: Quien está sentado -escribe- a la derecha de Dios y quien también intercede por nosotros. ¿Por qué intercede por nosotros? Porque se ha dignado ser Mediador. ¿Qué quiere decir ser Mediador entre Dios y los hombres? Que no lo es entre el Padre y los hombres, sino entre Dios y los hombres. Y Dios, ¿qué es? Padre, Hijo y Espíritu Santo*⁹².

⁹¹ Io. eu. tr. 2, 16.

⁹² en. Ps. 29, 2, 1.

La encarnación de Cristo es el principio de la redención humana, ya que después de su nacimiento, vida oculta y ministerio de predicación, Cristo entregó su vida en rescate por todos los hombres. Por ello, estas palabras del evangelio según san Juan son ya el inicio de la redención. De este modo san Agustín nos cuenta que san Simpliciano, mientras lo acompañaba en su proceso catecumenal, le narró cómo un filósofo neoplatónico le decía que las palabras del evangelio: "Y el Verbo se hizo carne" (Jn 1, 14) habría que escribirlas en los lugares más excelsos y elevados de las Iglesias con letras de oro, pues representan el inicio de la redención y el consuelo para los seres humanos, pues Cristo ha asumido una naturaleza humana como la de los hombres:

*El principio de este evangelio, intitulado según Juan, cierto platónico, como solíamos oírlo de boca de un viejo llamado Simpliciano, más tarde obispo de la Iglesia de Milán, decía que debía escribirse con letras de oro y ser predicado por todas las iglesias en los lugares más destacados. Pero Dios, aquel Maestro, se hizo vil para los soberbios precisamente porque el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros*⁹³.

⁹³ ciu. 10, 29.

B. EJERCICIO DE ORACIÓN

Se propone tres ejercicios de oración.

1. Ejercicio de oración de eco con Jn 1, 9-14

a. Seguir las pautas de la oración de eco presentadas en el Apéndice.

b. En este texto es preciso resaltar la encarnación de Cristo y su cercanía a los hombres por amor.

Jn 1, 9-14

*La Palabra era la luz verdadera
que ilumina a todo hombre
que viene a este mundo.
En el mundo estaba,
y el mundo fue hecho por ella,
y el mundo no la conoció.
Vino a su casa
Y los suyos no la recibieron.
Pero a los que la recibieron
Les dio poder de hacerse hijos de Dios,
A los que creen en su nombre;
Los cuales no nacieron de sangre
Ni de deseo de carne,
Ni de deseo de hombre,
Sino que nacieron de Dios.
Y la palabra se hizo carne,
Y puso su morada entre nosotros,
Y hemos contemplado su gloria,
Gloria que recibe del Padre como Hijo único,
Lleno de gracia y de Verdad.*

c. Como cierre de sesión se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de *conf. 7, 8*; o bien escuchar una canción agustiniana ("Canción del Hijo". Disco:

Y vendremos a él [pista 5] de José Manuel González Durán; "Verbum Panis". Disco: *Verbum panis* [pista 9] de Mite Balduzzi).

Tú nos apartas de la muerte

¡Que te confiese por ello, Dios mío, tus misericordias desde lo más íntimo de mis entrañas! Porque tú y solamente tú, ¿por que quién otro hay que nos aparte de la muerte del error sino la Vida que no muere y la Sabiduría que ilumina las pobres inteligencias sin necesidad de otra luz, y gobierna el mundo hasta en las hojas que se mueven en los árboles? (conf. 7, 8)

d. Finalmente se debe rezar juntos la oración de san Agustín (pág. 23) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

2. Ejercicio de oración de iluminación con *Io. eu. tr. 2, 16*.

a. Seguir las pautas de la oración de iluminación presentada en el Apéndice.

b. En este texto es preciso resaltar la importancia de la encarnación de Cristo como el colirio que abre los ojos de la fe de todo ser humano. ES preciso pedir la iluminación, que Dios abra los ojos de nuestro corazón, para verlo presente y encarnado en los acontecimientos de todos los días.

En verdad, porque la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros, del nacimiento mismo hizo un colirio con que se limpiasen los ojos de nuestro corazón y pudiéramos ver su majestad mediante su humildad. Por eso se hizo carne la Palabra y habitó entre nosotros. Sanó nuestros ojos. ¿Y qué sigue? Y vimos su gloria. Nadie podría ver su gloria si no lo curase la humildad de la carne. ¿Por qué no podíamos ver? (...). Al hombre le había caído al ojo una especie de polvo, le había caído tierra, había herido seriamente su ojo, no podía ver la luz. Ahora, a este ojo seriamente herido se aplica un ungüento. (...) La Palabra se hizo carne: este médico te hizo un colirio. Y, porque vino de forma que con la carne extinguiera los vicios de la carne y con la muerte matase a la muerte, por eso ha sucedido en ti que, porque la Palabra se hizo carne, tú puedes decir: Y vimos su gloria. ¿Qué gloria? ¿La de hacerse Hijo del hombre? Ésta es su humildad, no su gloria. Pero ¿hasta dónde fue llevada la vista del hombre, curada mediante la carne? Vimos, dice, su gloria, gloria como de Hijo único nacido del Padre, lleno de gracia y verdad.(Io. eu. tr. 2, 16)

c. Como cierre de sesión se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de *conf. 7, 8*; o bien escuchar una canción agustiniana (“Canción del Hijo”. Disco:

Y vendremos a él [pista 5] de José Manuel González Durán; “*Verbum Panis*”. Disco: *Verbum panis* [pista 9] de Mite Balduzzi).

Tú nos apartas de la muerte

¡Que te confiese por ello, Dios mío, tus misericordias desde lo más íntimo de mis entrañas! Porque tú y solamente tú, ¿por que quién otro hay que nos aparte de la muerte del error sino la Vida que no muere y la Sabiduría que ilumina las pobres inteligencias sin necesidad de otra luz, y gobierna el mundo hasta en las hojas que se mueven en los árboles? (*conf. 7, 8*)

d. Finalmente se debe rezar juntos la oración de san Agustín (*pág. 23*) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

con un icono presentadas en el Apéndice.

3. Ejercicio de oración con un icono con *trin. 8, 7, 11*.

b. El texto que se sugiere leer mientras los participantes contemplan los ojos del icono y se dejan mirar por Cristo es:

a. Seguir las pautas de la oración

trin. 8, 7, 11: Nuestro Señor Jesucristo, al obrar sus milagros, como queriendo dar una lección más sublime a los que se admiraban y conducir a las secretas y eternas realidades a estos espíritus atentos y suspendidos de sus prodigios, les dice: Venid a mí todos los que estáis cansados y oprimidos por la carga, y yo os aliviaré. Tomad sobre vosotros mi yugo. No dijo: “Aprended de mí a resucitar muertos de cuatro días”, sino: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón. Más poderosa y más segura es la solidísima humildad que las cimas barriadas por los vientos. Por eso sigue y dice: Y encontraréis descanso para vuestras almas.

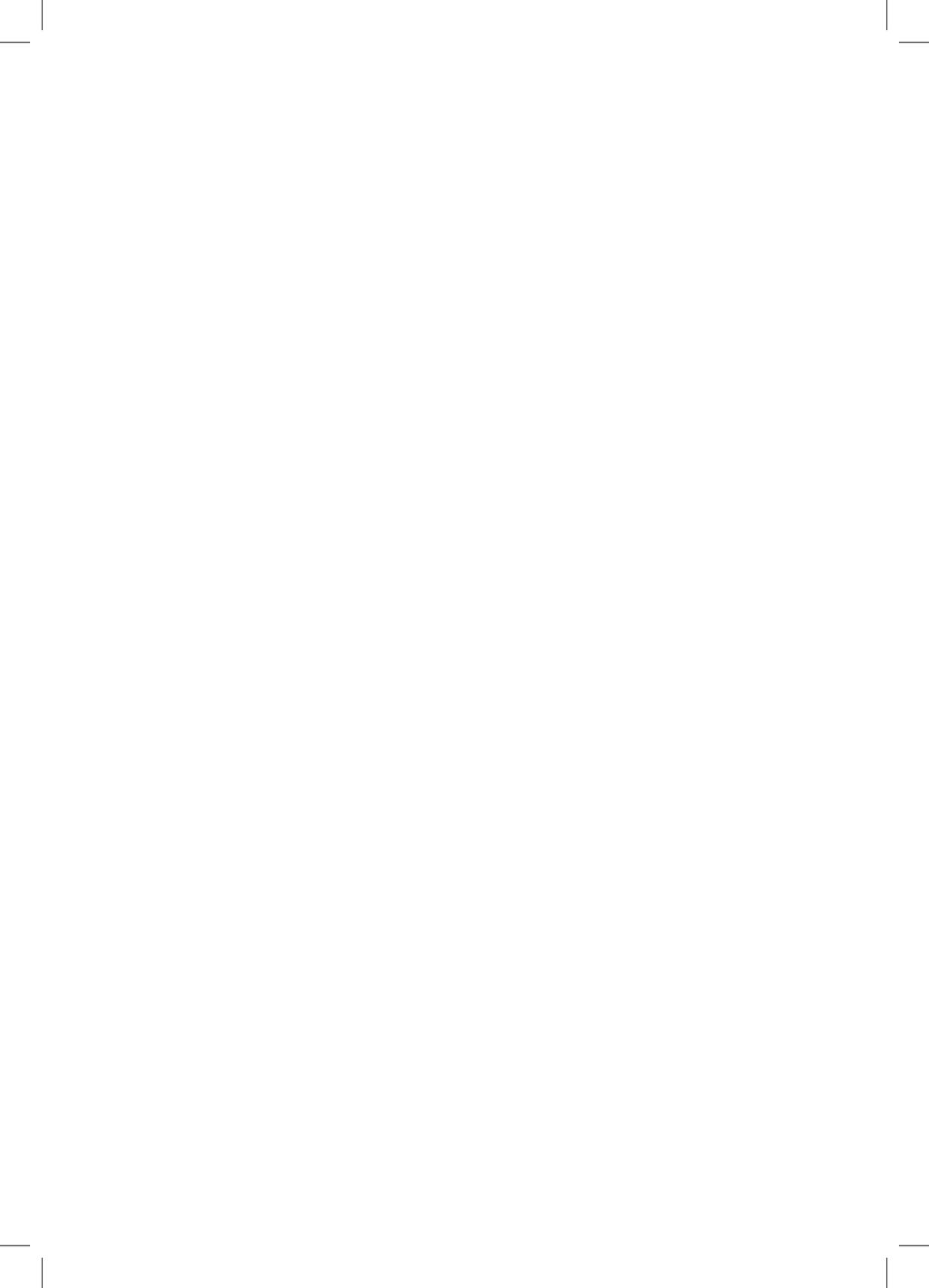
c. Como cierre de sesión se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de *conf. 7, 8*; o bien escuchar una canción agustiniana (“Canción del Hijo”. Disco:

Y vendremos a él [pista 5] de José Manuel González Durán; “*Verbum Panis*”. Disco: *Verbum panis* [pista 9] de Mite Balduzzi).

Tú nos apartas de la muerte

¡Que te confiese por ello, Dios mío, tus misericordias desde lo más íntimo de mis entrañas! Porque tú y solamente tú, ¿por que quién otro hay que nos aparte de la muerte del error sino la Vida que no muere y la Sabiduría que ilumina las pobres inteligencias sin necesidad de otra luz, y gobierna el mundo hasta en las hojas que se mueven en los árboles? (*conf. 7, 8*)

d. Finalmente se debe rezar juntos la oración de san Agustín (*pág. 23*) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.



18. DÉCIMO OCTAVO TALLER: *NOUERIM ME, NOUERIM TE* (TALLER DE AUTOCONOCIMIENTO V)



A. SOMOS LÁMPARAS DE BARRO (2 COR 4, 8; IO. EU. TR. 23, 3)

Todo ser humano es como una lámpara de barro. Tiene una gran fragilidad, pero lleva dentro de sí una inmensa riqueza que lo puede elevar muy por encima de su propia debilidad y pequeñez. San Pablo nos recuerda en un texto que será parafraseado y comentado por san Agustín: “*Llevamos este tesoro en vasijas de barro para que se vea que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no de nosotros*” (2 Cor 4, 7). Y es verdad todo ser humano lleva un tesoro en su in-

terior, a pesar de su fragilidad. San Agustín acentúa en sus comentarios a este texto paulino que la riqueza que todo hombre lleva en su interior es el amor, manifestación de la presencia del Espíritu Santo en el interior del hombre y por lo tanto de la Santísima Trinidad.

Es este espíritu el fuego que enciende la lámpara del ser humano siempre y cuando no le falte el aceite del amor, de la gracia. Quien no tiene amor, no puede arder ni brillar, pues su lámpara está vacía. Solo quien ha recibido de Dios la fuerza del amor y el fuego del Espíritu Santo puede arder y brillar:

*De hecho, los siervos de Dios permanecieron como lámparas buenas, gracias al aceite de su misericordia, no gracias a sus fuerzas, pues la gratuita gracia de Dios, ella es el aceite de las lámparas*⁹⁴.

No obstante san Agustín señala al comentar este texto paulino de 2 Cor 4, 7 que el hombre por sí mismo no puede hacer nada. No puede ni arder ni brillar. Necesita

⁹⁴ *Io. eu. tr. 23, 3.*

recibirlo todo de Dios. La pobreza esencial del hombre lo lleva a ser fundamentalmente un mendigo delante de Dios⁹⁵ y a verse necesitado a pedirlo todo a Dios. Por eso el hombre es una lámpara de barro. Una simple lámpara sin aceite ni luz. No obstante por gracia de Dios, el hombre recibe el aceite de la caridad y el amor y el fuego del Espíritu lo enciende. San Agustín nos invitaría a reconocer que estos elementos se le conceden al hombre gratuitamente, pues los dones de Dios son siempre gratuitos, y por otra parte a saber que si carecemos de ellos, los necesitamos pedir en la oración, pues el hombre es un "mendigo de Dios".

Quien no reconoce que el aceite y la luz son dones que proceden de Dios y que Dios da gratuitamente a quien quiere y como quiere, y cree que puede brillar por sus propias fuerzas, se llega a encontrar de pronto sin aceite y sin fuego y su lámpara se apaga. San Agustín, como buen observador que era, se fijaba que cuando una lámpara de aceite se apagaba, comenzaba a apestar, a oler mal y a enrarecer el ambiente. Lo mismo le sucede a un ser humano cuando ha ardido en el amor de Dios y ha recibido el aceite de su misericordia y de su gracia, y de pronto por la sober-

⁹⁵ Cf. s. 56, 9.



bia creyó que todo era por méritos propios y es entonces cuando Dios retira sus dones y esta persona deja de arder y de iluminar y al apagarse apesta, es decir hace que sus relaciones interpersonales se vuelvan conflictivas y que ya no hable de Dios, sino de sí mismo:

Todos los hombres, en efecto, son lámparas porque pueden encenderse y apagarse. Y, por cierto, las lámparas, cuando conocen, lucen y hierven en el espíritu; en verdad, también si ardían y se apagaron, apestan⁹⁶.

Todo el que deja de arder en el fuego de Dios, lo quiera o no lo quiera, se queda simplemente

⁹⁶ lo. eu. tr. 23, 3.

como una vasija de barro vacía, como una lámpara de barro que solo tiene por sí misma la fragilidad pero que ya no sirve para iluminar y alumbrar pues ha perdido el tesoro que encerraba y que le embellecía que procedía de Dios.

Orar implica tomar conciencia de que todo es un don de Dios, por lo que es preciso pedirle a Dios que no nos deje de dar el aceite de su amor y de su gracia para que las lámparas de nuestras vidas estén siempre ardiendo y brillando hasta que regrese el esposo (Mt 25, 6).

San Agustín comenta la parábola de las vírgenes prudentes y las vírgenes necias (Mt 25, 1-13), e interpreta el aceite que alimenta las lámparas, como la vida interior, la oración. Las vírgenes necias son aquellas que, aunque conservan la continencia de la carne, actúan y hacen todo para ser vistas y alabadas por los demás, sin percatarse de que la verdadera recompensa de las obras no está en la aclamación popular, sino en Dios:

“(Las vírgenes necias) evitan ciertamente la corrupción que dimana de cualquier parte, pero no llevan su bien en la conciencia ante los ojos de Dios, sino que pretenden agradar con él a los hombres siguiendo el parecer ajeno. Van a la caza de la aclamación del populacho, y por lo

mismo, se hacen viles al querer ser estimadas de los espectadores no bastándoles su conciencia”⁹⁷.

Su óleo que se termina no es otro que el acto de gloriarse en sí mismas, hecho que les da brillo y esplendor desde una perspectiva humana, pero carecen del verdadero óleo que es el óleo interior, de la oración, de los méritos espirituales. Así dice san Agustín:

El óleo (de las necias) es el acto de gloriarse debido al brillo y al esplendor (...) Las necias encienden sus ciertamente sus lámparas, parece que lucen sus obras, pero decaen y se apagan, porque no se alimentan con el óleo interior”⁹⁸.

Estas vírgenes necias que no se habían preocupado de tener una reserva espiritual, sino que se habían contentado con vivir su vida de manera superficial y buscando el aplauso de las multitudes no pueden entrar en el banquete de bodas, pues les ha faltado el óleo interior de la oración y el amor. El óleo de la vanidad y de las glorias de este mundo se termina y no ayuda en nada para el momento del encuentro final con Dios.

Nosotros alimentamos nuestra lámpara de nuestras vidas en la

⁹⁷ en. Ps. 147, 11.

⁹⁸ Idem.

oración y en el encuentro con Dios; allí nos vamos llenando de este aceite del amor y de la gracia de Dios para poder iluminar, tanto nuestras propias vidas, como las vidas de los demás, reconociendo que somos solo, simples lámparas de barro, que llevamos en nuestro interior un tesoro que no es nuestro:

“Reconoce que tú no eres luz para ti (...) Di pues, y clama lo que está escrito: Tú Señor, iluminarás mi lámpara”⁹⁹.

⁹⁹ s. 67, 8.

B. EJERCICIO DE ORACIÓN

Se proponen tres ejercicios de oración.

1. Ejercicio de oración de iluminación con 2 Cor 4, 6-7

a. Seguir las pautas de la oración de eco presentadas en el Apéndice.

b. En este texto es preciso resaltar la fragilidad del ser humano y el tesoro que se lleva en el interior, suscitando el agradecimiento, la petición, la alabanza, etc.

2 Cor 4, 6-7

Pues el mismo Dios que dijo: De las tinieblas brille la luz, ha hecho brillar la luz en nuestros corazones, para irradiar el conocimiento de la gloria de Dios que está en el rostro de Cristo.

Pero llevamos este tesoro en vasijas de barro para que se vea que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no de nosotros.

c. Como cierre de sesión se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de *conf.* 7, 16;

o bien escuchar una canción (“Sé mi luz”. Disco: *Alégrate [pista 4]* del Grupo Ain Karem).

Tú eres mi Dios

Tú eres mí Dios; por ti suspiro día y noche, y cuando por vez primera te conocí, tú me tomaste para que viese que existía lo que había de ver y que aún no estaba en condiciones de ver. Y reverberaste la debilidad de mi vista, dirigiendo tus rayos con fuerza sobre mí, y me estremecí de amor y de horror. Y advertí que me hallaba lejos de ti en la región de la

desemejanza', como si oyera tu voz de lo alto: Manjar soy de grandes: crece y me comerás. Ni tú me mudarás en ti como al manjar de tu carne, sino tú te mudarás en mí (conf. 7, 16)

d. Finalmente se debe rezar juntos la oración de san Agustín (pág. 23) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

2. Ejercicio de oración escribiendo un texto y lo. eu. tr. 23, 3.

a. Seguir las pautas de la oración escribiendo un texto presentada

en el Apéndice.

b. En este texto es preciso resaltar el hecho que la lámpara de barro recibe la luz de Dios. Por sí misma no tiene nada.

Todos los hombres, en efecto, son lámparas porque pueden encenderse y apagarse. Y, por cierto, las lámparas, cuando conocen, lucen y hierven en el espíritu; en verdad, también si ardían y se apagaron, hieden. De hecho, los siervos de Dios permanecieron como lámparas buenas, gracias al aceite de su misericordia, no gracias a sus fuerzas, pues la gratuita gracia de Dios, ella es el aceite de las lámparas. También, pues, los apóstoles son lámparas y dan gracias por estar encendidas con la luz de la Verdad, hierven con el espíritu de caridad y les basta el aceite de la gracia de Dios. Si no fueran lámparas, no les diría el Señor: Vosotros sois la luz del mundo.(...) para que no supusieran que se les imputaba algo que sólo respecto a Cristo ha de entenderse, y así el viento de la soberbia apagase las lámparas, tras haber dicho:« Vosotros sois la luz del mundo», añadió a continuación: No puede esconderse una ciudad edificada sobre un monte, ni encienden una lámpara y la ponen bajo del celemín, sino sobre el candelabro, para que alumbré a todos los que están en la casa. (...) Luzca vuestra luz ante los hombres, de forma que, al ver vuestras obras buenas, glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos. (lo. eu. tr. 23, 3)

c. Como cierre de sesión se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de conf. 7, 16;

o bien escuchar una canción ("Sé mi luz". Disco: *Alégrate [pista 4]* del Grupo Ain Karem

Tú eres mi Dios

Tú eres mí Dios; por ti suspiro día y noche, y cuando por vez primera te conocí, tú me tomaste para que viese que existía lo que había de ver y que aún no estaba en condiciones de ver. Y reverberaste la debilidad de mi vista, dirigiendo tus rayos con fuerza sobre mí, y me estremecí de amor y de horror. Y advertí que me hallaba lejos de ti en la región de la desemejanza, como si oyera tu voz de lo alto: Manjar soy de grandes: crece y me comerás. Ni tú me mudarás en ti como al manjar de tu carne, sino tú te mudarás en mí (conf. 7, 16)

d. Finalmente se debe rezar juntos la oración de san Agustín (pág. 23) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

3. Ejercicio de oración con una canción

a. Seguir las pautas de la oración con una canción presentada en el Apéndice.

b. Escuchar la canción "Sé mi luz". Disco: *Alégrate [pista 4]* del Grupo Ain Karem.

c. Como cierre de sesión se puede leer despacio y meditando cada palabra la oración de conf. 7, 16.

Tú eres mi Dios

Tú eres mí Dios; por ti suspiro día y noche, y cuando por vez primera te conocí, tú me tomaste para que viese que existía lo que había de ver y que aún no estaba en condiciones de ver. Y reverberaste la debilidad de mi vista, dirigiendo tus rayos con fuerza sobre mí, y me estremecí de amor y de horror. Y advertí que me hallaba lejos de ti en la región de la desemejanza, como si oyera tu voz de lo alto: Manjar soy de grandes: crece y me comerás. Ni tú me mudarás en ti como al manjar de tu carne, sino tú te mudarás en mí (conf. 7, 16)

d. Finalmente se debe rezar juntos la oración de san Agustín (pág. 23) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

19. DÉCIMO NOVENO TALLER: TALLER DE LA ACCIÓN DEL ESPÍRITU SANTO I



A. EL ESPÍRITU SANTO NOS AYUDA A ORAR

El ser humano es tan pequeño y tan pobre que por sus propias fuerzas no puede orar. Necesita recibir la ayuda de Dios para poderse elevar de su condición hacia Dios. Para este movimiento de elevación necesita de la ayuda del Espíritu Santo. San Agustín en sus obras nos habla de los efectos y la acción del Espíritu Santo en el corazón de cada creyente.

Así pues, san Agustín distingue principalmente tres efectos del

Espíritu Santo en el corazón del creyente al momento de orar, según san Agustín lo comenta en uno de sus sermones:

¿Cómo ha podido este amor divino ser derramado en el corazón del hombre? Tenemos, dijo el Apóstol, el tesoro en vasos de barro (2 Cor 4, 7). Luego para que tú ames a Dios es necesario que more Dios en ti, que su amor te venga de él y se vuelva de ti a él; o sea, que recibas su moción, ponga en ti su fuego, te ilumine y levante a su amor¹⁰⁰.

En primer lugar, el efecto de encender. Necesitamos que el fuego del Espíritu Santo nos encienda en el amor de Dios. Necesitamos el fuego del Espíritu para poder acercarnos a Dios y responderle con nuestra vida. Hacer oración es precisamente esto: encendernos y renovar el fuego del amor de Dios en nosotros. El Espíritu Santo, a través de la oración, crea en nosotros este efecto, el efecto que define la vida de San Agustín, y que debe definir la vida de todo creyente: encendernos en el amor de Dios, por eso exclama san Agustín: "¡Oh amor que siempre ardes y nun-

¹⁰⁰ s. 128, 4.

*ca te extingues! Caridad, Dios mío, enciéndeme*¹⁰¹.

San Agustín se da cuenta de que el ser humano no puede permanecer vacío. Necesita aferrarse a un amor. Y los buenos amores, hacen mejor al hombre, y los malos amores hunden al hombre en un abismo que le aleja de Dios¹⁰². Por eso el hombre no puede quedarse vacío, sin tener algo que amar. El Espíritu Santo nos enciende en el amor de Dios para que *"el fuego de la caridad inflame nuestro espíritu"*¹⁰³, para que amemos a Dios por encima del mundo, y que sea este amor de Dios el que nos purifique, nos santifique, nos lleve a la plenitud de nuestra vida.

La segunda acción del Espíritu Santo en el corazón del creyente, según san Agustín es que éste nos ilumina y nos hace iluminar a los demás. Nos ilumina para poder percibir los acontecimientos de nuestra vida como Dios los ve. Podemos tener una claridad de visión porque estamos iluminados por el Espíritu Santo, pero a la vez nos hace también irradiar e iluminar con esta misma luz de Dios el entorno en el que nos encontramos.

¹⁰¹ *conf.* 10, 40.

¹⁰² *s.* 313A, 2.

¹⁰³ *s.* 234, 3.



MARTIRES DE MOTRIL

La oración, no es solamente para mí. La oración tiene siempre una dimensión comunitaria: recibo el don de Dios para poderlo comunicar y compartir con los demás. Vivir la oración auténticamente tendría que tener las mismas consecuencias que tenía para Moisés el hablar con Dios, según el relato del Antiguo Testamento: después del encuentro con Dios, su rostro quedaba resplandeciente (Ex 34, 29). Así, cuando volvía con el pueblo tenía que colocarse un velo delante del rostro, para no causar temor a los israelitas que veían su rostro resplandeciente (2 Cor 3, 13).

Hacer oración, llenarnos del Espíritu de Dios, es iluminar nuestra vida, de tal forma que no podemos ocultar la obra que Dios está realizando en nosotros (*"No se puede ocultar una ciudad edificada en lo alto de un monte"* Mt

5, 14). El efecto de la oración debe notarse en la vida de cada día, a través de las actitudes, la forma de acoger los acontecimientos de nuestra vida, la manera de relacionarnos con las diferentes personas, nuestra disponibilidad, etc.

Un tercer efecto es la elevación por obra del Espíritu Santo que ora en nosotros; nos mueve para que no nos quedemos aferrados a las cosas de la tierra, sino que busquemos las cosas del Cielo (Col 3, 1). San Agustín se da cuenta de que el ser humano tiene una vocación muy grande, aunque en ocasiones no tenga consciencia de ello, y se conforme con cosas pequeñas. San Agustín nos invita a que pensemos en la grandeza de la vocación que hemos recibido: *“¡Oh alma! Ninguna cosa puede bastarte si no es quien te ha creado. Dondequiera pongas la mano, hallarás miseria”*¹⁰⁴.

Por eso San Agustín nos recuerda que uno de los efectos del Espíritu Santo es la elevación. El Espíritu Santo eleva nuestra vida y nuestro espíritu para que nos demos cuenta de la grandeza a la que está

¹⁰⁴ s. 125, 11.

llamado el ser humano. Que no nos conformemos –nos diría San Agustín– con las cosas más pequeñas; que ensanchemos nuestro corazón para ser capaces de recibir en nuestro corazón el Misterio infinito de Dios.

El Espíritu Santo, por lo tanto, nos enciende, nos ilumina, nos eleva:

*Luego para que tú ames a Dios es necesario que more Dios en ti, que su amor te venga de él y se vuelva de ti a él; o sea, que recibas su moción, ponga en ti su fuego, te ilumine y levante a su amor»*¹⁰⁵

B. EJERCICIO DE ORACIÓN

Se proponen tres ejercicios de oración.

1. Ejercicio de oración de imaginación Rm 8, 26-27

a. Seguir las pautas de la oración de imaginación presentadas en el Apéndice.

b. En este texto es preciso resaltar el papel del Espíritu Santo en el corazón del hombre y la necesidad que tenemos de él para orar.

¹⁰⁵ s. 128, 4.

Rm 8, 26-27

Y de igual manera, el Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza. Pues nosotros no sabemos cómo pedir para orar como conviene; mas el

*Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables;
Y el que escruta los corazones conoce cual es la aspiración del Espíritu,
y que su intercesión a favor de los santos es según Dios.*

c. Como cierre de sesión se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de *conf. 8, 8-9*; o bien escuchar una canción (“Ven Espíritu divino”. Sin publicar de José Manuel González Durán).

Despiértanos y llámanos

¡Ay de mí! ¡Cuán elevado eres en las alturas y cuan profundo en los abismos! A ninguna parte te alejas y, sin embargo, apenas si logramos volvernos a ti. Ea, Señor, manos a la obra; despiértanos y vuelve a llamarnos, enciédenos y arrebatarnos, derrama tus fragancias y que nos seas dulce: amemos, corramos (*conf. 8, 8-9*).

d. Finalmente se debe rezar juntos la oración de san Agustín (*pág. 23*) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

2. Ejercicio de oración de mantra con *conf. 10, 40*

a. Seguir las pautas de la oración de mantra presentada en el Apéndice.

b. Se puede usar como texto de mantra, completo o en partes: *“¡Oh amor que siempre ardes y nunca te extingués! Caridad, Dios mío, enciéndeme”*.

c. Como cierre de sesión se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de *conf. 8, 8-9*; o escuchar una canción (“Ven Espíritu divino”. Sin publicar de José Manuel González Durán).

Despiértanos y llámanos

¡Ay de mí! ¡Cuán elevado eres en las alturas y cuan profundo en los abismos! A ninguna parte te alejas y, sin embargo, apenas si logramos volvernos a ti. Ea, Señor, manos a la obra; despiértanos y vuelve a llamarnos, enciédenos y arrebatarnos, derrama tus fragancias y que nos seas dulce: amemos, corramos (*conf. 8, 8-9*).

d. Finalmente se debe rezar juntos la oración de san Agustín (pág. 23) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

b. La frase que se sugiere meditar y pedir es la del s. 128, 4:

3. Ejercicio de oración de iluminación

a. Seguir las pautas de la oración de iluminación presentada en el Apéndice.

s. 128, 4: Luego para que tú ames a Dios es necesario que more Dios en ti, que su amor te venga de él y se vuelva de ti a él; o sea, que recibas su moción, ponga en ti su fuego, te ilumine y levante a su amor

c. Como cierre de sesión se puede leer despacio y meditando cada palabra la oración de *conf. 8, 8-9;*

o escuchar una canción (“Ven Espíritu divino”. Sin publicar de José Manuel González Durán).

Despiértanos y llámanos

¡Ay de mí! ¡Cuán elevado eres en las alturas y cuán profundo en los abismos! A ninguna parte te alejas y, sin embargo, apenas si logramos volvernos a ti. Ea, Señor, manos a la obra; despiértanos y vuelve a llamarnos, enciédenos y arrebatáanos, derrama tus fragancias y que nos seas dulce: amemos, corramos (*conf. 8, 8-9*).

d. Finalmente se debe rezar juntos la oración de san Agustín (pág. 23) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.



20. VIGÉSIMO TALLER: TALLER DE LA ACCIÓN

DEL ESPÍRITU SANTO II



A. EL ESPÍRITU SANTO FORJA LA IMAGEN DE CRISTO EN EL ALMA

Otro de los efectos que san Agustín le atribuye al Espíritu Santo en la oración es que éste va forjando la imagen de Cristo en el interior de los creyentes. De este modo san Agustín señala que el creyente debe ser moneda de Dios, y que el Espíritu Santo es el acuñador que debe grabar en el corazón de cada cristiano la imagen de Cristo, para que se sepa a quién pertenece y cuál es la meta hacia la cual se dirige su vida:

"Moneda de Cristo es el hombre; allí

*está la imagen de Cristo, allí el nombre de Cristo, allí la función y los oficios de Cristo"*¹⁰⁶.

No obstante esta imagen de Dios acuñada por la acción santificadora del Espíritu Santo en el corazón del creyente, puede borrarse por el pecado. Por ello la gracia de Dios por medio del Espíritu Santo es lo que hace que la imagen de Cristo se vuelva a acuñar en el corazón del creyente. Y así como sucedió en el evangelio, cuando le preguntaron a Cristo si debían pagar los impuestos, y Cristo pidió una moneda y preguntó de quién era la imagen grabada en ella (Mt 22, 15-21), del mismo modo el creyente debe dar al César lo que es del César, y darse a sí mismo a Dios, para Dios mismo grave en su interior la imagen de quien es la Verdad (Jn 14, 6), el mismo Cristo:

Somos moneda de Dios, moneda que hemos salido del tesoro; por el pecado se borró lo que en nosotros estaba impreso; vino a reformarla el mismo que la había formado, pide su moneda como el César pide la suya... Dad al César las monedas, a Dios entregaos a vosotros mismos,

¹⁰⁶ s. 90, 10



*y entonces será impresa en nosotros la verdad*¹⁰⁷.

No obstante san Agustín señala la importancia de que este artífice de la imagen de Cristo en el corazón del creyente, el Espíritu Santo, permanezca siempre dentro de él, pues cuando el creyente se queda vacío, como señala el evangelio, pueden volver a él, como a una casa, aquellos espíritus inmundos que la habitaban (Lc 11, 24-26). Por ello el creyente en su camino de santidad debe pedir a Dios todos los días el don del Espíritu Santo, para llenarse continuamente de él y de su acción santificadora:

*Quien no recibe al Espíritu Santo, inquieto de su purificación, hace que el espíritu inmundo vuelva a él más numeroso*¹⁰⁸.

Así pues, la oración tiene una dimensión pasiva y otra activa. Es pasiva pues la oración es un don

¹⁰⁷ *Io. eu. tr.* 40, 9.

¹⁰⁸ *f. et op.* 25, 47.

de Dios que el ser humano recibe, y aunque el ser humano tenga que empeñar su propia voluntad, entendimiento y voluntad, quien da la gracia de la oración es Dios. Por ello la faceta activa de la oración corresponde principalmente a Dios, por medio del Espíritu Santo, que es quien va forjando en el interior del ser humano la imagen de Cristo. Por otra parte el mismo Espíritu Santo es quien edifica la vida del creyente sobre una roca firme y quien, finalmente, va realizando en interior del ser humano la obra de la santificación.

Todas estas acciones aunque suceden en la intimidad del corazón del creyente se deben reflejar en su vida y conducta de todos los días:

*En el hombre interior habita Cristo, y en el hombre interior serás renovado según la imagen de Dios; conoce en su imagen a su Creador*¹⁰⁹.

Po ello es preciso no olvidar que la santidad es obra del Espíritu Santo en el corazón del creyente. No se trata de que el cristiano vaya consiguiendo la santidad por sí mismo, como un premio a su esfuerzo, sino que es un don de parte de Dios, quien cada día por medio de la acción del Espíritu Santo, edifica su ciudad en el creyente. No

¹⁰⁹ *Io. eu. tr.* 18, 10.

obstante en esta edificación de la santidad, de la obra de Dios en el corazón del hombre, es preciso poner un fundamento sólido, que no puede ser otro fuera de Cristo:

Hay que pensar que la Escritura divina es como un campo en el que se va a levantar un edificio. No hay que ser perezosos ni contentarse con edificar sobre la superficie; hay que cavar muy hondo, hasta llegar a la roca viva. Esta roca viva es Cristo¹¹⁰.

B. EJERCICIO DE ORACIÓN

Se proponen tres ejercicios de oración.

¹¹⁰ *lo. eu. tr. 23, 1.*

1. Ejercicio de oración de imaginación Mt 22, 15-21

a. Seguir las pautas de la oración de imaginación presentadas en el Apéndice.

b. En este texto es preciso resaltar el papel del Espíritu Santo en el corazón del hombre y cómo forja la imagen de Cristo. Preguntarles a los participantes que como monedas de Dios, qué imagen llevan en el corazón, la de Cristo o la del mundo.

Mt 22, 15-22

Le enviaron a Jesús los fariseos sus discípulos, junto con los herodianos, a decirle: 'Maestro, sabemos que eres veraz y que enseñas el camino de Dios con franqueza y que no te importa por nadie, porque no miras la condición de las personas. Dinos, pues, qué te parece, ¿es lícito pagar tributo al César o no?'

Mas Jesús, conociendo su malicia, dijo: 'Hipócritas, ¿por qué me tentáis? Mostradme la moneda del tributo'. Ellos le presentaron un denario.

Y les dice: '¿De quién es esta imagen y la inscripción?' Le dicen: 'Del César'. Entonces les dice: 'Pues dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios'. Al oír esto quedaron maravillados, y dejándolo se fueron.

c. Como cierre de sesión se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de *lo. eu. tr. 40, 9*.

Somos moneda de Dios

Somos moneda de Dios, moneda que hemos salido del tesoro; por el pecado se borró lo que en nosotros estaba impreso; vino a reformarla el mismo que la había formado, pide su moneda como el César pide la suya... Dad al César las monedas, a Dios entregaos a vosotros mismos, y entonces será impresa en nosotros la verdad (Io. eu. tr. 40, 9)

d. Finalmente se debe rezar juntos la oración de san Agustín (pág. 23) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.

2. Ejercicio de oración escribiendo un texto: Io. eu. tr. 40, 9

a. Seguir las pautas de la oración escribiendo un texto presentada en el Apéndice.

b. El texto que se puede usar es el de Io. eu. tr. 40, 9:

Somos moneda de Dios, moneda que hemos salido del tesoro; por el pecado se borró lo que en nosotros estaba impreso; vino a reformarla el mismo que la había formado, pide su moneda como el César pide la suya... Dad al César las monedas, a Dios entregaos a vosotros mismos, y entonces será impresa en nosotros la verdad (Io. eu. tr. 40, 9)

c. Como cierre de sesión se puede leer despacio y saboreando cada palabra la oración de Io. eu. tr. 23, 1 o escuchar una canción.

Hay que cavar hondo

Hay que pensar que la Escritura divina es como un campo en el que se va a levantar un edificio. No hay que ser perezosos ni contentarse con edificar sobre la superficie; hay que cavar muy hondo, hasta llegar a la roca viva. Esta roca viva es Cristo (Io. eu. tr. 23, 1)

d. Finalmente se debe rezar juntos la oración de san Agustín (pág. 23) y el animador dar las instrucciones para la próxima sesión.







